LIBRO dot.com

CUENTOS COLOR DE ROSA III

ANTONIO DE TRUEBA

LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Juan Palomo

- I -

Ha transcurrido un año desde que se escribieron los cuentos que anteceden.
Su autor, que vagaba en Madrid hacía veinte como pájaro sin nido, suspirando por un hogar que pudiera llamar suyo, tiene ya hogar y familia, gracias a ti, Dios mío, que le has dado una dulce compañera con quien compartir sus alegrías y sus tristezas en esta larga jornada de la vida, que sigue con el cansancio en el cuerpo y la resignación en el alma.
¡Señor! Al entrar en el seno de la familia, mis primeras palabras deben ser para bendecirla, y he aquí que una bendición a la familia es el cuento que empiezo a contar a aquella de quien, sentado bajo los nogales que sombrean la casa de mis padres, espero decir un día al pasajero, como el hijo de Teresa: « ¡He ahí la santa madre de mis hijos!»

- II -

Entre los recuerdos que traje, amor mío, de mi valle natal, y que por espacio de veinte años de trabajos y penas he conservado ungidos con el perfume de la inocencia con que salieron de aquellas queridas montañas, había muchos cuya custodia he confiado ya al Libro de los cantares y a los CUENTOS DE COLOR DE ROSA; pero son tantos los que guardo aún en mi corazón, que con decir a éste: «Corazón mío, devuélveme el tesoro que te confié cuando por última vez volví, desconsolado, los ojos al hogar de mis padres», tengo todo cuanto necesito para cautivar tu atención y conmover tu alma enamorada y buena.
¿Ves esos montes que se alzan al Septentrión, coronados casi siempre de nieve? Pues remontémonos con el pensamiento más alto, más alto, mucho más alto que esos montes, hasta que descubramos un rinconcito del mundo, que lleva el nombre de las Encartaciones, y en ese rinconcito descubramos otro infinitamente mis pequeño, que lleva el nombre de Cabia. Cabia, que en el idioma vascongado significa nido, es propiamente un nido formado de ramas y flores, que cobija diez o doce casas, blancas como la nieve, y una modesta iglesia del mismo color, dedicada al santo de mi nombre.
Un angosto valle corre por espacio de una legua entre dos cordilleras de elevadas montañas, y va a morir en el mar.
En la falda de las montañas de Oriente forman una especie de escalón dos colinas paralelas, separadas sólo por una angosta cañada.
En el pórtico de la iglesia parroquial de Cabía hay una escalerilla de piedra, cuyo primer escalón, compuesto de un solo sillar, se quebrantó ha muchos años con las lluvias que le reblandecían, quedando en medio de sus dos trozos una honda canal, por donde se precipita el agua cuando Dios levanta las compuertas del cielo.
Así se dividió, trabajado por las aguas, el escalón que en otro tiempo daba acceso a las cumbres del Oriente de Cabía, y así se precipitan
ahora las aguas por la profunda y ancha canal abierta entre los dos fragmentos del escalón.
El regato baja por entre las dos colinas, quejándose en alta voz de la escabrosidad del camino, y corriendo como la piedra soltada en la cúspide del pico Cinto o Colisa persuadido de que el mal camino debe pasarse pronto; pero al llegar al tobillo de las colinas, empiezan a disminuir sus murmuraciones y sus rabiosos espumarajos, que cuando llega al pie han cesado casi por completo.

Al pie de las colinas el regato no murmura, que sonríe placenteramente, porque allí encuentra nogales y cerezos, a cuya sombra descansa de sus fatigas, labios frescos y sonrosados que le besan, y hermosos huertos perfumados con la flor de los frutales, adonde va a dar un paseo para distraerse y recibir las ovaciones de melocotoneros y manzanos, que lo arrojan a puñados sus flores.

La colina del Sur levanta el pie derecho y la del Norte el izquierdo, para proteger constantemente por ambos costados a la aldeita de Cabia; y

Cabia, así protegida, vive contenta y tranquila y feliz, olvidada de los hombres, pero recordada de Dios, que es lo que a ella le importa.

Las diez o doce casas de Cabia están agrupadas sin orden en un espacio de cuatrocientos pasos, dominándolas la iglesia, donde los moradores de la aldea encuentran el día festivo sus mayores delicias.

La aldea tiene al Norte un regato, que corre bajo una enramada de avellanos y parras monchinas, y al Mediodía una fuente, que brota caudalosa y cristalina y fresca al pie de un corpulento castaño cuya edad pasa de un siglo, pues Juancho, que tiene más de ochenta años, dice que ya en su tiempo se escondían los mozos de la aldea en el hueco del tronco de

aquel mismo castaño para sorprender a sus novias mientras éstas llenaban la herrada en la fuente, y plantarles un par de abrazos como un par de soles.

La casa de don Juan de Urrutia, por mal nombre Juan Palomo, el casero más acomodado de Cabia, está situada en el campo de la iglesia. Es un edificio antiquísimo: sobre su puerta campea un escudo de piedra areniza, y en una de sus esquinas se halla incrustado un cuadrante de la misma materia, que presta grandes servicios al vecindario, pues éste, a no ser por él, nunca sabría en qué hora vive. Sobre la puerta, y por consiguiente, sobre el escudo, hay un espacioso balcón de madera, y sobre el balcón se extiende el pomposo ramaje de dos parras tetonas, que suben de lo que allí se llama zaguán, haciendo repetidas eses, vicio que tiene

un no sé qué de familia.

Al extremo opuesto del mismo campo de la iglesia, poblado todo él de nogales, cerezos y otros frutales, menos un corto espacio que sirve de era común a la aldea, está la casa de Antonio de Molinar, formando singular contraste, por su modestia, con la del otro lado del campo. A la izquierda de la puerta tiene un horno, con su tejavana, que cobija un montón de

leña, un carro y varias herramientas de labranza, entre ellas un arado, un rastro y un tragaz; a la derecha hay un hermoso cerezo, cuyas ramas ocultan casi toda la fachada del edificio. El piso principal de éste sirve de habitación a Antonio y su familia; el bajo, de cuadra, rocha y cubera, y el alto de payo. Detrás de la casa hay un huerto cercado de pared seca,

orlado, por la parte interior de ésta, de una hermosa andana, y lleno de lozanos frutales que los dueños cuidan con singular cariño, por más que su sombra perjudique a las hortalizas.

Todo es reducido y pobre en casa de Antonio, así como todo es desahogado y rico en casa de don Juan. Don Juan vende cebera la mayor parte del año, y Antonio tiene que comprarla dos meses antes de la cosecha.

- III -

He dicho que Cabia se halla en la falda de las montañas que se alzan al Oriente del valle, y me falta añadir que en la falda de las montañas opuestas, frente por frente de Cabia, blanquea aún la casa donde pasé la niñez.

La mayor parte de los vecinos de Cabia eran parientes nuestros. Todos los años, el día de San Antonio, mi madre, que esté en gloria, se levantaba apenas oía el canto de los pajaritos en los frutales, cuyo ramaje daba en nuestras ventanas y nos despertaba a mis hermanos y a mí.

Comúnmente necesitaba llamarnos media docena de veces para que nos levantáramos; pero el día de San Antonio, apenas nos llamaba una, ya estábamos en pie.
Desde la ventana veíamos alzarse una blanca columna de humo de cada casa de Cabia; y si escuchábamos con un poco de atención, oíamos el alegre son del tamboril y el no menos alegre de las campanas.
Aquel humo y aquel son nos sacaban de nuestras casillas, y a duras penas podía mí madre conseguir que nos estuviéramos quietos mientras nos lavaba y nos peinaba y nos engalanaba con mil primores, porque la alegría que el tamboril y las campanas de Cabia infundían en nuestro corazón, nos hacía saltar y brincar, por más que mi madre me dijese:
-¡Verás, verás qué cachete vas a llevar, si no te estás quedo!
Cuando, rodeando a nuestra cariñosa madre, llegábamos a Cabia, encontrábamos la aldea vestida de gala..., de gala el humilde, pero hermoso templo, de gala las casas y de gala los moradores.
Nuestros parientes se disputaban el placer de contarnos entre sus convidados, y aquel día era para nosotros uno de los más dichosos del año, por más que echásemos de menos a mi padre, que rara vez iba a las romerías, según él decía, porque no le gustaban, y según yo he comprendido más tarde, porque necesitando quedar alguien al cuidado de la casa, suponía que no lo gustaban para no privar a mi madre de acompañarnos a ellas.
Los sábados eran días también muy felices para nosotros, porque el sábado no había escuela, y aquel día despertábamos con la esperanza de que nuestros padres nos dejasen ir a pasar el domingo en Cabia.
Apenas nos levantábamos, mi madre nos veía cuchichear, y aunque no oyera de qué tratábamos, lo adivinaba, se sonreía y se hacía la disimulada.
-Vamos a decirle a madre si nos deja...
(No había necesidad de añadir qué nos había de dejar.)
-Sí, sí, vamos a decírselo.
-Díselo tú.
-Yo no me atrevo.
-Pues yo tampoco.
-Si se lo dices te doy mi pelota.
-No quiero, que me va a reñir.
-¡Anda, collón!
-¡Más collón eres tú!
El proyecto de decir a mi madre que nos dejase ir a Cabia quedaba abandonado, pero no abandonábamos la esperanza de pasar en Cabia el domingo. Durante todo el día, a cada triquitraque hacíamos sonar el nombre de Cabia en el oído de mi madre.
-¡Ay, qué quemada tan grande hay en los argomales de Cabia! ¿Si habrá llegado el fuego a la llosa de tío Ignacio?
Mi madre se hacía la tonta.
-¡Qué bonita estará la danza de espadas que mañana van a hacer en
Cabia, al salir la procesión! Mi madre se hacía la sorda.
-Mañana hay bateo en Cabia, y van a echar cuartos a la póscola.
Mi madre decía «¡Al otro oído!»
-¡Cuánta gente habrá mañana en Cabia, que los provincianos juegan a la pelota una onza.
-¡Condenados a muerte -exclamaba al fin mi madre-, ya me tenéis vuelta tarumba con Cabia! Id allá, y a ver cómo no volvéis. Tirábamos las gorras al alto, dando saltos de alegría y echábamos a correr.

Pero, enemigos malos -nos gritaba mi madre-, ¿adónde vais con esas camisas y esas caras, que parecéis carboneros? ¡Mire usted qué avíos! ¡Por más que una se mata, cualquiera dirá que no tenéis madre' ¡El Señor le dé a una paciencia con estas criaturas!
Y así diciendo, mi madre nos ponía como unos Gerineldos, y añadía despidiéndonos con un beso:
-Andad con Dios, pícaros, que me habéis de quitar la vida! Ya os podéis despedir de Cabia, que ha de llover antes que vosotros volváis allá.
Si llovía antes del inmediato domingo; se cumplía la predicción de mi madre; pero si no... mi madre se acreditaba de mala profetisa.
Un sábado del mes de agosto llegamos a Cabia a las cuatro de la tarde, a pesar de que el calor había sido tan grande aquel día, que vimos literalmente asadas las peras en los perales que dan sobre la estrada que conduce del fondo del valle a la aldea.
Recuerdo muy bien todo esto, a pesar de que yo apenas contaba entonces diez años.
Había trilla en la era de Cabia.
Las yeguas, que habían terminado su tarea, despachaban una buena ración de alcacer, atadas a los troncos de los árboles inmediatos a las eras, y los trilladores, que habían dormido la siesta después de comer, a la fresca sombra de los mismos árboles, empezaban a levantarse desperezándose, a la voz de don Juan de Urrutia, que gritaba desde el balcón de su casa.
-¡Arriba, que ya es hora de sacar la trilla!
Siguiendo la hermosa costumbre que hay en aquel país de ayudarse mutuamente los vecinos en las faenas que requieren muchos brazos, todos los vecinos de Cabia, así mujeres como hombres, así ancianos como jóvenes, fueron apareciendo en la era, provistos de horquillas, de rastrillos, de sábanos y de brezas para ayudar a recoger la trilla.
Todo el mundo puso manos a la obra: los hombres separando la paja con las horquillas y allegando el trigo al centro de la era con los rastrillos, las muchachas conduciendo la paja en los sábanos al payo de don Juan, y las mujeres mayores barriendo con las brezas el trigo que dejaban rezagado los rastrillos.
También los chicos trabajábamos... dando la vuelta del gato sobre la paja, por más que don Juan, que presenciaba la tarea, nos gritase de cuando en cuando, echando mano al látigo de arrear las yeguas:
-¡Quitaos de ahí, hijos de una cabra!
La conversación era animada en la era, pero la animación subió de punto cuando empezó a notarse un delicioso aroma de magras fritas que venía de hacia casa de don Juan, y éste respondiendo a las interpelaciones indirectas que se le hacían, anunció que a la venida de aquel aroma iba a suceder la venida de un pernil de tocino, destrozado y frito en toda regla, y cuatro cántaras del mejor chacolí de su cubera. Feliciana, una de las muchachas más hermosas de la aldea, se colocó en la cabeza un sábano de paja, ayudada por Antonio de Molinar y Benito, el criado de don Juan; pero el sábano pesaba tanto, que la pobre muchacha tuvo que arrojarle a los pocos pasos.
-¡Así te hubieras reventado! -le dijo Antonio, morado de cólera.
-¡Ave María! ¡Qué lengua' -exclamaron las mujeres.
-La estaría bien empleado, ya que se empeña en cargar como una mula
-replicó Antonio, echando fuego por los ojos.
-Más vas a cargar tú dentro de poco -dijo don Juan.
-¿Yo?
-Sí ¡Qué! ¿No pesa el matrimonio más que un sábano de paja?
-Si el matrimonio es como Dios manda, no, señor- respondió Antonio, ya casi apaciguado.
Feliciana se sonrió y miró a Antonio con una especie de gratitud.

-¿Conque se van a casar pronto Antonio y Feliciana? -preguntó una de las vecinas, llamada Juana.
-Mañana se lee la primera amonestación -respondió el señor cura desde el pórtico de la iglesia, donde acababa de aparecer, Feliciana bajó los ojos sonrosada.
-Mal gusto tienen, señor cura -dijo don Juan.
-¡Mire usted qué consejos!... -exclamaron o pensaron todas las mujeres-. ¡Calle usted por los clavos de Cristo, y ya que no se casa usted, no les quite la voluntad a los demás.
-Quiero quitársela, porque así es hago un gran bien.
-No soy de la opinión de usted, señor don Juan -replicó el cura-.
Usted puede permanecer célibe todo el tiempo que guste; pero ofende usted a Dios y a la sociedad abogando por el celibato.
-Ahí está Juancho, que puede sentenciar este pleito -dijo don Juan, señalando a un anciano que, fatigado ya con lo poco que había trabajado, encendía la pipa sentado a la orilla de la era-. Tres mujeres han tenido, y con las tres ha vivido como el perro con el gato.
-Verdad es -respondió Juancho-. Las tres me salieron de malas pulgas y como yo nunca las he tenido tampoco buenas... ¡siempre ha habido en mi casa cada tremolina!...
-Pues ahí verá usted -dijo el cura- cómo se achaca al matrimonio lo que sólo es efecto del mal carácter, de la mala índole o del poco talento de los que le contraen.
-Del talento de Antonio no formo muy buena idea.
-¿Y por qué?
-Porque Antonio se amonesta mañana.
-¡Calle usted, por Dios, que da coraje el oír a usted! -exclamaron las mujeres. Don Juan continué:
-En cuanto al genio de Antonio..., por la muestra se conoce el paño.
-Sí -dijo una de las vecinas-. Antonio tiene un genio como la pólvora; pero Feliciana es una malva bendita, y apuesto a que antes de un año pone a su marido más suave que el cordobán.
-Tiene razón Juana -dijo el cura-. La mujer apacible y prudente y buena consigue fácilmente imprimir su carácter al marido irascible, pendenciero y malo.
-Pues señores -dijo Antonio, que se había abstenido de tomar parte en aquella especie de discusión-, ustedes dirán lo que quieran del matrimonio; pero yo, aunque soy un pobre Juan Lanas, también he echado mis cuentas, y he sacado en limpio que el matrimonio, siendo como Dios manda, es una gran cosa. Uno camina por esta pícara vida con el alma y el cuerpo cargados, y necesita una persona que por cariño y obligación le ayude a llevar la carga, so pena de caer en el camino, o hacer la jornada a trompicones. Dios ha dispuesto que el hombre busque por compañera a la mujer, y la mujer por compañero al hombre, y Dios ha sido más sabio que Salomón, ¡canario!, porque él ha dicho para sí:«Con ese ganchillo que la mujer tiene para el hombre, y ese otro que tiene el hombre para la mujer, se unirán que ni una pareja de bueyes pueda separarlos, y así tirarán adelante, llevando la carga a medias».
-¡Calla, hombre, calla, y no digas disparates! -dijo don Juan.
-Ustedes si que los dice, y no él -replicó Juana, haciéndose eco de lo que pensaban todos los circunstantes, y particularmente las mujeres.
-Juana tiene razón -asintió el cura-. El matrimonio y la familia, que es su consecuencia, son necesarios, así al individuo como a la sociedad.
-Pues yo, señor cura, sigo en mis trece...
-¡Señor, qué terquedad de hombre! -exclamaron las mujeres por el órgano de Juana-. Pero, santo varón, ¿querrá usted saber más que el señor cura?
-El señor cura me dispensará; pero lo que yo sé es que, a pesar de que soy tan individuo como el primero, no experimento esa necesidad que el señor cura y todos ustedes con él proclaman. Teniendo como tengo, dinero, tengo criados que me ayuden a llevar esa carga que ustedes

dicen, y me importan un pito la compañera y la familia, y todas esas cosazas que tan necesarias juzgan ustedes.
-Ya se arrepentirá usted...
-¡Ja! ¡Ja! ¿Arrepentirme?
-Tan cierto corno usted se llama don Juan de Urrutia.
-Yo no me llamo así, que me llamo Juan Palomo. Solo me lo guiso y solo me lo como.
-Justo y cabal.
Una mujer, seca como un espárrago, se asomó al balcón de casa de don Juan.
-¡Benito! -dijo-. ¡Ven por la merienda que ya está dispuesta!
Benito echó a correr por la merienda, y todos, menos el señor cura, que no quiso esperar a participar de ella, formaron corro en el campo, llenos de alborozo, disponiéndose a desalojar el tamo que les mortificaba la garganta.
Momentos después llegaron Benito conduciendo una herrada de chacolí, y la mujer seca, que era ni más ni menos que Ambrosia, el ama de gobierno de don Juan, trayendo una gran cesta con el resto de la merienda.
Esta fue alegre como una Pascua florida.
El chacolí dio ocasión a varios excesos: a que se llamase repetidas
veces Juan Palomo a don Juan de Urrutia, y a que Juancho recordase que Ambrosia, a pesar de ser una santa, no había encontrado un desdichado, que cargase con sus pedazos, lo que lo valió de Ambrosia un
-¡Usted es también de los del día!

- IV -

Hacía cuatro meses que Antonio de Molinar y Feliciana se habían casado.
Era una mañana de diciembre.
Las montañas, y aun el valle, se habían cubierto durante la noche de una vara de nieve, aunque en aquellos templados valles la nieve no es frecuente.
Los habitantes de Cabia sentían una alegría vivísima cuando al asomarse a la ventana se encontraban con aquella novedad.
¿En qué consiste, me he preguntado muchas veces, esa alegría, ese bienestar interior que sentimos cuando comienza a trapear, verbo con que en las Encartaciones sustituyen el verbo nevar, o cuando ya la nieve ha vestido de blanco los campos, y los tejados, y los árboles? Debe consistir en que la nieve es blanca, y amamos lo blanco porque prefiere perder la
existencia a perder la pureza; y cuando amamos, sentimos la alegría y el bienestar en el alma, porque Dios nos ha dado el alma para el amor, que no para el aborrecimiento ni la indiferencia.
Terrible era la nevada; tanto, que cuando Andresillo, un muchacho de la piel del diablo, que, entre otras gracias, tenía la de hacer hablar las campanas, según era en Cabia público y notorio, subió ala torre a tocar a maitines, encontró tal cantidad de nieve en torno de las campanas, que tuvo pelotas de nieve para atacar durante toda la mañana, desde la misma
torre, a cuantos se acercaban al campo de la iglesia.
Antonio, así que oyó tocar a maitines, se levantó de la cama y fue a asomarse a la ventana, del cuarto en que dormían él y su mujer; pero apenas asomó, una enorme pelota de nieve partida del campanario fue a deshacerse en su cara, haciéndole ver las estrellas.
Una estrepitosa carcajada que resonó en el campanario reveló a Antonio quién era el autor de aquella gracia. Feliciana se estremeció, pensando que iba a estallar espantosamente la cólera de su marido, y quiso lanzarse del lecho, para apoderarse de una escopeta que había en el

cuarto, antes que hiciese uso de ella Antonio; pero éste se contentó con responder a la carcajada de Andresillo con otra más estrepitosa y alegre aún.
Feliciana recordó entonces con alegría que la víspera de sus amonestaciones había pronosticado Juana que antes de un año estaría Antonio más suave que el cordobán.
-¿Has visto, Feliciana, qué grandísimo pillo,? -dijo Antonio, sacudiéndose la nieve y riendo a más y mejor.
-Hijo, haces bien en no acalorarte.
-¿Cómo me he de acalorar, cuando me han puesto más fresco que una lechuga?
-Ese Andresillo es el enemigo.
-El pícaro me ha tenido guardado el tantarantán que le di el verano pasado por haberme disparado un hueso de cereza.
-¡Ave María! ¿Y le pegaste por eso?
-¡Toma! Y por mucho menos hubiera pegado yo entonces al lucero del alba.
-¡Anda, rabietas!
-Hija si no lo podía remediar; se me subía la sangre a la cabeza...
-¿Y cómo no se te sube ahora?
-¡Qué sé yo, mujer! Eso tú lo sabrás. Desde que me casé contigo, no sé cómo demontre te has compuesto, que no tengo alma para hacer daño a una mosca. Bien dice la canta:
Cuando yo era mozo, madre,
no me sujetaba un hierro,
y ha venido a sujetarme
una mujer como un huevo.

-Calla, calla, embusterazo que cualquiera diría que yo te he echado alguna cadena.
-Sí que me la has echado; pero no es de hierro, que es de flores...
-Anda, anda, zalamero, acábate de vestir y no estés ahí tomando el frío.
-Qué frío, ni qué... Ni el frío, ni el calor, ni el trabajo, ni el sueño, ni la sed, ni el hambre, ni nada de lo nacido, me incomoda a mí ya mientras tú me quieras. ¡Cuando a uno le hace feliz el cariño, cómo ha de aborrecer a nadie! Al hablar así, Antonio, que estaba inclinado, hacia el lecho en que reposaba su mujer, fresca, sonrosada, hermosa, iluminada por la felicidad que dan el amor santo y la conciencia tranquila, dejó caer una lágrima de regocijo sobre el rostro de Feliciana.
La noble y enamorada esposa alzó los brazos y enlazó el cuello de su marido, mezclando sus lágrimas de felicidad con las de Antonio. Feliciana y Antonio eran rústicos, eran ignorantes, apenas sabían que el mundo se extendía, más allá de las últimas montañas que divisaban sus ojos; pero sabían, sin haberlas aprendido, todas esas cosas delicadas y puras y nobles y santas que nosotros, los que leemos o componemos libros, creemos haber aprendido en unos cuantos pliegos de papel. ¡Cómo era posible que Dios hubiera concedido a una combinación de signos el privilegio exclusivo de revelar los sentimientos más bellos y santos!
Un mugido sonó en la cuadra, y Antonio dijo sonriendo:
-El Rojo y el Galán me piden el almuerzo, y tienen razón, que ya es hora de que se lo bajo.
-Yo también me voy a levantar para hacer el nuestro.
-Anda, mujer, que no corre prisa. Estate otro ratito en la cama, que hace mucho frío -replicó cariñosamente.
-No, que cocina sin lumbre entristece la casa.
Yo encenderé la lumbre.
-¡Eh, quítate de ahí, tonto! ¡Qué entendéis los hombres de eso!

El Rojo y el Galán, un par de bueyes como un par de Soles, volvieron a mugir, como diciendo:
-Pero, Santo varón, ¿baja usted eso o no lo baja? ¿Usted cree que con hacer carocas a su mujer nos saca la tripa de mal año? Antonio subió al payo con un cesto, y un bandada de pajarillos que estaban dándose un buena pechada de borona junto al ventanal, huyeron más quemados que un pisto manchego al ver que se les interrumpía en lo mejor de almuerzo. Llenó de calzas el cesto, se echó éste al hombro, bajó a la bodega cantando, distribuyó las calzas a los bueyes y volvió a subir más alegre que unas castañuelas.
Feliciana había encendido ya un fuego como la fragua de una herrería, lo había rodeado de manzanas caniegas y oquendanas, y freía en una sartén tres o cuatro torreznos de tocino.
-¡María Santísima, cómo trapea! -exclamó Antonio con cara de pascua, asomándose a la ventana.
-Anda -dijo Feliciana-, que en su tiempo lo hace. Borona y patatas y arvejas y tocino tenemos, a Dios gracias.
-Y apropósito de borona: voy a deshacer un cesto de ella, que la ociosidad es madre de todos los vicios.
-Bien hecho, que así tendremos garuchos para la lumbre, y si viene el molinero, estará pronto el zurrón. Antonio bajó un cesto de borona de la que estaba secándose en el payo, dando un nuevo berrinche a los pobres pájaros, que volvieron a huir, exclamando:
-¡Canario! ¡Este hombre se ha empeñado en que a fuerza de sustos nos haga daño el almuerzo!
En el respaldo del escaño había una tabla sujeta con dos tavarillas, y que, colocándola en sentido horizontal, servía de mesa. Feliciana la bajó, la cubrió con una blanca pañada, colocó sobre ella un plato con los torreznos, y rodeó el plato con rebanadas de borona.
En seguida, marido y mujer, dando cada carcajada que se oía desde el nocedal, se manducaron el tocino y la borona con tanto apetito, como si manducaran perdices y pan tierno.
Antonio dio gracias a Dios por el sustento que les concedía,
contestándole su mujer; ésta desocupó la tabla, volviéndola a colocar en su sitio, y se pusieron inmediatamente, Feliciana a arreglar la casa y poner el puchero, y Antonio a deshacer borona, operación que consiste sencillamente en separar del garucho el grano, haciendo resbalar sobre él un garucho colocado entre el pulgar y el índice de la mano derecha.
Andresillo continuaba en el campanario, lanzando pelotas de nieve a cuantos veía a tiro.
-¡Andresillo, que toques a misa! -gritó el ama del cura desde la ventana de otra de las casas próximas a la iglesia.
Andresillo tocó con mil primores, pues ya he dicho que su habilidad de campanero era tal, que en Cabia, para encarecerla, decía todo el mundo que Andresillo, el hijo del sacristán y maestro de escuela, hacía hablar
las campanas.
Cuando hacía buen tiempo, sólo iban a misa el día de trabajo Ambrosia
y algunas ancianas, porque los demás habitantes de la aldea se contentaban
con encomendarse a Dios desde las piezas donde trabajaban al oír la
campana que anunciaba el santo sacrificio; pero el día a que me refiero ya
fue otra cosa.
-Voy a misa, ya que no corre prisa esto -dijo Antonio al oír la
campana.
-De buena gana iría yo también -dijo Feliciana-; pero si no voy, el
Señor me lo perdonará; que como cuando hace bueno no para una en casa,
todo está patas arriba, y hay que arreglarlo cuando hace malo.
-Tienes razón, hija. Como dice el señor cura santo es rezar, pero por

la devoción no se debe dejar la obligación.
Antonio se dirigió a la iglesia y se encontró en el nocedal con Ambrosia.
-Buenos días, Ambrosia.
-Buenos te los dé Dios, hombre.
-¡Je! ¡Je! ¡Je! ¡Qué tiempecito tenemos!
-Es para desesperarse una.
-¿Para desesperarse? Al contrario: la nieve alegra el corazón y abona los campos. Año de nieves, año de bienes.
-¡Hombre, no digas animaladas!
-¡Válgame Dios, Ambrosia, que siempre ha de tener usted ese genio! ¡Con nada ha de estar usted contenta!...
-No, que seré como vosotros, que parecéis a los tontos.
-¿Por qué? ¿Porque tenemos siempre cara de risa? Pues que Dios nos la conserve.
-Vaya, vaya, dejémonos de conversación.
-Sí, que ya están dando el último toque.
-¡Mira qué prisa se da tu mujer!
-¿No ve usted que hoy no puede venir a misa?
-¡Ya! ¡Esa es también de las del día! Esa.
Ambrosia no pudo acabar la frase, porque un pelotazo de nieve, lanzado por Andresillo desde el campanario, le tapó la boca.
-¡Baja, acá, grandísimo pillo! -gritó Ambrosia echando fuego por los ojos y poniéndose en jarras al pie de la torre- ¡Baja acá, que he de perder el nombre que tengo si tú no me las pagas! ¡Si eres hijo de malos padres!... ¡Si tu madre fue una!...
-¡Ambrosia! -exclamó Antonio indignado, tapando la boca con la mano a la que iba a infamar públicamente la memoria de una mujer que ya no existía-. ¡Ambrosia, por la Virgen Santísima, respete usted a los muertos!...
La cólera de Ambrosia se volvió contra Antonio.
-¡Infame! -gritó aquel espárrago en forma no sé de mujer o furia.-
¿Quién eres tú para ponerme a mí la mano? ¡Si vienes de mala casta! Si tu padre...
-¡Ambrosia, silencio; Antonio, caridad con las flaquezas del prójimo! -exclamó el señor cura desde la ventana de la sacristía, donde estaba revistiéndose para celebrar el santo sacrificio.
Había tal imponente severidad en el acento del sacerdote al pronunciar aquel mandato, y tal persuasiva mansedumbre al pronunciar aquella súplica, que Ambrosia calló como aterrada, y Antonio recobró de repente la calma que había perdido al ver mancillar la inmaculada memoria de sus padres.

- V -

¡Bendita sea la primavera, que cubre de flores la tierra, que inunda de perfumes la atmósfera, que viste de azul el cielo, que llena de alegría los corazones!
Cuando brilla el sol y cantan los pájaros, la alegría brilla y canta también en mi corazón, por más que mi corazón no espere salir de este perpetuo invierno en que vivimos los moradores de las ciudades.
Entonces me dirijo al Occidente de la villa, arrastrado por una fuerza incontrastable, y me parece, al atravesar la hermosa plaza que precede al alcázar, oír decir a las hojas y a las flores que salen tímidamente a tomar el sol de Dios:«¡Poeta! Carecemos de voz para alzar un himno de bendición al que nos da la libertad. Alzale en nuestro nombre, que, en tanto, nosotras agradecidas, derramaremos sobre ti sombra y perfume».

Siéntome al pie del muro secular en que la populosa villa venera a su santa patrona y dirijo con avidez la vista al extenso horizonte que delante de mí se extiende.
La nieve no corona ya las cumbres del Guadarrama.
Reflejan el sol, serenas y azules como el cielo, las aguas del lago, a la orilla opuesta del Manzanares.
Las hermosas arboledas de la Virgen del Puerto, de la Florida y de la Casa de Campo, se engalanan con su manto verde para asistir a la romería de San Antonio.
Y las flores del tomillo matizan las cumbres de Sumasaguas, diciendo a su amiga la brisa:
«Toma, toma este pomo de esencias, y llévale a aquel triste cautivo que nos contempla desde lejos, sin poder venir a descansar en el perfumado lecho que le ofrecemos».
La alegría va dejando de brillar y de cantar en mi corazón al ver que me faltan las alas de las alondras, que vuelan y cantan atravesando el espacio azul.
¡Ay! ¡La resignación y la fortaleza de mí alma, son grandes, pero el suplicio de Tántalo las quebranta!
Díjome Dios al enviarme a este mundo: «¡Vuela y ríe, y canta libre y feliz en esos horizontes infinitos que destino a los pájaros y a ti!»
Pero me dijeron los hombres apenas empecé a volar:«¡Suspira, y llora, y muere!»
¡Y suspiro, y lloro, y muero asfixiado en una cárcel estrecha, desde donde, con el pensamiento más que con los ojos, diviso los campos benditos que Dios ofreció a mi alma ansiosa de luz y de libertad!
Pero no, amor mío, no moriré en esta cárcel, por más que siga en ella mucho tiempo; que en tu corazón y el mío hay una eterna primavera, que me dará aliento y vida con sus cantos, y su luz, y sus perfumes.
Y luego, al remontar mi pensamiento más alto, mucho más alto que esos montes del Septentrión, coronados casi siempre de nieve, aún veo en Cabia seres queridos que me abren sus amorosos brazos y pugnan por arrastrarme con su magnética mirada a aquellos campos benditos que adquirieron derecho a la experiencia de mi ancianidad enseñándome en mí niñez a amar a Dios y a la Patria.
Volvamos, amor mío, a Cabia, que nunca más hermoso que ahora se ostentó aquel nido de flores; porque han pasado los nebulosos días del invierno y el sol de la primavera hace brotar las alegrías en todos los corazones, y las flores en todos los árboles, y los cantos en todos los labios y en todos los picos.
El sol muestra sus primeros resplandores sobre las cumbres de Urállaga, y poco a poco va subiendo, va subiendo, va subiendo, hasta aparecer en toda su plenitud, inundando de luz y de alegría hasta los valles más profundos.
Las campanas de Cabia repican más sonoras, más alegres, más elocuentes que nunca; que nunca Andresillo las hizo decir a los corazones cosas más tiernas y consoladoras que hoy.
¿Consistirá sólo en que hoy celebran a la par la resurrección de Jesús y la de las flores, o también en que el corazón de Andresillo ha brotado alguna flor?
Hace pocos momentos Andresillo atravesaba el nocedal, encaminándose a la iglesia, en ocasión que Isabel volvía de la fuente con la herrada en la cabeza y un clavel en la boca.
Andresillo iba cantando, más alegre que los pájaros que cantaban en los nogales y los cerezos que dan sombra a la iglesia, pero apenas vio asomar a Isabel, el canto desapareció de sus labios y la alegría de sus ojos.
-Buenos días, Isabel -dijo.
-Buenos te los dé Dios, Andresillo.
-No me los da buenos.
-Pues tú cantando venías.
-Cantaba para espantar penas.

-¿Y quién te las da?
-Quien dice quién.
-¡Anda, engañoso!
-Aquí me caiga muerto si no es verdad.
-¡Judío! No te castigue Dios.
-¿Y por qué?
-Porque es engaño eso que dices.
-Quiéreme y lo verás.
-Si ya te he dicho que no.
-¿Y por qué no, Isabel?
-Porque no tienes formalidad.
-Verás qué formal me hago si me quieres.
-¿De veras?
-Así me salve Dios. ¿Me das ese clavel?
-No, que dice la canta:
Isabel me dio un clavel,
le coloqué en la ventana,
el viento se lo llevó...
¡Adiós, Isabel del alma!

-No, no lo colocaré en la ventana.
-¿Pues dónde?
-En el corazón.
-Pues toma.
-¡Ay, que viene el señor cura!
-¡Y también mi madre!
-Adiós.
-Adiós.
Andresillo subió al campanario, dando al clavel un beso en cada escalón.
Isabel se paró antes de entrar en casa, esperando a que Andresillo empezara a repicar las campanas, y preguntándose a sí misma:
-¿Qué les hará decir esa bala?
Andresillo empezó a repicar, e Isabel añadió, soltando una alegre carcajada:
-¡Pues no les hace decir!: ¡Isabel! ¡Isabel! ¡Isabel!...
Desde el amanecer, casi todos los moradores de Cabia vagaban por la aldea, por los huertos, por las piezas, por las arboledas, cantando y riendo alegremente, quién apacentando los bueyes en las campas o las honderas, quién haciendo provisión de hortaliza, quién yendo a coger el agua serena en la fuente del castañar, quién, en fin, únicamente admirando la hermosura del cielo y la de la tierra.
La alegría reinaba en casi todos los corazones.
Y si no digo que en todos, mis razones tengo para ello. Veámoslas.
La casa de don Juan de Urrutia contrastaba notablemente por su riqueza, no sólo con la de Antonio de Molinar, sino también con las restantes de Cabia.
Nada faltaba en ella para comodidad de sus moradores. En el mueblaje y el decorado de las habitaciones, casi regias, se echaban de menos esos pormenores, esas pequeñeces, que un gusto delicado inspira; pero, en cambio, la riqueza y la comodidad tenían allí su asiento.
La habitación de don Juan, digna en todos conceptos de un rey, recibía a través de un cortinaje de flores que trepaban al balcón, inundándola de perfumes, los primeros rayos de sol, que la inundaban también de luz.

Cuando las campanas, magistralmente repica das por Andresillo, tantas dulcísimas cosas decían a los moradores de Cabia, y tanto alegraban los corazones, don Juan se incorporó dos tres veces en su lecho, exclamando con cara de vinagre: -¡Voto a brios Baco balillo con las campanas, que me tienen ya hasta los pelos!...
Las campanas callaron al fin, y don Juan procuró recobrar el sueño; pero en vano, porque las vueltas que daba en la cama, y las palabras incoherentes que pronunciaba cuando se quedaba adormilado, demostraban que su sueño, más que el nombre de tal, merecía el de pesadilla.
No sé qué demontre le desvelaba así, porque el único ruido que se oía a su alrededor era el de los pájaros que cantaban en las flores que trepaban al balcón. ¿Habría en su corazón algún ruido que solamente él oía?...
¡Quién sabe, Dios mío, hasta qué punto son capaces de turbar el sueño los ruidos del corazón!
Eran cerca de las diez cuando don Juan abandonó la cama y tiró de la campanilla con tal fuerza, que el cordón se hizo pedazos.
-¿Qué manda usted, señor? -le preguntó Benito entreabriendo la puerta del cuarto.
-Mando que os pongáis todos de patitas en la calle, porque me servís muy mal.
Benito se retiró sin replicar. Chula, la perra, que al ver abierta la puerta del cuarto, vio el cielo abierto, porque se moría por su amo, fue a hacer a éste una caricia, pero don Juan le arreó un puntapié acompañado de un taco, murmurando:
-¡Para caricias está el tiempo!
La Chula se retiró diciendo pestes de la ingratitud de los hombres. Don Juan se dejó caer en un sillón.
Los pájaros continuaban cantando entre las flores que trepaban al balcón, y en los frutales de la huerta.
Don Juan toleró su canto durante algunos instantes; pero, al fin, se levantó hecho una furia, exclamando:
-¡Voto va a bríos con la música, que es capaz de hacer perder la paciencia a un santo!
Y abrió el balcón con estrépito.
Los pájaros que cantaban allí, al ver aquella cara de vinagre, se fueron con la música a otra parte, quejándose de la poca protección que se dispensa en España a los artistas; pero los que cantaban en los frutales, o creyeron la fuga sólo digna de músicos vulgares, o en medio del entusiasmo con que ejecutaban una gran pieza concertante, no vieron ni oyeron a don Juan, por más que éste, extendiendo los brazos como aspa de molino de viento, repitiese con todas sus fuerzas:
-¡Uuusaaa!...
Don Juan, ciego de cólera, cogió la escopeta y descerrajó un tiro a los cantantes, que si bien tuvieron la suerte de quedar ilesos, se vieron precisados a huir al cerezo de la portalada de Antonio, donde concluyeron la pieza muy a satisfacción del público.
Al oír el tiro, Juana salió al patín de su casa, que estaba frontero al balcón del cuarto de don Juan, y viendo a éste aún con la escopeta en la mano, le dijo:
-¿Se caza, don Juan, se caza? ¡Gracias a Dios que le vemos a usted de humor para divertirse! Bien es que ¿quién no lo está hoy que ha resucitado el Señor, y hasta el cielo, y el sol, y las flores, y los pájaros lo celebran? Todavía le hemos de ver a usted esta tarde echar un corro al son de la pandereta en el nocedal. ¡Caramba! ¿Quiere usted bailar conmigo?
-¡Váyase usted al cuerno!
-¡Váyase usted más allá!
-No tengo gana de conversación.
-Con las viejas como yo, ¿no es verdad?
-Ni con las jóvenes.
-¡Vamos, señor don Juan, que todo se sabe!

-¿Y qué es lo que sabe usted, grandísima bruja?
-¡Ja ¡Ja! ¡Ja! Como dice el adagio, el que habla mal de la pera...
-Pero ¿qué pera ni qué camuesa?...
-¿Piensa usted que cuando ayer tarde encontró usted a Isabel en la estrada, la hija de mi madre, que estaba plantando arvejas al otro lado del seto, era sorda?
Don Juan se puso colorado de vergüenza morado de cólera, y balbuceando algunas palabras inspiradas por estos dos encontrados sentimientos, se volvió para retirarse del balcón.
-Señor -dijo Juana-, no le he llamado a usted perro judío para que se alborote usted de se modo. Decir que quiere usted casarse es ponerle una corona, y con Isabel mucho más. Ella es muy pobre, eso sí; pero merece casarse con el Rey de España, cuanto más con usted.
-Pero ¿quién le ha dicho a usted, grandísima habladora, que yo trato de casarme?
-A la vista está, porque no ha de ir una a creer que va usted con mal fin...
-Ni con malo ni con bueno voy; que en mi vida he pensado casarme.
-Por eso le llaman a usted Juan Palomo, yo me lo guiso y yo me lo como.
-¡Señora! ¡Señora! ¡Por todos los demonios el infierno, no me provoque usted, que me dan tentaciones de hacer un disparate.Y al decir esto, don Juan agitaba convulsivamente la escopeta.
Juana se asustó, y dando un chillido se metió en casa.
Ni Benito ni la cocinera habían pensado en ponerse de patitas en la calle, por la sencilla razón de que se creían con tanto derecho a no obedecer a su amo, como éste a mandarlos.
-¡Benito! ¡Ciriaca! ¡Ambrosía! -gritó don Juan. ¿Dónde demonios estáis, que me tenéis aquí solo, rabiando, como un perro? Benito y Ciriaca, la cocinera, acudieron a este llamamiento de su amo.
-¿Qué se le ofrece a usted, señor?
-¡El almuerzo, más pronto que la vista!
-No está todavía -contestó la cocinera.
-¡Rayo de Dios!
-Se ha llevado Ambrosia la llave de la despensa.
-¿Y dónde demonios está Ambrosia?
-En la iglesia desde las seis.
-Que venga volando, volando, o si no...
Benito echó a correr a la iglesia a llamar a Ambrosia, que pocos instantes después subió la escalera refunfuñando.
-¿Qué tripa se le ha roto a usted? -preguntó insolentemente a su amo.
-Yo si que les voy a romper a ustedes las costillas a garrotazos, que esto ya pasa de castaño oscuro.
-¡No me venga usted a mí con fueros! ¡Apuradamente está la madera para hacer cucharas!
-¡Ambrosia! ¡Que se me acaba la paciencia!...
-Compre usted unas cuantas libras de ella, que rico es...
-¡Rico! ¡Rico!... ¿De qué me sirve serlo si me encuentro siempre solo? ¡Si no tengo, aunque me gaste un sentido, quien me sirva de buena voluntad! ¡Si ni siquiera tengo a quien contar mis penas!
-Cásese usted, y verá cómo se ahorca y acaba de penar.
-Ambrosia, no hablemos más de esto, que voy a hacer un desatino. Que me hagan volando el almuerzo, y entre tanto tráigame usted una camisa, que me voy a mudar.
-No hay ninguna.
-¿Cómo que no hay ninguna, si las tengo por docenas?
-Pero no están planchadas.
-¿Pues qué ha hecho usted toda la semana?

-Hereje, lo que usted no hace.
-Bien se puede conciliar la devoción con la obligación.
-Si ¡usted también es de los del día!
Don Juan se arrojó en el sillón, desesperanzado ya de hacer entrar a sus criados en vereda, y buscando un medio de poner término a aquella hipocondría, a aquel humor más negro que la pez, que era su estado normal.
Sonó el primer toque de misa, y poco después don Juan oyó unas estrepitosas carcajadas de hombre y mujer en el nocedal. Asomóse al balcón, y vio que las daban Antonio y Feliciana, yendo a misa, cada cual con un pedazo de borona en la mano, que comían con más apetito que si fuera rosquilla.

- VI -

Era un domingo, víspera de San Juan, y los vecinos de Cabia acordaron hacer aquella noche una sanjuanada que fuese sonada en todas las
Encartaciones.
En aquel país rara vez se sacrifica la obligación a la diversión. La obligación para los encartados es pasar el día de trabajo en sus heredades, y la diversión, pasar el día de fiesta parte en la iglesia y parte en el carrejo jugando a los bolos, a la pelota o a la barra, o en el nocedal, o en las casas entregándose a placeres tan inocentes como éstos.
Como el año a que me refiero, la víspera de San Juan caía en domingo, los vecinos de Cabia tenían toda una tarde a su disposición para preparar la sanjuanada.
Reunidos, después del rosario, en el campo de la iglesia, propusiéronse antes de todo acordar el punto adonde habían de ir por roza.
-En Matacabras -dijo Antonio- tengo yo una rozada seca que basta para chamuscar todas las brujas de España.
Ambrosia, que oyó estas palabras desde la iglesia, se creyó aludida y salió hecha una furia.
-¡Señores -dijo una vocecilla burlona que parecía bajar del cielo-, propongo que no se chamusque a Ambrosia con argomas encendidas, que bastante tiene para quernarse con no haber encontrado en su vida un Vivanco como el que casó con Segovia, siendo ciego, cojo y manco!
Todos alzaron la vista y vieron con horror a Andresillo paseando con la mayor frescura por la cornisa de una cuarta de ancho que rodeaba la altísima torre casi por bajo las campanas.
Ambrosia empezó a echar sapos y culebras, y cogiendo una piedra se la arrojó a Andresillo, alzando la pata al arrojarla, como es uso y costumbre entre las señoras mujeres; pero la piedra dio mucho más abajo de la cornisa, y al caer rompió las narices a la que había disparado.
Curada Ambrosia con agua, sal y vinagre que la hicieron ver las estrellas, y conducida a casa, todo el mundo, hasta Juancho el ochentón, se armó de horquillas y vilortos, y tomó el camino de Matacabras, donde estaba la rozada que Antonio había hecho para abonar sus tierras después de pudrir la roza en la portalada.
También Feliciana quiso ser de la partida; pero su marido le dijo no sé qué al oído, se puso colorada y se quedó en el nocedal.
Llevaba el nombre de Matacabras la plataforma que coronaba una de las dos colinas que, dominaban la aldea.
Los hombres amontonaban sobre vilortos de rebollo argomas secas, que tomaban con las horquillas para esquivar sus agudas espinas; las mujeres las ataban, y muy pronto empezaron a rodar por la cuesta enormes haces, que no paraban hasta el campo de la iglesia, donde al anochecer había ya roza para cocer dos caleros.

Esperábase con ansia que empezasen a brillar sanjuanadas en el valle y las aldeas dispersas en la falda de las montañas de Poniente, para dar fuego a aquella gigante hacina. Las muchachas preparaban las panderetas, los hombres las escopetas, y la gente menuda las corambres viejas, que colocaban en pértigas altísimas, y todo era alegría en Cabia.
Sin embargo, don Juan Palomo no participaba de la alegría general; pues sentado en el balcón que daba sobre el zaguán de su casa, tiraba de cuando en cuando una chupada a la pipa, y seguía distraído y caviloso las ondulaciones del humo que despedía de sus labios.
Juana alzó la vista al balcón de don Juan, echando de ver a éste.
-¡Caramba! -le dijo-. Baje usted acá, cascarrabias, y no se esté usted ahí pensando en las musarañas. ¡Luego se atufará usted porque le llamen Juan Palomo!
Don Juan hizo un gesto de despecho al oír este apodo, que después de habérsele apropiado él mismo, había llegado a ser su pesadilla.
-Que no te vayas a estar repicando toda la noche -decía Isabel a Andresillo, un poco retirados ambos a la sombra de un nogal.
-No tengas cuidado, que entre repique y repique he de bajar a echar un corro que se hunda la tierra.
-Pero conmigo nada más.
-Con el lucero del alba que se ofrezca.
-¡Que no muelas, Andresillo!
-Esta noche te planto un abrazo.
-Anda, judío, ya verás cuando te confieses.
La madre de Isabel se asomó a la ventana.
-¡Isabel!
-¿Qué quiere usted, señora madre?
-¿Piensas dejarnos sin agua esta noche? No, tú como haya bureo... A ver si vas por una herrada de agua antes que sea más tarde.
-Voy al instante -respondió Isabel alejándose de Andresillo, que murmuró bajito:
-¡Que te le planto!
En aquel instante don Juan abandonó de repente sus cavilaciones y bajó al nocedal.
-¡Gracias a Dios -dijo Juana -que se da usted a mandamiento!
-Tiene usted razón -contestó don Juan alegremente-. Esta noche es noche de alegría, y todo el mundo debe echar con dos mil demonios el mal humor. Aquí faltan un par de cántaras de chacolí que alegren la pajarilla.
-¡Sí, sí, eso es lo que falta! -asistieron todos los circunstantes, menos Isabel, que ya salía de su casa con la herrada en la cabeza, y Andresillo, que se había escabullido del nocedal.
-¡Benito! -dijo don Juan a su criado-. Anda a casa y trae aquí chacolí de firme.
-¿De cuál traigo?
-Del mejor que hay en la cubera.
-Mire usted que Ambrosia se va a poner como un toro si lo huele...
-Ambrosia no huele ya, que tiene la nariz rota.
Dos minutos después el jarro corría que era una bendición y las pajarillas comenzaban a alegrarse: Don Juan, como quien no hacía nada, se deslizó entre la sombra de la arboleda y tomó el camino de la fuente, siguiendo a Isabel, que, cantando como una malviz, le llevaba cincuenta pasos de delantera.
El secular castaño que se alzaba al lado de la fuente, extendía sobre ésta sus pomposas ramas, con cuyo motivo y el de estar expirando el día, la obscuridad era casi completa en torno de la fuente.
Isabel colocó la herrada bajo la teja que servía a la fuente de caño, y mientras la herrada se llenaba, fue a alcanzar una rama para echarla en el agua, con objeto de que ésta no se

jalducase; pero como oyese pisadas que se acercaban cada vez más, preguntó con voz temblorosa:
-¿Quién viene?
-No te asustes, Isabel, que soy yo -la contestó don Juan.
Isabel, cuya inocencia formaba singular contraste con las picardías de Andresillo, no pudo contener la expresión de su alegría, pues la obscuridad que reinaba allí empezaba a darle miedo.
-¿Pues cómo viene usted por aquí? -preguntó ingenuamente al camastrón de don Juan.
-Vengo porque te quiero mucho.
-¡Sí, cabalito!
-¿Lo dudas? Verás qué abrazo tan rico te voy a dar.
-¡Ay, no, no, que es pecado! -exclamó Isabel retrocediendo.
Pero tropezó con el tronco del castaño, y alcanzándola don Juan, iba a estrecharla en sus brazos, cuando del tronco del árbol salió una voz pavorosa que dijo:
-¡Tú me las pagarás!
Isabel y don Juan lanzaron un grito de espanto, quedando la primera muda e inmóvil de terror al pie del castaño, y tomando el segundo a escape el camino de la aldea.
-¡No te asustes Isabel! -dijo cariñosamente Andresillo saltando del castaño.
-¡Ay, Andresillo de mi alma! -exclamó la niña acercándose temblorosa a su novio, que la estrechó en sus brazos y dijo soltando una alegre carcajada:
-¿No dije que te le plantaba?
En aquel momento un vivísimo resplandor inundó a Cabia.
-¡La sanjuanada! ¡La sanjuanada! - gritó Andresillo alborozado. Y colocando a toda prisa la herrada en la cabeza de Isabel-. Adiós, chica -añadió-; las campanas me están echando ya de menos. No digas a nadie que hemos estado aquí Juan Palomo ni yo.
Y echó a correr más ligero que una liebre.
Don Juan antes de llegar al nocedal, dio un rodeo por detrás de las casas y se metió en la suya.
Asomóse al balcón y oyó a los vecinos que decían:
-Pero ¿dónde estará ese condenado de Andresillo, que no rompe ya las campanas a fuerza de repicar? Al oír esto don Juan se dio una palmada en la frente, murmurando con desesperación:
-¡Era él! ¡Era él! ¡Va a contarlo a todo el mundo, y voy a ser el monote de la aldea!... ¡Qué vergüenza! ¡Un hombre de mis años y posición!..
Andresillo llegó en aquel momento al campo de la iglesia dando también su rodeo.
-¡EA! ¡Viva! ¡Ya está aquí Andresillo! -gritaron los chicos tirando las gorras al aire.
-¿Dónde andas, hombre? -le preguntó el señor cura.
-Estaba echando un sueñecito para estar despabilado esta noche -contestó Andresillo.
Y subió de cuatro en cuatro los escalones del campanario.
Jamás se había oído en Cabia campaneo más alegre y sonoro que el que enseguida empezó a responder al que se oía en todas las iglesias parroquiales del valle.
-¡Qué condenado a muerte! -exclamaba Juana reventando de alegría-
¡Ahora, ahora sí que hace hablar las campanas!
Cien hogueras iluminaban con claridad del sol el verde y hermoso valle, y el río que por el fondo de éste se deslizaba, parecía una serpiente de fuego al reflejarse en sus claras aguas, aquel vivísimo resplandor.
Al himno de alegría que alzaban las campanas en los cinco campanarios que surgían blancos y esbeltos del verde follaje, en toda la extensión del valle, se unían las salvas de trescientas escopetas y los repetidos gritos de:
¡San Juan! ¡San Pedro!

¡San Pelayo en medio!

Pero entre todas las sanjuanadas, la de Cabia llevaba la gala, en concepto de los Cabia, que tenían la debilidad, ¡santa debilidad! de no envidiar a nadie, de creer que la aldea donde habían nacido era la mejor del mundo, de no comprender que fuera de aquel nido de ramas y flores existiera felicidad.
A todos les decía Andresillo su cosa, con aquella gracia que Dios le había dado para hacer hablar las campanas.
A Isabel: -«¡Te quiero mucho! ¡Te quiero mucho!»
A Antonio y Feliciana: -«Vuestro hijo, ¡qué hermoso será, qué hermoso será!»
A Juancho: -«¡Pasarás de los cien años y fumarás buen tabaco!»
-A Ambrosia: -«¡Rabia! ¡Rabia! ¡Rabia!»
-Y a Juan Palomo: -«¡Tú me las pagarás! ¡Tú me las pagarás!»
Sí, sí, esto decía Andresillo a don Juan de Urrutia, que mientras sus vecinos se volvían locos de alegría, se arrancaba de rabia el cabello, derrengaba de una patada a la perra, jugaba a la pelota con el gato, habría a puntapiés las puertas, y decía, tapándose los oídos para no oír las campanas:
-¡Tú me las pagarás! ¡Tú me las pagarás. ¡Me las está jurando!... ¡Me las está jurando!...

- VII -

El ardiente sol de julio se iba ocultando tras de los lejanos montes de Soba. Antonio y Feliciana resallaban borona en una pieza situada a dos tiros de piedra de su casa, y muchos vecinos se ocupaban en lo mismo en otras piezas cercanas.
La alegría, que rara vez abandonaba el corazón de los vecinos de Cabia, se manifestaba entonces en toda su plenitud: era que dos días antes había llovido abundantemente, y veía crecer la borona, que con tanta prodigalidad recompensa las fatigas del labrador cuando recibe a tiempo el agua, bendición que Dios niega rara vez al creyente y laborioso labrador vascongado.
-Voy a bajar las ovejas y a arreglar en seguida la cena -dijo Feliciana.
-No -replicó Antonio-; no quiero que subas la cuesta, que no estás ya para eso. Vete, a preparar la cena, que las ovejas están en Matacabras poniéndose como pelotas con la hierba que ha nacido ya en la rozada que limpiamos la víspera de San Juan. Así que dé la oración, subiré yo en un brinco por ellas.
Feliciana se dirigió a casa, recogiendo al paso un brazado de leña seca para la lumbre.
La puerta estaba cerrada sólo con picaporte, que en Cabia para maldita la cosa se necesitan llaves ni candados.
-Feliciana -dijo Juana, que atravesaba a la sazón el nocedal-, ya te está esperando hace rato la familia.
La familia a que Juan aludía eran dos cerdos que hocicaban la puerta gruñendo como desesperados y una bandada de gallinas que, al mando del gallo más gallardo de Cabia, esperaban a sus amos con santa paciencia, pensando sólo en que podía descolgarse por allí algún gato montés y refrescar con sus hijos.
Para matar el tiempo, gallinas y cerdos habían emprendido la siguiente disputa:
-¡Pues no gruñen ustedes poco en gracia de Dios!
-¡No, que seremos tan gallinas como ustedes!
-¡Ya! ¡Como son ustedes gente gorda!...
-Pues ustedes bien suelen alborotar el gallinero.
-Pero no alzamos el gallo tan alto como ustedes.

-¡No, y ponen ustedes el grito en el cielo!
-¡Y ustedes por nada va están de hocico!
-¡Eh, basta de cacarear!
-¡No nos da la gana, cochinos!
La cosa se iba poniendo seria cuando apareció Feliciana en la portalada, y gallinas y cerdos corrieron a su encuentro haciéndola mil carocas, y como tontos, se metieron en casa con, ella, seguros de que habría por allí algunas somas y ahechaduras que merendar.
Al poco rato, una blanca columna de humo empezó a elevarse de la chimenea de casa de Antonio.
Al verla éste desde su llosa, se sonrió como un tonto, de puro regocijo, diciendo a Juancho, que en aquel instante se había acercado a pedirle una pipada de tabaco:
-¡Mire usted, mire usted, qué humos gasta mi mujer! ¡Válgame Dios,
qué de cosas le dice a uno el humo que desde lejos ve salir por la
chimenea de su casa!
-Vamos a ver, ¿y qué es lo que a ti te dice?
-Hombre de Dios, si uno pudiera explicar como los que componen los libros, le aseguro a usted que más de cuatro cosas buenas se hacían de oír en Cabia... Mire usted, Juancho: cuando desde las llosas o el monte veo yo el humo d mi casa, pienso para mí que mi mujer está diciendo, si hace frío, «Hagamos una buena lumbrerada para que aquel pobre se caliente cuando venga»; si hace calor, «No echemos mucha lumbre, que aquél cuando venga va a encontrar la casa como un horno»; si hace una tortilla, «Pongámosla bien doradita, que así le gusta a aquél»; si echa sal al puchero, «No pongamos la comida muy salada, que aquél se atraca luego de agua»; si hace..., en fin, yo no sé explicarlo, pero ese humo me dice siempre que allí están pensando en mí.
-Quien te lo dice no es el humo.
-¿Pues quién, si no, me lo ha de decir?
-El corazón.
-Ése será, caramba; pero...
-Y si no, pregúntale a Juan Palomo qué le dice el humo de la
chimenea.
-¡Toma! Porque ése no tiene mujer.
-Pues entonces, si no es el corazón, será la mujer y no el humo quien dice todas esas cosas...gente más leída que nosotros, y vámonos a echar para casa las ovejas, ya ver si aquélla tiene ya preparado algo que se pegue al riñón.
Antonio hizo un haz de pies de borona cortados por inútiles, se lo echó a un hombro y al otro la azada, y tomó el camino de su casa.
Así que sirvió aquella sabrosa merienda a los bueyes, y dijo yo no sé qué dulcísimas cosas a su mujer, pues ésta le puso de gitano que no había por donde cogerle, tomó cantando la cuesta de Matacabras, por la que se le vio bajar poco después, trayendo de batidores una docena de ovejas tan retozonas y alegres como él.
El día había sido calurosísimo, pero la noche era deliciosa: la luna alumbraba como el sol a medio día, y el ambiente venía cargado con el aroma robado al paso a las manzanillas que, a manera de una nevada, cubrían los collados que resguardan a Cabia por el Sur y el Norte.
Cuando Antonio llegó a casa con las ovejas, ya Feliciana había colocado una mesita y dos sillas de madera al pie del cerezo de la portalada.
Las ovejas, acostumbradas por su ama a malas mañas, rodearon a Feliciana, como diciéndola: «Ve, ve si tienes por ahí algo que echar a perder.» Y Feliciana obsequió a cada una con un currusco de borona.

Antonio subió al payo con un plato en la mano; desde el ventanal alcanzó una rama del cerezo, trasladó al plato el fruto que la abrumaba por lo que la rama dio un respingo que equivalía a un «Estimado, generoso», y bajó a depositar el plato de cerezas al lado de otro plato de pimientos y huevos y tomate, que ya Feliciana había colocado en la mesita.
Marido y mujer se sentaron a la mesa, y previa la bendición, que echó Antonio, ambos metieron mano a la cena, con un apetito y una cara de pascua que hubiera hecho morir de envidia al inapetente e hipocondríaco
Juan Palomo.
-Pero, hija -dijo Antonio-, veo que comes por uno, cuando debieras comer por dos.
¿Cómo por dos? -replicó Feliciana sin comprenderle.
-Por ti y por un hombrecito que nos está oyendo.
-¡Sí, hombrecito! Mujercita sí que será -dijo Feliciana, comprendiendo al fin y poniéndose sonrosadita.
-Nada, nada, aquí no se quiere gente que se viste por la cabeza y se desnuda por los pies.
-¡Qué gracioso! Pues yo quiero que sea niña.
-Entonces, la meto en la misericordia de Bilbao.
-¡Gem! ¡Gem! ¡Que no me hagas rabiar!
-A no ser que se parezca a la pícara de su madre...
-Sí que se parecerá.
-Pues entonces, será pícara y se quedará en casa, porque tienen fortuna todos los pícaros como tú... sabes.
-¡Verás!
-Pero ahora que me acuerdo... Si me ha dicho el cirujano que es niño.
-¡Anda, mentiroso!
-Lo que oyes, hija. El domingo, antes de misa, estábamos en el pórtico esperando el toque de entrada, cuando asomaste tú por el nocedal, y me dice el cirujano: «Antonio, ¿quieres saber si tendrás hijo o hija?» Digo... Ya se ve que quiero. «Pues espera, que ahora lo sabrás.» Con que cuando ibas a subir el escalón de la puerta, se baja a mirarte los pies, y dice:
-¡Qué gracia!
-Chica, no te pongas colorada, que no dijo nada malo.
-¡Pues no son pocos mirones los hombres!
-Dice: «Hijo vas a tener.» ¿Y usted que sabe?, «Vaya si lo sé. Mira, cuando la mujer embarazada echa primero el pie derecho al subir un escalón, pare niño; y cuando echa el izquierdo, pare niña. Tu mujer ha echado primero el derecho; conque niño va a parir...»
-No quiero...
-Pues entonces le llevaré a la Misericordia.
-¡Sí, que te voy a dejar!
-Como no le quieres...
-Sí que le quiero.
-¿Y cómo le pondremos?
-Un nombre muy bonito.
-Dice Juan Palomo que los nombres bonitos son... así, como los que hay en unos libros de novela que él tiene.
-¿Y cómo, cómo son? Arturo, y no sé cómo demontre más.
-¡Ay, que feos! ¿Verdad?
-Sí que lo son. Ésos son santos de Francia o por allá...
-Justo. ¡Cuánto más bonito es Antonio, Juan, Francisco, José, Ignacio, Manuel..., en fin, santos buenos, como los de España!
-¡Ésos, ésos son los que a mí me gustan! ¡Caramba! Donde están los santos de por acá...

-Pues mira, Antonio, yo a mi chiquitín le voy a poner tu nombre.
-Pero ¿no ves que cuando te pregunten por cualquiera de nosotros no vas a saber?... A no ser que tengas la precaución de hacer la pregunta de López...
-¿Qué pregunta es ésa?
-Yo te diré. López se había casado hacía mucho tiempo, y rabiaba porque no tenía familia; pero al cabo parió su mujer un niño. López, con este motivo, reventaba de orgullo y se desesperaba porque el cuidado de la parida no le dejaba ir por el pueblo contando que ya tenía un hijo. Pero ¿qué hizo el maldito de cocer? El mismo día que parió su mujer, se colocó a la puerta de su casa, y cuando llegaba algún desconocido y le decía: «¿Está López?», le preguntaba, poniéndose más hinchado que una bota:
-«¿Cuál? ¿padre o hijo?»
-Pues mira, dejémoslo, que ya pensaremos cómo le hemos de poner a mi pobrecito...
-Anda, que el nombre no le hace. Lo que importa es que el chico sea guapo.
-¡Y sí que lo será!...
-Porque se parecerá a ti.
-No, a ti.
-Le voy a hacer un carretón para que aprenda a andar antes de un año...
-Eso de enseñarle, por mi cuenta corre.
-¡Y qué gusto verle corretear por ahí aquel pelito rubio como el oro, y aquellos ojillos pícaros, como los de su madre!... ¡Je! ¡Je! ¡Je! ¡Qué tunante de chico!
-¡Que no le llames eso!
-Esquilando, como un gato, por el tronco del cerezo...
-¡Pues! ¡Para romperse la ropa!...
-Le das un par de azotitos.
-¡Anda, Nerón, no me da la gana de pegar a mi niño!
-Pues verás cómo yo me levanto y se los planto...
-¡No quiero, no quiero que le pegues!
Y Feliciana se vuelve asustada, extendiendo los brazos hacia el tronco del cerezo que está a su espalda, para impedir que Antonio dé al chiquitín lo que no se le caiga.
-Si vosotras los echáis a perder con ser tan madrotas...
-¡Mejor!...
-Pero felizmente nuestro chico saldrá hombre de bien.
-Y siendo tan guapo, se casará en alguna casa rica, aunque no me gusta mucho.
-No, mejor es que vaya a las Indias.
-Y verás tú qué rico viene, porque dicen que allí hacen fortuna los que son tan despejados. ¡Vaya si la hará! ¡Je! ¡Je! ¡Je! ¡Qué diablejo de chico!...
-¡Buenas noches! -dijo Juancho, presentándose en la portalada, antes que Antonio y Feliciana repararan en él, entretenidos como estaban con su chico...
-¡Buenas noches, Juancho! ¿Usted gusta? Aunque llega usted a los postres...
-Que aproveche. Hablabais de Andresillo, ¿no es verdad? Cierto que ese chico es un diablejo. Juan Palomo está trinando con él porque dice que le insulta siempre que repica las campanas.
-¿Y qué es lo que le dice?
-¡Qué sé yo! Sus cosas, como a todos nos dice las nuestras. Sólo que al que no hace nada malo, no le importa que le digan lo que hace.
-A ver si el tal Andresillo se casa pronto y sienta la cabeza como la sentó éste.
-¡Qué sé yo que os diga! La pobre Isabel no las tiene todas consigo. Pero a todo esto ¿cuándo te haces dos, Feliciana?
-¡Qué cosas tiene usted!
-Desmejoradilla te vas quedando.

-No ve usted que me da cada patada el chico...
-¡Qué chico ni que calabaza! La chica querrás decir.
-No señor; que el cirujano vio a ésta el domingo echar primero el pie derecho al subir el escalón del pórtico, y conoció en eso que va a parir chico.
-Pues hace una hora he estado a pedir al cirujano una pipada, y me ha dicho que esta tarde ha visto a tu mujer echar primero el pie izquierdo al subir la escalerilla de la llosa, y ha conocido Feliciana soltó una alegre carcajada, a la que respondió Antonio con otra no menos alegre, añadiendo:
-Que venga lo que su Divina Majestad quiera; que si no sabemos si es niña o niño, sabemos que es la bendición con que el Señor completa nuestra felicidad.
A Feliciana se le llenaron los ojos de agua, y no sé cómo demontre la mano de Antonio y Feliciana se encontraron bajo la mesa y se dieron un apretón de padre y muy señor mío.

- VIII -

Era domingo y llovía a jarros.
Don Juan de Urrutia estaba alegre y placentero, cosa que tenía admirado a todo el mundo, porque don Juan se había ido avinagrando de tal modo, que los vecinos de la altea apenas le llamaban ya Juan Palomo, que le llamaban Cascarrabias.
¿En qué consistía tan repentino cambio?
El pobre Andresillo, por el contrario, estaba reservado y triste; novedad también, y no pequeña, pero que no excitaba la curiosidad de nadie, porque nadie ignoraba ya en Cabia que a Andresillo lo había plantado su novia Isabel unas calabazas como unos soles, en vista de que no sentaba la cabeza, como lo probaba el haber pintado con carbón en el pórtico de la iglesia unas narices torcidas, en las que todo el mundo había reconocido las de Ambrosia.
A media tarde cesó la lluvia; pero no era posible jugar a los bolos ni a la pelota en el carrejo, porque éste estaba convertido en una charca.
Los muchachos de la aldea, entre los cuales se hallaba Andresillo, aunque casi tenían que llevarle, como quien dice a remolque, recogieron del carrejo bolo y bolo, y se echaron a buscar una casa donde pudieran armar el juego.
-¡Ambrosia! -decía don Juan a su ama de gobierno con tono zumbón y después de haber recalado a Juancho una hoja de rico tabaco-. Hoy me ha tenido usted en ayunas hasta las doce por estarse usted comiendo... los santos; pero se lo perdono a usted porque no quiero amargarle sus triunfos.
-Vaya usted mucho con Dios, que no tengo gana de conversación. ¡Qué triunfos, ni qué!...
-¿No los ha olido usted?
-No señor.
-Ya se conoce que no tiene usted buena nariz.
-Mire usted, señor, no me insulte usted, que tengo malas pulgas y le tiro aunque sea un demonio a la cabeza.
-¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Tíremele usted, a ver si rota alcanza el triunfo que la nariz de usted ha alcanzado.
-Pero ¿de qué triunfo habla usted, hereje? Que es usted capaz de hacer burla de un entierro, como todos los del día.
-¿Conque no lo sabe usted? ¿Conque no sabe usted que su nariz ha merecido la alta honra de ser retratada y expuesta al público no menos que en el pórtico de la iglesia?...
-¡Calle usted, calle usted, por los clavos de Cristo, y no tenga usted ganas de divertirse conmigo!...
-Toda Cabia se divierte con su nariz de usted.

-Le digo a usted que si quiere divertirse compre una mona.
Unas grandes carcajadas resonaron en aquel instante en el pórtico de la iglesia.
Don Juan se asomó al balcón que daba sobre el zaguán.
-¿Qué es eso, Antonio? -preguntó a éste, que venía de hacia el pórtico, desternillándose de risa.
-¡Ja! ¡Ja! ¡Qué ha de ser! -contestó Antonio-. Cosas de Andresillo, que es el mismo diablo. ¿Pues no ha pintado con carbón, que parece que está hablando, la nariz de Ambrosia?
Al oír esto, Ambrosia pegó un salto de hiena, y tomó un puchero con agua y una esponja, se lanzó a la calle, gritando:
-¿Dónde está ese pillo, hijo de mala madre y de peor padre?... ¡Veneno se me vuelva el pan que coma y el agua que beba, si no me la paga bien pagada!... ¡Por ésta! ¡Por ésta ¡Por ésta!
Y Ambrosia besaba el dedo pulgar, cruzado sobre el índice, corriendo con su puchero y su esponja hacia el pórtico.
En efecto: allí estaba la vera efigie de su nariz, insolente, gráfica, incapaz de confundirse con ninguna otra, hablando, como había dicho Antonio; pero Andresillo la había dibujado sirviéndolo de andamio
Benito, que tenía tirria y mala voluntad a Ambrosia, y ésta dio un nuevo grito de desesperación al ver que la esponja empuñada por su mano no alcanzaba allí.
-¡Aunque estuviera en el quinto cielo esa infame pintura la alcanzaría yo! -exclamó, tirando la esponja al dibujo.
Pero la esponja cayó al suelo sin dar en el blanco, o mejor dicho, en el negro; y volvió a subir y caer, cubierta ya del barro formado con el polvo que había recogido en las multiplicas caídas, hasta que en uno de aquellos rebotes... ¡paf! vino a parar a la cara de Ambrosia.
Los chicos y los grandes, que se iban ya reuniendo en el pórtico, entre ellos Juancho, soltaron una tremenda carcajada, dando un pase, atrás, espantados al ver la horrible caricatura de Ambrosia, descompuesta por la cólera y cubierta de barro.
Aquella carcajada y la inutilidad de sus esfuerzos acabaron de cegar y desesperar a Ambrosia, que, arrimándose de bruces a la pared, empezó a dar grandes saltos como el perro a quien ponen tres varas de altura una
tajada de carne.
-¡Señora, señora, que se le ven a usted las piernas! ¡No sea usted escandalosa! -la gritaron Juana y otras vecinas, ahuyentando a los chicos.
Entonces Ambrosia tiró el puchero, echando a correr a casa en un estado de exaltación imposible de describir.
-¡Voto a bríos con la bruja esa! -exclamó Juancho, casi desesperado como Ambrosia.
Era que el puchero arrojado por el ama de Juan Palomo le había roto la pipa, en que empezaba a saborear una pipada del riquísimo tabaco que había pedido a don Juan al verle tan para gracias. Don Juan continuaba en el balcón, desde donde había contemplado y celebrado aquella grotesca escena.
-¡Don Juan, por María Santísima -le dijo Juana desde el nocedal-, que lo va a dar algo a esa pobre mujer! Llamen ustedes al cirujano, y entre tanto, dígale usted a Ciriaca que...
-Ande usted, que cosa mala nunca muere -contestó don Juan -. ¡Mal portazo la oigo dar al encerrarse en su cuarto! Verá usted cómo allí se le pasa el berrinche.
-A todo esto el sol había salido radiante y hermoso, y la mayor parte de los vecinos de Cabia imitaban a los caracoles cuando sale el sol. El nocedal se iba llenando de gente.
Don Juan, que hacía un rato guardaba silencio y aplicaba el oído hacia el Noroeste, exclamó de repente:
-¡Demonio! ¡Ya está armado en Santoña! ¿No, oyen ustedes qué cañonazos?
Todo el mundo se puso a escuchar, y todo el mundo soltó una carcajada.

-¡No tiene usted malos cañonazos! -dijo Juana- Si es Andresillo que con otros muchachos está jugando a los bolos en el payo de su novia.
-Querrá usted decir de la que fue su novia -replicó don Juan anublándoselo un poco el semblante.
-De la que lo será aún; porque ¡haga usted caso de riñas de enamorados! Por más que diga Isabel, bien agarrada la tiene ya ese gitano, que es capaz de engatusar al lucero del alba.
Un nubarrón espantoso acabó de obscurecer el semblante de don Juan, que ya entonces no pudo tolerar que se le contradijera, poniendo en duda la perspicacia de su oído.
-¡Les digo a ustedes que son cañonazos!
-¡Calle usted, hombre, y no diga disparates!
-¡Centella de Dios! ¿Me quieren ustedes hacer tonto? Digo y repito que en Santoña hay un cañoneo que se hunde la tierra. Oigan ustedes. ¡Booom! ¡No hay más, ésos son los ingleses, que quieren otro Gibraltar!
-Vaya, vaya, usted está ido.
-Pero, ¿no oyen ustedes? Grandísimos...
-¡Hombre, no sea usted terco, por la Virgen Santa! ¡Si sabremos aquí lo que son bolas y lo que son cañones!
-Se van ustedes a convencer de que son cañonazos, o me llevan a mí doscientos mil demonios.
Y don Juan se lanzó a la calle, dirigiéndose casa de Isabel.
Al llegar al portal de la casa, un terrible bolazo que sonó arriba le convenció de que se había equivocado de medio a medio, y de que ya tenían los vecinos de Cabia lo que necesitaban para quemarle la sangre.
Soltó un terrible juramento, y cogiendo una estaca de un montón de leña que había en el portal, se lanzó a la escalera del payo, jurando y perjurando que iba a matar a Andresillo.
Isabel, que estaba en el piso principal peinando a su madre, dio un grito de terror y se precipitó a su encuentro para detenerle.
Aquel grito y aquella solicitud por Andresillo convencieron a Juan Palomo de que Isabel no había dado calabazas de labios adentro al campanero, y colmaron la medida de su desesperación.
Isabel gritaba a Andresillo que huyera; pero Andresillo, con el ruido de las bolas, no lo oía; don Juan, a pesar de todos los esfuerzos de la muchacha, llegaba ya, blandiendo la estaca, a los últimos escalones.
De repente iluminó la alegría el hermoso rostro de Isabel, que dijo a don Juan en voz baja: -Si le pega usted a Andresillo, cuento las cosas malas que me dijo usted en la estrada y en la fuente.
Don Juan, que daba vista al payo en aquel instante, hizo un horrible gesto de desesperación y arrojó al suelo la estaca, a cuyo ruido volvió la cara Andresillo, y saltando desde una ventana del payo a un higar que daba contra ella, se encontró antes de un minuto en el nocedal.
Don Juan se volvió inmediatamente a su casa, siendo saludado al salir de la de Isabel por una porción de voces que decían:
-¡Booom! No hay más, ésos son los ingleses, que quieren otro Gibraltar!...
Y Andresillo enterado ya de todo lo que había pasado, tomaba parte en aquel coro, capaz de hacer perder la paciencia al pacientísimo Job.
-Una hora después iba anocheciendo, y Andresillo repicaba las campanas.
-¡Ja l ¡Ja! ¡Ja! -decían los vecinos de Cabia, después de rezar las tres Avemarías-. ¡Qué condenado de muchacho, cómo imita los cañonazos! ¡Chúpate esa, Juan Palomo!

Juan Palomo opinaba, no sólo que Andresillo imitaba los cañonazos con las campanas, sino que por medio de éstas repetía cuanto él había dicho en el balcón para probar que los ingleses cañoneaban a Santoña.
-Señor, ¿quiere usted luz? -le preguntó Benito entreabriendo la puerta del cuarto.
-¡Un rayo de Dios, que hunda la casa con los que estamos dentro!
-contestó don Juan, tirándole un tintero, que por milagro no le dejó en el sitio.
Menos afortunada que Benito fue la pobre Chula, que como aprovechase la ocasión para entrar a hacer un par de fiestecitas a su amo, éste le atizó tan fuerte puntapié, que le rompió una pata.
Chula se retiró como exclamando:
-¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Sea todo por Dios, que en este pícaro mundo este es el premio de quien bien ama!
A la mañana siguiente subió Andresillo al campanario a tocar a maitines. A mitad de la torre, según su invariable costumbre, se asomó a una ventana que allí había, para ver si pasaba alguien por debajo y echarlo una escupitina.
El que pasaba por debajo era el señor cura que, acompañado de Benito, se dirigía a toda prisa a casa de Juan Palomo.
Andresillo estuvo por echar la escupitina a Benito; pero renunció a aquel placer por temor de acertar al señor cura, y subió al saloncillo de las campanas.
Acababa de dar la última campanada, cuando oyó al señor cura que le llamaba desde el pie de la torre.
-¿Mande usted? -contestó, sacando la cabeza por debajo de una campana.
-Toca a muerto -le dijo el señor cura.
-¿Pues quién ha muerto señor?
-La pobre Ambrosia -contestó tristemente el señor cura.
Y Andresillo hizo doblar por dos veces las campanas tristemente.

- IX -

Hace un mes que Ambrosia, el ama de gobierno de Juan Palomo, murió de un ataque cerebral, y desde entonces Andresillo está completamente desconocido, que muchas veces por tocar a gloria toca a muerto, que ya no echa escupitinas desde la ventana del campanario, ni pasea por la cornisa de la torre, ni canta, ni ríe, ni travesea, ni piropea a las muchachas.
Algo parecido sucede a Isabel, que tampoco canta ni ríe, y lo que es peor aún, ha perdido aquellos colores de rosa de Alejandría que enamoraban
a los mozos de la aldea.
Es una mañanita de San Juan; Isabel toma la reluciente herrada en la cabeza, y castañar adelante, se encamina a la fuente. A mitad del camino se encuentra a Andresillo, que vuelve a la. aldea, y sintiendo oprimírsele el pecho y humedecérsele los ojos, hace un esfuerzo supremo para distraer aquella emoción, y sobre todo para ocultarla a Andresillo.
Isabel se pone a cantar.
Déjame pasar, que voy
a coger la agua serena
para lavarme la cara,
que han dicho que soy morena.

-¿Para qué cantas, si lloras? ¿Para qué dices que eres morena, si estás descolorida? -le pregunta Andresillo tratando de sonreír a pesar de que los ojos se le arrasan en lágrimas
-Que llore ni que está descolorida, poco te importa, Andresillo.
-¿Que no me importa?

-No.
-¿Por qué?
-Porque ya me has olvidado.
-¡Isabel! ¿Ves las peñas de allá arriba?
-Sí que las veo.
-Pues más firme que ellas es mi cariño.
-¡Anda, engañoso!
-¿No me crees?
-No.
-¿Por qué?
-Porque nunca tuviste formalidad.
-Pero ahora tengo.
-¡Sí, que durará mucho!
-Lo que dure mi vida.
-¡Mentiroso!
-¡Isabel, por Dios, vuelve a quererme, que no puedo vivir sin ti!
-exclamó Andresillo, con tal acento de verdad y tal emoción, que su alma parecía irse tras de sus palabras.
-Pero ¿lo dices de veras?
-¡Por esta cruz do Dios te lo juro!
Y Andresillo formó el signo de la cruz con el dedo índice de la mano derecha y el de la izquierda.
En la profunda fe, en la santa religiosidad de los moradores de Cabia, no había más que cerrar los ojos y creer ante juramento semejante.
Isabel creyó a Andresillo; pero la fe de amante no excluía la curiosidad de mujer.
-¿Y cómo has variado así? -dijo Isabel con ingenuidad.
-¿Recuerdas que hace un mes se murió Ambrosia?
-Sí que lo recuerdo.
-Pues desde entonces he sentido dos cosas: remordimiento porque Ambrosia había muerto por mi causa, y desconsuelo porque tú no me querías.
Mira, Isabel, desde entonces ni una sola vez he subido al campanario sin arrodillarme llorando al pasar por la Iglesia, para pedir a Dios que salvase a Ambrosia y que me quitase penas quitándome la vida. Ni despierto ni dormido he podido echar de mí la idea de que Juan Palomo te quiere.
-¿Qué me quiere Juan Palomo? ¡Sí, cabal! ¡Y me asusta cuando me encuentra sola! Si no, mira tú, aquella noche en la fuente...
-Aquella noche me convencí de que te quería, y desde entonces empecé a idear un medio de vengarme de él; pero desde que Ambrosia se murió de resultas de una travesura mía, y se resultas de otra tú me aborreciste...
Engañoso, yo no te he aborrecido.
-¡Ah! ¡Bendita sea tu boca!... Pues desde que me sucedió eso, me puse triste, muy triste... y ya me pesaba no haberte engañado para ir a la barrera de Celaya y oír la voz y morirme...
-¡Ay, qué miedo, Andresillo! -exclamó Isabel acercándose al joven como en demanda de protección.
Para comprender las palabras de Andresillo, y sobre todo el temor de Isabel, necesito, autor mío, advertirte que en Cabia hay la creencia de que el que engaña a una muchacha y pasa por la barrera de Celaya, que está al pie de un pico elevadísimo, oye allí una voz que baja del pico, y es tan triste y tan espantosa, que el que la oye amanece muerto al día siguiente.

-Madre -preguntó yo- una vez a la mía, oyéndola contar esto-, ¿y de quién es esa voz tan triste?
-¿De quién ha de ser bajando de lo alto? Del cielo hijo mío. Si los hombres que son fuertes, maltratan a las mujeres, que son débiles, ¡quién sin Dios, ha de proteger a las mujeres! Si un día un hermoso niño, apoyando los brazos en tus rodillas y alzando a ti su carita sonrosada, te ruega que le cuentes un cuento, cuéntale éste, que a mí me contó mi madre; que si una mujer sembró en el corazón de un niño para que tú recogieras, justo es que tú siembres en el de otro para que otra, mujer recoja.
Pero volvamos a Andresillo.
-Un domingo por la tarde habla baile en el nocedal, y todas las muchachas me preguntaban por qué no bailaba.
-Mira tú, para que bailaras con ellas...
-Eso sería, Isabel; pero yo, aunque así lo comprendí, no quise estar aquí Isabel, ¿qué he de hacer aquí? Y si viene, ¿de qué me servirá, si no me hace caso o baila con otro? Conque entonces me subí al campanario, porque cuanto más se acerca uno al cielo, menos le molesta el ruido de la tierra.
-¡Pobre Andresillo, cuánto llorarías!
-No lloraba entonces, no; que subía a la torre pensando si me convendría tirarme desde las campanas para acabar de penar.
-¡Anda, judío! ¿Y tu padre y todos los que te quieren?
-Tienes razón; eso pensé, Isabel, y dije: «Mi padre es ya viejo y ya no acierta a cortar la pluma para los chicos ni a hacer derecho un palote de muestra si yo no acudo en su ayuda. ¿Qué culpa tiene el pobre de todo esto que a mí me pasa, para que se encuentre sin mi ayuda cuando más la necesita, después de haber estado tantos años esperando en mí? Esto me dije, y desistí de hacer el disparate que se me había metido en la cabeza; pero entonces dirigí la vista hacia el castañar de la fuente y me acordé de Juan Palomo, y otra vez tuve deseos de vengarme. Pensando cómo me había de vengar, alcé la vista desde el castañar de la fuente al pico de Celaya.
El sol de los muertos, amarillo y triste, como yo nunca le había visto, iluminaba la cima del pico... Seguí mirándole, mirándole, y una tristeza mucho más grande que la que antes sentía me fue oprimiendo el corazón... pensé en ti, y en mi padre, y en mi madre, y en Dios, y los ojos se me arrasaron en lágrimas. En aquel instante me gritó el señor cura desde la ventana de su casa: « ¡Andresillo, toca a la oración!» Cogí la cuerda de la campana, y al dar la primera campanada empecé a llorar como un niño y a sentirme consolado; y al soltar la cuerda de la campana cal de rodillas y recé, pidiendo a Dios que me perdonara el mal que había hecho en este mundo y el que había pensado hacer... Desde entonces ya soy otro, Isabel, ya soy otro.
Y al decir esto, Andresillo fijaba sus ojos en Isabel, esperando con ansia las primeras palabras que ésta pronunciara.
-Pues entonces sí que te quiero -dijo la niña con inocente ingenuidad, que constituía el mayor de sus encantos.
Y añadió, haciendo un gesto de niña que quiere llorar:
-Pero mira, no me vuelvas a engañar, que eso no vale.
Andresillo le estrechó la mano en silencio, y la niña se sonrió con infinita alegría, dando más valor a aquel apretón que a todos los juramentos y todas las promesas que hasta entonces había oído de los labios de Andresillo.
Ambos, asidos de la mano, siguieron camino de la fuente.
A la fuente debieron hacérsele los dientes agua contemplando la felicidad de Isabel y de Andresillo; pues murmuradora como todas las de su clara estirpe, dijo al vejestorio que lo daba sombra:

-Acostumbrada estoy a presenciar con la mayor frescura felicidades de amantes, pero la de éstos...
-Sí -la interrumpió el castaño con la fría indiferencia de la ancianidad-, la de éstos pasa de

- X -

Desde que Isabel y Andresillo se encontraron camino de la fuente, y el segundo contó a la primera sus penas, debe haber llovido, a juzgar por las cosas nuevas que vamos a hallar en Cabia.
Es un alegre domingo de primavera.
Los pájaros cantan en el ramaje que entolda el balcón de Juan Palomo, y nadie se mete con ellos; muy al contrario, el cerezo de la portalada de Antonio de Molinar les dice en florido lenguaje que se acerca el tiempo en que en España no se mueran de hambre los artistas.
El primer toque de misa ha sonado, y la mayor parte de los vecinos de la aldea van llegando al pórtico de la iglesia y al nocedal contiguo.
Hasta una docena de chicos forman corro, y hablan de si se van o no a echar cuartos a la péscola. Hacia la escuela suena un silbido, y aquellos chicos y otros echan a correr hacia donde el silbido ha sonado.
El Señor cura sale de casa de Juan Palomo y se encamina a la iglesia.
Los hombres, que fuman sentados en el pórtico, se levantan y se quitan la pipa de la boca y el sombrero o la boina de la cabeza.
-¿Qué tal le deja usted, señor cura? -le pregunta Juancho.
-No está del todo mal; pero ya se ve, con esas incomodidades que toma por nada, se pone a morir...
-¡Válgame Dios! ¡Qué poco vale el dinero si faltan otras cosas!...
-Cierto -dice el señor cura entrando en la iglesia-; el dinero es un pobre caballero.
Como hasta docena y media de chicos, formados en dos filas, salen de la escuela, dirigiéndose hacia la iglesia. Detrás de ellos viene el maestro, muy grave y muy decentemente vestido. Algo revoltosos están los chicos con motivo de yo no sé qué esperanzas de cuartos, que al parecer les sonríe.
-¡Eh! -les dice el maestro- A ver si van ustedes con formalidad; que van ustedes a la casa del Señor y no a ninguna romería.
Los chicos vuelven a entrar en caja, o imitan en la gravedad al señor maestro. Los hombres del pórtico se levantan, como cuando pasó el señor cura.
-Buenos días, señor maestro -dicen todos.
-Buenos los tengan ustedes -contestó el maestro con amabilidad, pero sin abandonar del todo la gravedad propia de su ministerio. Juancho, que apenas puede ya con los calzones, aligera cuanto puede sus piernas para alcanzar al maestro antes de que penetre en la iglesia.
-Oye, Andresillo -le dice-, dame una pipada de ese tabaco bueno que fumas tú.
-Pero, hombre, si ya no fumo -contesta el maestro sin incomodarse por la petición.
-¿Que no fumas? ¿Desde cuándo acá?
-Desde que el Concejo me autorizó para sustituir a mi padre en la escuela.
-No serías fumador legítimo.
-Sí que lo era; pero ¿cómo quiere usted que fuera a dar mal ejemplo a mis discípulos?
-Tienes razón, hombre.
-Pero después de misa vaya usted a esa y dígale a Isabel de mi arte que le dé todo el tabaco que le di a guardar cuando tiré la pipa.
-Dios os dé mucha salud a ti, a Isabel, a tu padre, al hijo que te va a nacer y hasta a los ratones de tu casa.

-Gracias, Juancho; ya sabe usted que le queremos.
Juancho no pudo contestar al maestro antes que éste desapareciera por la puerta de la iglesia, porque le ahogaba la alegría.
-¡Ahí era nada! ¡Lo menos un cuarterón de tabaco a su disposición!
-¡Vamos! -balbuceó al fin- Si parece mentira que haya salido tan hombre de bien esa Andresillo!...
-¡Hombre -dijo uno de los circunstantes-, llámele usted siquiera, don
Andrés!
-¡Qué don Andrés ni qué cuerno, cuando le llevo a su padre quince años!... ¡Pues apuradamente no es llano él, no estando delante los chicos!
El tercero y último toque de misa sonó, y todo el mundo entró en la iglesia.
Antonio de Molinar sale también de su casa a con la cara más de risa que los nacidos han visto en Cabia, y entra en el templo. Al salir de misa, el maestro manda a los chicos romper filas y retirarse a sus cuarteles; pero si los chicos le obedecen en lo primero, no así en lo segundo; algo se les ha perdido hacia la iglesia, pues no hay quien los arranque de allí.
El señor cura se dirige hacia su casa a tomar chocolate, cuando
Antonio, quieras que no quieras, se le lleva a la suya, diciendo:
-¡Pues no faltaba más!...
Poco después, Isabel y su marido los dos en traje de gala, atraviesan el nocedal y entran también en casa de Antonio.
¿Qué demonche pasa en casa de éste, que todo el mundo va para allá, y hasta los pájaros que antes cantaban en el balcón de Juan Palomo, han pasado al consabido cerezo, y allí ejecutan una pieza de las más difíciles de su repertorio?
-¡Pero calla, que ya pareció aquello! Los chicos corren hacia la portalada de Antonio, gritando:
-¡Bateo!¡Bateo!
Y, en efecto, bateo hay; que Isabel trae en brazos una criatura recién nacida, engalanada con todos los primores que ha ideado la poesía suntuaria de las madres pobres. A su lado camina el señor cura, el señor maestro y Antonio, que contempla con la alegría de un bobo la cara del niño, o lo que sea, por más que Isabel le dice:
-¡Quítate de ahí, tonto, que eres lo más padrote!...
La vocería de los chicos dice a los pájaros:
-¡Váyanse ustedes con la música a otra parte!
Pero los pájaros cantan a más y mejor, como, diciendo:
-¡Las narices nos iremos en un día como éste!
Ya terminó el bautizo, y bautizado y asistentes salen de la iglesia.
-Señor cura -dice Antonio-, deseo que el maestro, en celebridad de este cachorrito que Dios me ha dado, eche un repique de aquellos, que él sabe.
-Si él quiere, por mi parte con mucho gusto -contesta el señor cura.
-Y por la mía también aunque no sé si habré olvidado el oficio -añade el maestro tomando la escalera del campanario.
-¡El maestro va a repicar! ¡El maestro va a repicar! -es la voz que con la rapidez del viento corre por la aldea, llenándola de alborozo.
Y todo el mundo se preguntaba qué es lo que el maestro hará decir a las campanas.
El maestro rompo el repique más alegre, más sonoro, más elocuente que nunca, y hasta los lejanos valles se estremecen de gozo, y repiten por lo bajo aquellas notas, cada cual con arreglo a sus facultades, como en un teatro repiten los espectadores, con arreglo a las suyas, las notas privilegiadas que resuenan en la escena.

A don Juan -dice el maestro con la voz de las campanas-: ¡Se muere usted, don Juan! ¡Se muere usted, don Juan!
A Juancho: -¡Es rico ese tabaco! ¡Es rico ese tabaco!
A Isabel: -¡Lindo será nuestro chico! ¡Lindo será nuestro chico!
A Feliciana y Antonio: -¡Vuestro hijo es como un sol! ¡Vuestro hijo es como un sol!
Y a los chicos de Cabia-: ¡Cuartos va a haber! ¡Cuartos va a haber!
Y, en efecto, cuartos hay; que Antonio se asoma a la ventana gritando:
-¡A la péscola!
Y arroja a la portalada no sé cuántas embuezas de cuartos, echando en seguida a correr hacia adentro, a ver a su mujer y a su hijo, que el pobre no los ha visto lo menos hace... seis minutos.
Pero en medio del general alborozo, Juana, que hace un momento pasó de su casa a la inmediata de don Juan Palomo, sale desolada preguntando por el señor cura y el cirujano, que acuden inmediatamente a la casa grande.
-¿Qué pasa, Juana, qué pasa? -la preguntan.
-¡Que el pobre don Juan se muere! Le oí gritar desde mi casa: «¡Que me roban! ¡Que me dejan morir como un perro! ¡Vecinos! ¿No hay quien se duela de mi soledad y desamparo?», y vine corriendo, y encontré al pobre señor agonizando, y a esos pícaros de criados sin hacerle caso, diciendo con mucha calma que cosa mala, nunca muere.
El cura y el cirujano penetran en el cuarto del enfermo, a quien encuentran, en efecto, luchando con la agonía.
-¿Cómo estamos, señor don Juan? -preguntan a éste.
Don Juan fija en ellos los ojos turbios y extraviados, y hace un supremo esfuerzo para contestarles.
-¡Me muero! -balbucea al fin-. ¡Abandonado! ¡Solo! ¡Robado a mis propios ojos!... ¡He visto a mis criados sacar debajo de mi almohada las llaves de mis gavetas... y apoderarse de mi dinero y mis alhajas!...
-Cálmese usted -dice el cirujano-, y veamos si podemos remediar el mal.
-¡El mal de mi cuerpo no tiene remedio! Señor cura, ¿le tendrá el de mi alma?
-Sí, don Juan; que Dios ha dado a la religión bálsamo para curar todas las heridas del alma.
-¡OH, señor! ¡No abandone usted la mía, que se apresura ya a abandonar el cuerpo!
El cura quedó solo con el enfermo en la habitación, convertida en tribunal de penitencia.
Poco después abre la puerta de la alcoba, y anuncia que el moribundo desea dirigir el último, adiós a los moradores de Cabia. Muchos de éstos, que se hallaban ya en la casa, se acercan con religiosa emoción.
Don Juan está más tranquilo, su rostro, antes desencajado y siniestro, respira la dulzura, la paz inefable, la santa benevolencia de los justos.
-¡Amigos míos -exclama el moribundo-, perdonadme en esta hora suprema; que muchas veces he sido injusto con todos vosotros!...
Un grito general de misericordia resuena en la habitación entre sollozos.
-Mi mayor falta en este mundo -continúa don Juan, cada vez con menos aliento- ha sido el haber renunciado a la familia, en que vosotros halláis la felicidad. De esta falta han procedido todas las que me han perdido para el mundo, y a no ser Dios tan misericordioso, también para el cielo; pero ahora en presencia de Dios lo reconozco y me arrepiento de ello.
¡Bendita sea la familia!
-¡Bendita sea! ¡Bendita sea! -contestan todos los circunstantes, anegados en lágrimas.
Y el alma de don Juan se exhala al compás de aquel coro de bendiciones.

- XI -

Al día siguiente, la mayor parte de los moradores de Cabia acompañaron el cadáver de don Juan al camposanto, situado en la colina del Norte.
Llegó la noche, húmeda, ventosa y obscura, y la aldea quedó en silencio.
Juana recogió la lumbre del hogar para irse a la cama, como lo había echo ya toda su familia, y creyendo oír carcajadas hacia casa del difunto don Juan, se asomó a la ventana de la cocina.
No se había equivocado: Ciriaca y Benito habían metido mano, por lo visto, al chacolí de la cubera y al jamón de la despensa para dulcificar la pena que les causaba la muerte de su amo, y andaba en grande el retozo.
Pero las fuertes ráfagas de viento no trajeron al oído de Juana sólo las carcajadas de Ciriaca y Benito, que trajeron también un quejido lastimero que venía de la colina del Norte. Aquel quejido era de la pobre Chula, que aullaba a la puerta del camposanto, donde habían enterrado a su amo hacía algunas horas.
-¡Ay del que vive solo en el mundo, que sólo sus perros le llorarán cuando muera!

Trueba, Antonio de

Creo en Dios

Todavía con los ojos húmedos y el corazón agitado por las emociones que habla experimentado al penetrar en el hogar paterno tras una ausencia de veinte años, dejó la aldea nativa una tarde del mes de septiembre de 1859, y me dirigí a un valle cercano, lleno para mí de dulces memorias, como todos los de las nobles Encartaciones.
En el valle a donde me dirigía hay una ermita consagrada a la Virgen de la Consolación, y aquella ermita encerraba para mí recuerdos muy santos, porque mi madre encontraba allí consuelo en sus grandes aflicciones, y más de una vez me llevó asido de la mano al pie del altar de la Virgen, que yo, viéndola con un niño en los brazos, y no comprendiendo aún los misterios de la religión, amaba más por lo que tenía, de madre que por lo que tenía de santa.
Quería yo rejuvenecer aquellos santos recuerdos y dar gracias en aquel humilde templo a la madre de Dios, a cuya intercesión creía deber el haber vuelto a sentarme en el hogar de mis padres y el haber vuelto a postrarme en el templo donde recibí el bautismo.
No intentaré pintar aquí lo que sintió mi corazón cuando penetró en la ermita y cuando dobló la rodilla sobre aquella misma grada donde mi madre la dobló tantas veces, llorando de fe y de consuelo, porque todas estas impresiones, todas estas dulces y santas agitaciones de mi alma, están escritas en un libro que acaso nunca se publicará.
La ermita estaba más blanca, más limpia, más engalanada, más joven que yo la había dejado.
Así que recé y pasé una hora ante el altar, confundiendo en mi pensamiento la idea de Dios con los recuerdos de mi infancia, salí al pórtico de la ermita, donde, sentado en un poyo de piedra, se hallaba un anciano que me había facilitado la entrada en el templo.
Eran muy obscuros los recuerdos que yo conservaba de la generalidad de las cosas y de las personas del valle, y tenía verdadera ansia de esclarecerlos; porque nunca sabré pintar, Dios mío, el dolor que me cansaba, al volver a los valles Datales, al verme entre gentes desconocidas, que desconocidas eran ya para mí las que poblaban aquellos sitios, cuyo aspecto, fijo siempre en mi memoria durante tantos años, en nada había variado a mis ojos.

Una tarde, al llegar a mi aldea, cuando me vi rodeado por gentes casi todas desconocidas, mis ojos se arrasaron en lágrimas.
-¿Qué tienes, hijo mío? -me preguntó mi padre, conociendo que mis lágrimas eran las del dolor más bien que las del enternecimiento.
-¿Dónde están, Dios mío, todos aquellos que yo dejó aquí?
Y mi padre, indicándome con la vista el camposanto, que estaba a cien pasos de nosotros, bajo los fresnos que dan sombra a la iglesia, me dijo derramando una lágrima sobre mi cabeza, que oprimió contra su pecho:
-¡Allí están, hijo mío!...
Las lágrimas afluyeron a mis ojos, y el pobre anciano, procurando velar su dolor con una sonrisa, se apresuró a añadir:
-¡Qué, hijo! ¿Eres tú también de los que en papel son una cosa y en carne y hueso otra? Los CUENTOS DE COLOR DE ROSA que te han precedido nos han dicho que aceptabas la vida tal como la ha hecho Dios, y no es justo que vengas a dejarlos por embusteros.
-Padre, ¡tiene usted razón! -contestó-. Pero desde que a esos cuentos confié lo que sentía mi corazón, muchos dolores y muchos desengaños han traído el desaliento a mi pecho y la tristeza a mi alma.
-Hijo, ¡bienaventurados los que creen y bienaventurados los que lloran!
Desde el fondo de mi corazón di gracias a Dios, porque me había colocado en el número de los que lloran y creen, y la resignación no volvió a desamparar mi alma.
Deseando esclarecer mis obscuros recuerdos de los valles que recorrí en mi infancia, me sentó al lado del anciano, a quien empecé a interrogar.
-¿Quién vive ahora en esa casa? -le pregunté indicando una grande y hermosa, aunque antigua, que está frente de la ermita.
-Vive Diego de Salcedo.
-¿Salcedo? En mi niñez los de ese apellido, vivían en esta otra casa.
La otra casa a que yo aludía existía aún al lado de la grande, de la que sólo le separaba un cercado.
-Tiene usted razón -me contestó el anciano-, y a fe que la mudanza de Diego a la casa grande es una historia que, contada con pelos y señales, vale tanto como las que sacan ustedes los que componen libros.
-¿Y la sabe usted?
-Como el Padrenuestro.
-¡Cuánto le estimaría a usted que me la contase!
-Pues se la contaré a usted como Dios me dé a entender; pero antes permítame usted entrar a echar aceite a la lámpara de la Virgen, porque se está apagando, y si la señora mayordoma la viera apagada, creería que se iba a apagar también la lámpara de la dicha que alumbra su casa.
-¿Conque tanto se interesa la mayordoma por la ermita?
-Todo lo que se diga es poco; y a fe que motivo tiene para ello.
-¡Qué! ¿Tenemos otra historia?
-No, señor; la historia de Diego y de la mayordoma es una misma, como ahora verá usted.
El anciano entró a arreglar la lámpara, cerró la ermita y volvió a sentarse a mi lado.
Di un hermoso cigarro habano al que me iba a dar una historia (generosidad que no tienen todos los editores de Madrid), encendí yo otro, y chupa que chupa narrador y oyente, narró el primero y oyó el segundo lo que a continuación hallará el que leyere.

- II -

-Juan de Salcedo y su mujer Agustina eran muy amigos míos.

Yo vivía en aquella casería que ve usted allá arriba, en los rebollares, y cuando bajaba a misa los días de fiesta, Juan y su mujer me embargaban hasta la caída de la tarde, porque el mayor gusto que podía darles era quedarme a comer con ellos y su hijo Diego.
Cuando se murió el pobre Juan, su mujer y su hijo Diego tenían aún más afán que antes por tenerme a su lado; porque ya sabe usted que cuando uno está más triste, tiene más deseos de verse rodeado de verdaderos amigos.
Diego, cuando murió tu padre, era un bigardo que nunca había pensado más que en diabluras, aunque tenía ya diez y seis años; pero viendo que su madre, a quien quería mucho, no tenía ya más amparo ni ayuda que él, arrimó el hombro al trabajo y se hizo tan hombre de bien, que ni las cosechas disminuyeron, ni en la familia hubo un quítame allá esas pajas.
La pobre Agustina estaba chocha con su hijo, y siempre que me veía me
decía, llorando de gozo:
-¡Ay, Antonio! ¡Qué hijo tan bueno me ha dado Dios! Si mi difunto, que esté en gloria, levantara la cabeza y viera cómo se porta mi Diego, lloraría de alegría, como yo. No en vano pedí a la Virgen Santísima de la Consolación, cuando Dios se llevó a Juan, que hiciera a mi hijo tan hombre de bien y tan trabajador como su padre.
¿Ve usted aquella hermosa solana que tiene la casa de los Salcedos sobre la huerta? Ahora ya se les va cayendo la hoja a las parras que esquilan a ella; pero en el verano, cuando las parras están en la fuerza de su verdor, ni un rayo de sol penetra en la solana.
Allí, a aquella deliciosa sombra, donde el viento de la mar, que empieza a levantarse antes de mediodía, soplaba mansamente, robando su aroma a las llores y las frutas de la huerta, ponía Agustina la mesa en los días calurosos de verano cuando me tenía de convidado.
Después que comíamos y reíamos y charlábamos, Agustina se dedicaba a los quehaceres de su casa para terminarlos antes de bajar a las tres al rosario, que todas las tardes de los días festivos se reza en la ermita, y Diego y yo bajábamos a la huerta por la escalerilla de la solana a pasear hasta la hora del rosario, cogiendo aquí una flor, allá un ramo de guindas, más allá una ciruela, en el otro lado un melocotón.
A mí me gustaba pasear mucho por la huerta, pero a Diego le gustaba aún mucho más, y más de una vez notó que Agustina se sonreía maliciosamente al ver a su hijo impaciente por bajar.
En la casa grande vivía un caballero llamado don Rafael, con su hija Ascensión, que tenía por entonces de quince a diez y seis años. Don Rafael salió niño de las Encartaciones, y después de haber pasado más de veinte años en Francia, o no sé dónde, volvió aquí bastante rico, diciendo que estaba decidido a pasar el resto de su vida en la casa grande, que era la de sus padres, y en donde él había nacido.
Sus padres habían muerto hacía tiempo.
Algunos meses después de su venida, don Rafael se casó con una muchacha, aunque pobre, guapa y honrada; pero su mujer se murió de sobreparto, y don Rafael se volvió a encontrar sin más familia que una niña recién nacida. Ascensión, que así se llamaba la niña, se crió muy hermosa, gracias a que Agustina, que acababa de destetar a su hijo Diego, le sirvió de aña, criándola con tanto cariño y tanto cuidado como había criado a su hijo.
Don Rafael no era mal sujeto; pero en lo tocante a la religión tenla unas ideas muy pícaras. ¡Dios se lo haya perdonado! Yo creo que si trataba con dureza a los pobres, si no le gustaban los niños, si no se resignaba con los trabajos que le daba Dios, si no se regocijaba al ver a los bosques cubrirse de hojas y a los campos cubrirse de llores, si, en fin, no sentía en el corazón esto que yo no sé explicar, que todos los que somos como Dios manda sentimos, y que consiste en arrasársenos los ojos en lágrimas de alegría o de dolor ante la dicha o la desdicha ajena, era, sin duda, porque no creía en Dios.
-¡OH! ¡Qué desventurado era ese hombre! -exclamé al llegar aquí el anciano.
-Sí, muy desventurado era -continuó éste.

Aquí le llamaban por mal nombre el judío; pero los judíos son más dichosos que él era, porque, al fin, aunque crean en un error, creen en algo, y el pobre don Rafael nada creía.
-¿Pero no creía en Dios? ¿Era materialista?
-Déjeme usted contarle la conversación que un día tuve con él, y por sus palabras colegirá usted lo que era.
Celebrábase la fiesta de la Virgen de la Consolación, y todo este campo estaba ya lleno de gente que venía a la romería.
La ermita parecía un ascua de oro con las luces que le alumbraban, y un jardín con las flores que adornaban su pavimento y su altar.
Yo, como de costumbre, me quedé a comer en casa de Agustina, y, como de costumbre, bajarnos después de comer Diego y yo a dar un paseo por la huerta.
El terreno que media entre la casa grande y la de los Salcedos estaba dividido por una empalizada, de modo que la pieza que daba al lado de la casa grande era la huerta de don Rafael, y la que daba al lado de la de los Salcedos era la huerta de Agustina.
Don Rafael y Ascensita, que así llamaban a su hija, bajaban con nosotros a dar un paseo por la huerta después de comer, y no había tarde que Diego no regalase alguna fruta o alguna flor a su hermana de leche, y la niña no le correspondiese con fineza parecida.
Por esto, sin duda, se sonreía maliciosamente Agustina cuando Diego se mostraba impaciente por bajar a la huerta.
Don Rafael traía riquísimo tabaco cuando iba a Bilbao a cobrar la mesada en la casa de comercio donde tenía colocado su capital, y como sabía que yo soy fumador de ley, así que me veía en la huerta me decía:
-Antonio, ¿no quieres una pipada? Mira que en la abacería no hay de este tabaco.
-¡No he de querer, señor don Rafael! -contestaba yo-. El español que fuma y rehúsa un cigarro o una pipada, no es español legítimo. Y mientras nosotros tratábamos de si el tabaco era así o asao, Diego y Ascensita seguía por la empalizada adelante hablando de la fruta y de las flores y riendo como locos.
El día de la Consolación don Rafael no quiso limitar su obsequio a una pipada de tabaco.
-Vais a subir a casa -nos dijo- a tomar una copita de un vino generoso que, sin duda, fue aquel con que Jesús resucitó a Lázaro.
A la verdad, no me gustó la comparación, y menos en boca de don
Rafael; pero Diego y yo contestamos alegremente:
-Pues vamos allá, que no vendrá mal sobre el chacolí que hemos bebido en casa.
Todos subimos a la casa grande por una escalera que, como la de los
Salcedos, tenía por el lado de la huerta. Ascensita, muy contenta al vernos en su casa, se encargó de escanciarnos cada uno su copa de vino generoso, que, en efecto, era lo que había que beber, y en seguida nos fuimos los cuatro al balcón, para ver desde allí la romería.
Como el balcón de la casa grande está frente por frente de aquí, veíamos desde allí el altar lo mismo que si estuviéramos dentro de la ermita.
Mujeres y hombres rezaban al pie del altar de la Virgen, y salían luego con la alegría y el consuelo en el corazón y las lágrimas en los ojos. Diego y yo contemplábamos con emoción la fe de aquellas gentes, y don Rafael, aunque guardaba silencio, se mofaba de ellas, y quizá también de nosotros, con una sonrisa que yo comprendí al momento, porque sabía muy bien de que pie cojeaba don Rafael.
Una mujer llegó hecha un mar de lágrimas al pórtico de la ermita, y no pudiendo entrar dentro, cayó de rodillas a la puerta, y exclamó, tendiendo los brazos hacia la Virgen.
-¡Madre de misericordia, salva a la hija de mis entrañas!
Era tan inmenso el dolor de aquella madre, que a Diego y a mí se nos saltaron las lágrimas, al oírla.

Ascensita se echó a reír reparando en la emoción de Diego.
-¡Anda, judía! -le dijo éste en tono de cariñosa reconvención-. ¿No te conmueves al ver eso?
-No, porque no me conmueve el fanatismo -contestó Ascensita.
La palabra fanatismo en boca de una niña que acaso no comprendía bien su significado, me dio lástima; y a pesar de que nunca me parece más vituperable la ira que cuando tiene por pretexto el celo piadoso, la contestación de la niña me enojó y me hizo reconvenir a Ascensita.
-Mi hija -me replicó don Rafael muy serio -hace bien en no creer en todas esas tonterías en que vosotros creéis.
-Señor don Rafael, ¿llama usted tontería al creer en Dios?
-¡Qué Dios ni qué calabazas! no hay más Dios ni más Santa María que no hacer daño a nadie y hacer todo el bien que se pueda. Esto, no será religión, pero es justicia, y basta y sobra.
-Es que la religión es justicia.
-Pero basta la justicia y sobra la religión.
-Tiene razón mi padre -asintió la niña.
-Que usted no crea en Dios me admira; pero que no crea Ascensita... ¡me asombra y me llena de pena! -exclamó.
-¡Pues qué! ¿Pensabais vosotros que yo iba a educar a mi hija como aquí las educan todos, llena de supersticiones y majaderías? Lo que siento es que no sepa el francés para que se aprendiera de memoria todos esos libros que tengo ahí, y sobre todo los de Voltaire, que es mi autor favorito.
-Pero, don Rafael, ¿usted cree que proporciona alguna felicidad en este mundo a su hija, quitándole toda esperanza de recompensa en el otro?
-¡No tienes tú mal otro!
-¡Jesús! -exclamó Diego, dirigiéndose a la niña. ¡Tu padre cree que se acaba todo cuando morimos!
-Y yo también lo creo -contestó Ascensita.
En esto sonó la campana de la ermita anunciando que iba a empezar la salve, y Diego y terminamos el altercado despidiéndonos par bajar a cantarla, pues aquella tarde la salve iba a ser cantada con acompañamiento
de tamboril y silbo.
-Pues yo -nos dijo don Rafael- voy a leer un rato a Voltaire, que es mi Evangelio.
Nosotros no sabíamos quién era el tal Voltaire, pero ya suponíamos las verdades que aquel Evangelio enseñaría.
Cuando nos dirigíamos a la ermita, la mujer a quien habíamos oído pedir por la salvación de su hija se alejaba consolada con la esperanza que le infundía la Virgen, y se paró bajo el balcón de la casa grande a saludar a Ascensita.
-¡Qué! ¿Tiene usted mala a su hija? -le preguntó la niña.
-¡Ay, sí! Tan mala, que me ha dicho el cirujano que sólo de Dios debe esperar su salvación.
-Pues entonces se queda usted sin hija como yo me quedó sin madre.
Esta impía y desconsoladora advertencia no bastó a hacer vacilar la fe de la pobre madre que se encaminó a su casa llena de esperanza.

- III -

-¿Qué le parece a usted de las ideas religiosas que don Rafael tenía y había imbuido a su hija?
-¡Qué me ha de parecer! Que en la culpa llevaban el castigo aquellos desventurados. Aun que Dios no reservara a los ateos castigo alguno en la otra vida, los ateos pagarían muy cara en ésta su incredulidad.

-Tiene usted muchísima razón; que antes de dejar este mundo ya obtenemos la recompensa de la fe en los consuelos que la fe nos proporciona. Cuando la tempestad estalla, yo no temo que el rayo me aniquile, porque invoco el nombre de la Santa Virgen, en cuya protección creo.
Cuando mis deudos y amigos vuelan al seno del Señor, mi alma se consuela, creyendo que me ven y me oyen, y que un día he de volar a su lado para no separarme jamás.
El Señor me acompaña en todas partes, preside mis dolores y mis alegrías, y como es sabio, justo y omnipotente, me guía y me ampara y me consuela.
Esto podemos decir los que creemos. ¡Ay de los que no pueden decir
esto!
Pero sigamos nuestra historia, cuyos pormenores conozco, ya por lo que yo mismo presencié, ya por lo que me han contado las personas que figuran en ella.
Ascensita era una de las muchachas más guapas de la aldea, y todo el mundo se condolía de su desgracia; que desgracia y grande eran para ella los esfuerzos que su padre había hecho para cerrar su corazón a la fe.
Agustina y Diego la querían tanto más, cuanto más desgraciada la creían.
Un día de la Ascensión llegué a casa de Agustina, a quien pregunté por su hijo.
-¿Mi hijo? -me contestó sonriendo-. En la huerta le tiene usted con Ascensita.
Salí a la solana, y, en efecto, vi a los muchachos charlando a través de la empalizada. Por lo mismo que los quería mucho, me inspiraba mucha curiosidad sus sentimientos.
Oculto con el ramaje de las parras, que formaba ya un verdadero cortinaje delante de la solana, pude ver y oír a Diego y Ascensita sin ser visto ni oído.
Oiga usted lo que vi y oí.
La niña tenía en la mano un manojo de hermosos claveles que acababa de coger, y en el centro había colocado un clavel de onza.
-¿Para quién son esos claveles?
-Para un noviecito que tengo yo.
-¿Es de veras? -preguntó Diego poniéndose muy serio.
-Sí que lo es.
-¡Pues, adiós! -dijo Diego con sequedad, volviendo la espalda.
-¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Qué tonto! ¡Se lo ha creído! -exclamó Ascensita riendo como una loca.
-¿Pues para quién llevas los claveles?
-Para mi padre, que le voy a hacer este regalo, porque hoy es mi santo.
-Tienes razón, que hoy es la Ascensión del Señor -dijo Diego recobrando su habitual alegría-. Y a mí ¿que me vas a regalar?
-A ti una florecita de éstas.
Y así diciendo, Ascensita cogió una flor de un calabazal que trepaba a la estacada, y añadió alargándosela a Diego con maliciosa sonrisa:
La flor de la calabaza
es una bonita flor,
para dársela a los hombres
a la primera ocasión.

Diego tomó la flor de la calabaza, la arrojó al suelo y la pisoteó casi llorando con rabia.
La niña no tomó ya a risa el enfado de Diego, que se puso muy afligida y pesarosa de haberle causado.
-Mira, Diego, no te enfades, que ha sido chanza -le dijo casi llorando.
-¿Enfadarme yo por eso? Estás muy equivocada. Tengo de sobra quien me dé claveles. Verás qué hermosos los llevo esta tarde al baile del nocedal.
-¡Ya! De los de tu huerta.

-No, de los de la huerta de Catalina.
-¡Ay, Diego, no, no quiero que de Catalina ni de ninguna otra tomes claveles ni rosas! -exclamó Ascensita saltándosele las lágrimas.
Diego se mantuvo serio.
La niña arrancó del ramillete el clavel de onza, y se le alargó, diciendo con infinita ternura:
-Toma éste y perdóname.
-No le quiero -contestó Diego con un desdén que ya me pareció crueldad.
Entonces la niña, tornándose encendida como los claveles que tenía en la mano, dio un beso al mismo clavel, le puso rápidamente en la mano de
Diego, y echó a correr hacia su casa.
Al subir la escalerilla volvió la cara y vio a Diego ponerse el clavel en el ojal de la chaqueta, después de llevárselo a su vez a los labios.
Aquella tarde, como todas los de los días festivos, los viejos fuimos al nocedal a ver bailar a los jóvenes, y vimos que Diego, que otros días sacaba alternativamente a bailar a Ascensita y Catalina, que también era chica muy guapa, sólo bailó con Ascensita.
Diego tocaba muy bien la vihuela y cantaba, por lo cual la vihuela tocada por él alternaba con la pandereta tocada por las muchachas.
Aquella tarde tocó varios corros y entonó varias veces esta canta:
El clavel que tú me diste
el día de la Ascensión,
no fue clavel, que fue clavo
que me clavó el corazón.

Diego acompañó al anochecer a Ascensita hasta la puerta de la casa grande, y al pasar por la ermita se descubrió la cabeza y se santiguó.
La niña no se burló de aquella piadosa demostración.
¿Sería que entre la religión y el sentimiento que entonces dominaba su alma hubiese alguna relación?
Yo creo que sí; y en prueba de que no voy descaminado, voy a contarle a usted misterios del alma de aquella niña, que la misma Ascensita me ha
revelado más tarde.
No sé quién ha dicho en un libro que si no hubiera Dios, habría que inventarle.
Diego quería a Ascensita, pero se divertía en hacerla rabiar, como nos divertimos en hacer rabiar a los niños que más queremos. La madre que se entretiene en hacer rabiar a su hijo, quitando el pecho de sus labios cuando con mas ansia le coge, quizá se espantaría si
viera todo el dolor que a la inocente criatura causa aquel juego, al parecer inofensivo.
El amante que se divierte en hacer rabiar a su amada, dando un clavel o dirigiendo una lisonja a otra doncella, quizá se espantarla también si viese el dolor que este otro juego causa en el corazón de su amada.
El dolor que causa un golpe es proporcionado a la sensibilidad de la parte en que el golpe se recibe.
Usted, que es muy aficionado a las cantas populares, recordará que hay una muy conocida que empieza:
Catalina me prendió...

Pues una noche de verano, Diego se puso a tocar la vihuela en la solana de su casa, y para hacer rabiar a Ascensita, que le escuchaba des de enfrente, en toda la noche no salió del principio de aquella canta.

Don Rafael había ido a Bilbao, y al llegar a casa cerca de media noche, encontró a la niña, llorando.
-¿Qué tienes, hija? -le preguntó.
-Padre -contestó Ascensita-, no me lo pregunte usted, porque ni usted ni nadie del mundo puede remediarlo.
-¿Cómo que no? El dinero puede mucho.
-Pero no puede remediar mi mal.
-Si no puede el dinero, podrá el amor de tu padre.
-Tampoco puede.
-Pero ¿qué mal es el tuyo, hija mía?
-¡Que Diego no me quiere!
-¿Estás segura de ello?
-Segurísima.
Don Rafael guardó silencio.
-¿No ve usted cómo en el mundo no hay remedio ni consuelo para mi mal?
-Verdad es, hija; pero...
-Padre, ¡qué lástima que no haya Dios, para pedirle consuelo cuando es inútil pedírsele a los hombres!
-¡Cierto que es lástima! -contestó don Rafael, sintiendo ya en el fondo de su alma el haber arrancado a Dios del corazón de su hija.

- IV -

Catalina era realmente digna del amor de Diego, a quien quería, por más que lo guardase oculto en lo más hondo de su corazón; pero Diego quería a Ascensita, y más de una vez le oyó Catalina cantar:

¿Cómo quieres que una luz
alumbre dos aposentos?
¿Cómo quieres que yo adore
dos corazones a un tiempo?

La pobre Catalina, que era tan modesta como hermosa, comprendía la razón que Diego alegaba en esta copla para no quererla, y se resignaba con su suerte, guardándose de hacer uso de ninguno de los medios que encuentran siempre las muchachas, por inocentes que sean, para robar a sus rivales afortunadas el corazón de los hombres; pero así y todo, Catalina daba sin querer muy malos ratos a Ascensita.
Ascensita tenía celos de Catalina, y Diego se divertía en inspirárselos.
Hay en la iglesia parroquial de la aldea un altar de San Antonio, que las muchachas adornan de rosas y claveles así que llega la primavera. Un sábado por la tarde vio Ascensita a Catalina dirigirse a la iglesia con un hermoso ramo de flores, y se encaminó tras ella. Poco, después, Ascensita volvía a casa muy triste, y Diego la encontró en el nocedal.
-¿De dónde vienes? -le preguntó Diego.
-De la iglesia.
-¿De cuándo acá tan cristiana?
Ascensita guardó silencio un momento.
-No lo sé -contestó al fin.
Y se echó a llorar.

-¿Por qué lloras?
-Porque Catalina ha llevado un ramo de flores a San Antonio.
-¿Ya ti que te importa eso?
-Es que se lo habrá llevado para que le dé novio.
-Y ¿qué te importa que así sea?
-Es que el novio que habrá pedido al santo serás tú.
-Y aunque así sea, ¿qué te importa a ti, si no crees en Dios ni en los santos?
-Es que... por si acaso. Este por si acaso debió revelar a Diego que el ateísmo tiene su duda que puede conducir a la creencia, como la duda de la creencia puede conducir al ateísmo; pero Diego era aún muy joven, y no alcanzaba a explicarse ciertos misterios del alma que los viejos nos explicamos con mucha claridad.
Felizmente, Dios está siempre basta en el fondo de los corazones que más pugnan por apartarse de él, y jamás está allí en vano. Aquella misma tarde, cuando el sol se iba ocultando tras los picos, pasó por la puerta de la casa grande, con su herrada en la cabeza; Isabel, que era otra muchacha de la edad de Catalina, y gritó:
-Ascensita ¿vienes a la fuente?
Ascensita bajó inmediatamente, también con su herrada, y juntas se encaminaron a la fuente del castañar.
Ascensita, por lo visto, no las tenía todas consigo con San Antonio, pues por más que Diego le había dicho que el santo bendito no se metía, como suponen las muchachas, a casamentero, estaba triste e inquieta. Isabel, como Ascensita, tenía novio.
El novio de Isabel era un muchacho llamado Pepe, que si bien no la quería más que Diego a Ascensita, porque eso no podía ser, era menos aficionado que Diego a poner en práctica el adagio: «Quien bien te quiere te hará rabiar».
-¿Vamos a cantar? -dijo Isabel.
-No tengo ganas -contesto Ascensita.
-¿Tienes penas?
-Sí que las tengo.
-Quien canta, penas espanta.
-Pero no penas como las mías.
-¿Cuáles son las tuyas?
-Que Diego no me quiere.
-¡Anda, engañosa!
-No, que es de veras.
-Pues mira, yo sé un remedio para que los novios la quieran a una.
-¿Cuál?
-Rezo una Salve a la Madre del Amor Hermoso todos los días cuando tocan a maitines, y otra cuando tocan a la oración, y Pepe me quiere mucho.
-¡Ésas son tonterías!
-¡Sí, tonterías!... Reza tú las Salves, y verá cómo Diego te quiere.
-Yo no creo en esas cosas de Dios y los santos.
-¡Anda, judía!
-Mejor, que lo sea.
Isabel y Ascensita guardaron silencio por algunos instantes.
-¿Y no reñís nunca Pepe y tú?
-Nunca. En el baile del domingo y en las romerías, con ninguna más que conmigo baila. Por la mañana, cuando me levanto, encuentro siempre una rosa o un clavel, que él me ha tirado al ir a las piezas. Por la noche, cuando viene de trabajar, nunca se va a casa sin pasar por la mía a verme.

Cuando canta, siempre habla de mí en sus cantares. Cuando va a Bilbao, siempre me trae una cinta para el pelo. Cuando va al monte, nunca vuelve sin un ramito de tomillo o un manojo de clavellinas o siemprevivas para mí. Lo que yo digo o lo que yo pienso, le parece siempre lo mejor dicho o lo mejor pensado. Si yo estoy triste, él lo está también. Y si yo estoy alegre, también él lo está.
-¡Ay, qué dichosa eres, Isabel! -exclamó Ascensita, llorando de envidia.
-Sí que lo soy.
En esto sonó el toque de oración, e Isabel, sonriendo de gozo, se santiguó y se puso a rezar.
-¿Qué rezas? -le preguntó Ascensita.
-La Salve a la Madre del Amor Hermoso. Rézala tú también y verás.
-La rezaré, por si acaso.
Ascensita se puso a rezar; pero se interrumpió en seguida, exclamando:
-¡Eh! ¡Yo no quiero creer esas tonterías!
-Pues, hija, para ti será lo peor, que no te querrá Diego.
Isabel continuó rezando, y mientras rezaba, un gozo inefable se reflejaba en su dulce rostro, como si su corazón se comunicase en aquel instante con un poder sobrenatural que le prometía las dichas supremas de la tierra y del cielo.
Ascensita entre tanto guardaba silencio, inclinando la cabeza y revelando su rostro el desconsuelo de la desesperación, hasta que, prorrumpiendo en llanto, exclamó, con un dolor que en vano tratarían de describir plumas ni pintar pinceles:
-¡Por qué no tendré yo para consolarme esas supersticiones y esas tonterías que tan felices hacen a otras!

- V -

Isabel, apenas se separó de Ascensita a la puerta de la casa grande, encontró a Diego, que volvía de trabajar de las llosas.
Oye, Diego-le dijo Isabel-: Ascensita ha ido conmigo a la fuente, y hemos hablado mucho de ti.
-¿Y qué habéis dicho?
-Que eres un descastado.
-¿Por qué?
-Porque haces desesperar a la pobre Ascensita.
-Quien bien te quiere, te hará llorar.
-Diego, por Dios, déjate de chanzas, que la pobre chica se va a morir de pena si sigues así. Tú no sabes lo que ha llorado en el castañar.
-¿De veras?
-De veras.
-¿Pues por qué?
-Porque cree que no la quieres.
-Hace mal en creerlo.
-Pues si la quieres, ¿por qué aparentas lo contrario?
-Por divertirme.
-Por Dios, Diego, deja esa diversión, porque si vosotros los hombres vierais la herida que, hace en nuestro corazón lo que apenas hace impresión en el vuestro, tendríais profunda lástima de nosotras. ¿No veis que para nosotras todas las dichas del mundo se encuentran en el amor, al paso que para vosotros los hombres el amor es sólo una de las mil dichas a que podéis aspirar en el mundo?

-Tienes razón, Isabel, y me alegro de que me lo recuerdes -contestó Diego, abandonando el tono chancero que le era habitual-. Te aseguro que quiero a Ascensita tanto como Pepe me ha dicho que te quiere a ti.
Isabel se sonrió de gozo al oír sus últimas palabras, y, despidiéndose de Diego, continuó su camino, pensado con deleite y enternecimiento en Pepe.
Era ya completamente de noche cuando Diego llegó a su casa.
-¡Pobre hijo mío, qué cansado vendrás! -le dijo su madre.
-Verá usted qué pronto echo penas y cansancio al aire con un par de cantas que voy a entonar en la solana.
-Harás bien, hijo.
Canta, y no llores;
que cantando se alegran
los corazones.

Mientras tú cantas, voy a acabar de arreglar una cenita, que te vas a comer los dedos tras ella.
La noche estaba hermosísima.
La luna llena brillaba en el cielo, tan azul como los ojos de Ascensita.
Las rosas y los claveles brotaban por todas partes, así en la huerta de Agustina como en la de don Rafael, y los frutales estaban unos cargados de flor y otros cargados de fruta.
El suave ambiente de la noche parecía complacerse en embalsamar la solana con todos los perfumes de la huerta.
Diego se sentó en un extremo de la solana, alumbrado por la luna, cuyos rayos no interceptaba por aquel lado el follaje de las parras.
En la solana de la casa grande, obscura porque allí no daba la luna, descubrió Diego un bulto, que no dudó fuese Ascensita.
Diego tomó su vihuela y empezó a cantar la copla.
El clavel que tú me diste
el día de la Ascensión...

El bulto de la solana de enfrente empezó moverse.
Diego entonó en seguida, con dulce y sentido acento, esta otra canta:
Emperatrices y reinas
por ti despreciara yo;
que tú, solita, solita,
reinas en mi corazón.

Y el bulto de la solana salió a la luz, es decir, bajó a la huerta donde daba la luna, y adonde bajó también Diego, porque el bulto atraído por sus cantares era aquel montoncito de rosas y de azucenas que llevaba el nombre de Ascensita.
Diego y Ascensita habían llegado a ser novios como se llega a ser amigos, sin preguntas ni respuestas, sin convenio previo, porque sale de dentro, por instinto, porque sí. Nunca se habían preguntado: «¿Me quieres?» Y la razón es muy sencilla: a Diego no le había ocurrido nunca esa pregunta, porque nunca le había ocurrido quo Ascensita pudiera no quererle, y Ascensita no se había atrevido a hacerla, porque Diego no se la había hecho a ella.
Ascensita se despepitaba por dirigir a Diego un ¿me quieres?
Sin un ¿me quieres?, ¿qué es el amor?
Sábenlo todos los que han querido, que son todos los que han nacido.
-Ascensita, ¿estás llorosa?
-Sí que lo estoy, Diego.

-¿Por qué has llorado?
-Porque sí.
-¿No sabes que yo te quiero?
-¿Me quieres? ¿Me quieres?
La niña, como vemos, echaba a pares los ¿me quieres? para desquitarse de tantos y tantos como había tenido en la puntita de la lengua, sin atreverse a dejarlos pasar adelante.
-Te quiero más que a mi vida, más que a mi padre y mi madre, y si no fuera pecado, más que a la Virgen del Carmen.

Contestó Diego, estrechando contra su pecho la linda cabecita de la niña.
-Hijo mío, vamos a cenar -dijo Agustina apareciendo en la solana.
-Allá voy, madre- contestó Diego.
-¿De veras, Diego? ¿Me quieres? -volvió a preguntar Ascensita.
-Más aún que Pepe a Isabel -contestó Diego.
Y echó a correr hacia donde estaba su madre.
Don Rafael entre tanto, leía a Voltaire y no se cuidaba de su hija, porque, por lo visto, entraba también en sus ideas el dejar a las niñas que se las campaneen a su gusto.
Ascensita, llorando, no ya de dolor, sino de alegría, trepó por la escalerilla de la solana y se apoyó en la baranda, dirigiendo la vista primero al horizonte y luego al cielo, como si la tierra fuese elemento impuro y mezquino para el sentimiento que agitaba su corazón.
Hombres y mujeres que enferman y mueren, flores que se deshojan, tierra que sustenta reptiles venenosos, ríos y fuentes que se enturbian y se agotan, árboles que se secan: todo esto, que constituye el elemento en que vivimos, parecía mezquino y deleznable a la niña enamorada, que, sin explicarse por qué, aspiraba a otra esfera más dilatada, más alta, más bella, más indefinible, más etérea, más en consonancia con el sentimiento que dominaba su alma.
Si, como Isabel, hubiera creído en Dios y hubiera visto a la Madre del Amor Hermoso interponiendo su santa influencia en sus virginales amores; ¡qué inmenso, qué celeste placer, Dios mío, hubiera experimentado exhalando su alma enamorada hacia aquel cielo azul tachonado de luceros!
La niña no creía en Dios, y entonces prendía cuán triste es, así en el exceso del dolor como en el exceso del placer, no poder exhalar el alma en un ¡Dios mío!

- VI -

Una tarde, al ponerse el sol, estaban don Rafael y Ascensita en el balcón.
Don Rafael leía, sentado, en un libro que le llaman Las ruinas de Palmira, y Ascensita, de pechos a la baranda del balcón, miraba atentamente hacia el camino de Bilbao, como si esperase impacientemente que alguien asomase por allí.
Agustina pasó por debajo del balcón con su herrada a la cabeza.
-Buenas tardes, hija -dijo a Ascensita, porque la quería mucho.
-Buenas tardes, aña. ¿Va usted a la fuente?
-Sí; voy a ver si traigo agua fresca, porque con el calorazo que hoy ha hecho, aquel pobre vendrá muerto de sed.
-Mucho tarda en venir.
-Ya no debe tardar. ¿Le esperas con impaciencia?
-Sí que le espero.
-Pues, hija, júntate conmigo.

Agustina continuó su camino, sintiendo una especie de gratitud hacia la niña, porque ésta participaba de su impaciencia por la vuelta de Diego.
-Ya no veo bien sin las antiparras -dijo don Rafael cerrando el libro, levantándose y yendo a apoyarse en la baranda del balcón al lado de su hija.
-¿Estaba usted leyendo las Ruinas? -le preguntó Ascensita.
-Sí, y nunca me canso de leer este libro.
-A mí también me gustaba mucho, pero ahora ya no me gusta tanto.
-¿Por qué?
-¡Qué sé yo!
-Dentro de poco lo que te va a gustar a ti es el Año virgíneo, que lee el babieca de Diego a la santurrona de su madre.
-El Año virgíneo, no; pero El Genio del Cristianismo y Los mártires, que también lee Diego, me gustan ya más que las Ruinas.
-¿Y de cuándo acá no te gustan las Ruinas?
-Desde que me da rabia el que todo muera cuando una se muere.
-¿Y qué importa que así suceda?
-Cuando usted se muera, quedaré sola en el mundo.
-Sola no, porque te dejaré medio millón, que es la mejor compañía. No la tienen tan buena Isabel y Catalina, y otras que son huérfanas y pobres.
-¡Sí, pero esas creen que aunque su madre haya muerto, las ve y las oye y vela por ellas; y cuando tienen una gran aflicción invocan a su madre, y así se consuelan!.
-Vaya, vaya, hija, no seas tonta como ese atajo de fanáticos que nos rodea.
Estas palabras no bastaron a consolar a Ascensita, que continuaba muy cavilosa mirando hacia el camino de Bilbao, por donde asomó un joven que caminaba a paso redoblado, en mangas de camisa, con la chaqueta cruzada en forma de bandolera, la boina encarnada echada atrás, un palo de acebo adornado de caprichosos dibujos hechos por medio de la combustión colocado horizontalmente bajo la nuca, y los brazos tendidos sobre el palo formando cruz.
Aquel joven era Diego.
Todas las melancolías y las cavilaciones de Ascensita desaparecieron cuando ésta le vio.
Diego, en vez de entrar en su casa, pasó de largo y se dirigió a la de don Rafael.
Ascensita corrió a su encuentro a la escalera con la dulce esperanza de que la trajera y la diese a escondidas algunas de aquellas dulces y sencillas finezas que Isabel le había dicho que solía traerle su novio.
La esperanza de Ascensita no era vana; Diego la traía un librito preciosamente encuadernado, cuya portada se apresuró a examinar la niña, leyendo en ella: El alma desterrada, por Ana María.
El alma desterrada es la leyenda más delicada y bella que la musa cristiana ha producido.
Allá, en las comarcas bíblicas, hay una casta doncella que muere, dejando sumidas en profundo dolor a su madre y a sus compañeras.
Su santa madre pide al Señor que renueve el milagro que arrancó del sepulcro a Lázaro, y la doncella vuelve a la vida, pero su alma está eternamente triste, porque, habiendo morado en el cielo, se considera desterrada en la tierra.
Tal era, sumarísimamente contada, la leyenda que Diego ponía en manos de Ascensita, persuadido de que el santo perfume de religión y poesía que exhala aquel admirable libro, había de penetrar tarde o temprano en el alma de la niña.
La alegría que a Ascensita produjo aquel regalo se turbó repentinamente cuando la niña observó que Diego venía triste.
-¿Qué tienes, Diego? -preguntó la niña con ansiedad.

-Traigo para tu padre una carta que, según me ha dicho el que me la ha dado, contiene la noticia de una desgracia que ignoro.
Diego entregó la carta a don Rafael, y éste, apenas pasó la vista por ella, se dejó caer en un sillón blasfemando de Dios y de los santos.
Don Rafael creía en Dios y en los santos cuando blasfemaba de ellos.
Algo es algo.
En la carta que había traído Diego se le decía que la casa de comercio en que tenía todo su capital había quebrado, y, cuando más, los acreedores a la quiebra sólo cobrarían un cinco por ciento de sus valores.
Al día siguiente fue don Rafael a Bilbao, y volvió quebrantado de dolor con la certidumbre de que estaba arruinado.
Apenas llegó se acostó y dos días después le llevaron a enterrar.
Antes de morir pidió que fuese el señor cura a confesarle, y como Ascensita se admirase de esta petición, don Rafael la dijo, haciendo un esfuerzo para sonreír.
-Hija, lo que se usa no se excusa.
Así se mostró a su hija por fuera. ¡Quién sabe cómo se mostraría a Dios por dentro!
A más de un confesor he oído yo asegurar que entre las mentiras de que se han acusado sus penitentes, figura la de haber dicho que no creían en Dios, cuando creían a pie juntillas.
Si es horrible la hipocresía de la virtud, ¡qué horrible, Señor, debe ser la hipocresía del vicio!

- VII -

Ascensita vestía aún luto por su padre.
También le llevaba en el corazón, porque sus ojos se llenaban con frecuencia de lágrimas, y sus mejillas habían trocado el color de las rosas por el de las azucenas.
Ascensita se encontraba sola en aquel caserón, donde algunos meses antes, si tenía penas, tenía un padre que la quería y la mimaba, y criados que, por amor o por interés la halagaban y la servían.
Ya por única compañía y único servidor tenía a una pobre mujer, a quien con dificultad podía dar un miserable salario.
Ascensita, a quien su padre esperaba dejar feliz dejándola rica, era muy pobre y muy infeliz.
Ni aun los santos consuelos que la fe proporcionaba a aquellas huérfanas, cuyas supersticiones había envidiado más de una vez, tenía la pobre Ascensita, porque la incredulidad que su padre había sembrado, había echado profundas raíces, y si la luz de la fe brillaba un momento en aquella alma extraviada, pronto se amontonaban en torno de ella las sombras de la duda.
Cuanto más desgraciada era Ascensita, más necesidad tenía de creer.
En un cuarto de su casa había un armario lleno de libros, que miraba con profundo hastío, porque no encerraban nada de lo que buscaba su corazón.
Más de una vez tuvo intenciones de arrojarlos al fuego, pero desistió de ello, porque si no encerraban la fe que necesitaba su alma, encerraban el recuerdo de su padre.
En cambio, leía, sin cansarse nunca de él, otro libro en cuyas páginas hallaba un consuelo inexplicable: era El alma desterrada.
¿Creía Ascensita la maravillosa historia narrada por Ana María?
A Agustina y a Diego decía que no, y se lo decía con sinceridad; pero, sin saberlo, creía en aquella historia, en aquel cielo lleno de santas delicias, y en aquella resurrección.
Libro en que no se cree, no se lee nunca con gusto.
Diego y Ascensita se querían más que nunca.

Diego quería a Ascensita porque la veía desvalida y triste, y Ascensita quería a Diego porque en su corazón encontraba el único refugio.
Diego deseaba unirse pronto con la compañera de su infancia, pero no se atrevía a decírselo a su madre.
Yo no sé lo que serán los mozos en otras provincias de España, porque lo más que me he alejado de estos valles es a Valladolid, donde muy joven aún estuve dos años estudiando, y no estuve más porque murió mi padre y tuve que abandonar los estudios para volver a consolar y ayudar a mi madre; no sé lo que serán los mozos campesinos en otras provincias; pero en ésta, a Dios gracias, las costumbres se conservan tan puras, que el pudor no es patrimonio exclusivo de las doncellas.
Era la víspera de la Ascensión, y Diego y Agustina estaban comiendo.
-Hijo, ¿qué tienes que estás triste y apenas comes? -preguntó Agustina a Diego-. ¿Estás malo?
-No, madre.
-¿Has reñido con Ascensita?
-No, señora.
-Pues tú por algo estás triste.
Diego calló.
-¿Por qué estás triste, hijo mío?
El muchacho se puso muy colorado, y contestó: mañana, por primera vez en su vida, pasará Ascensita sola y triste el día de su santo.
-Triste le pasará porque es huérfana y desgraciada; pero sola no, porque yo la haré venir a pasar el día con nosotros, si tú no lo llevas a mal.
El muchacho miró a su madre con tal ternura y tal alegría, que Agustina comprendió que le había hecho con aquellas palabras un gran bien.
-Yo te hará mañana otro bien mayor -dijo para sí Agustina.
Acabaron de comer, y Diego volvió a la pieza donde había pasado la mañana trabajando. Había venido caviloso y triste, y volvía tan alegre, que Ascensita lo oyó cantar, conforme atravesaba la llosa, la canta de:
El clavel que tú me diste
el día de la Ascensión...

A la caída de la tarde, cuando todo se alegraba en la aldea con el repique de las campanas, que anunciaba la gran fiesta del día siguiente, Ascensita bajó muy triste a la huerta.
Agustina la vio, y bajando a la suya, se puso a conversar con la niña a través de la empalizada.
-Hija, esta noche tenemos que colgarte.
La niña se sonrió melancólicamente, y al mismo tiempo se le saltaron las lágrimas.
Agustina notó esto último y se apresuró a añadir.
-Vamos, vamos, déjate de lágrimas, que pareces a Jeremías. Mañana te vas a quitar el luto, que ya le has llevado el tiempo suficiente, te vas a ir a almorzar y a comer con nosotros, y por la tarde vas a bailar con mi Diego en el nocedal.
-¡Ay, aña! ¡Bailar yo!
-Sí, yo os voy a hacer bailar a ti y a Diego como dos perinolas.
-Difícil es.
-Yo os tocaré una música que os alegre. Conque lo dicho, dicho, que mañana queremos tenerte todo el día de convidada.
-Gracias, aña.
Guarda las gracias para quien tú sabes, y no faltes mañana, que te esperamos.
-No faltaré -contestó Ascensita sin poder ocultar su gozo.

Al día siguiente, Agustina, Ascensita y Diego, estaban acabando de comer en la solana de Agustina.
Hasta la misma Ascensita estaba alegre.
Diego tomó un vaso de vino y dijo, disponiéndose a desocuparle:
-¡Porque Dios nos reúna muchos días como éste!
-Para que así sea -repuso Agustina- es menester que nosotros hagamos por reunirnos, que Dios dice: «Ayúdate y te ayudaré».
Ascensita y Diego no comprendieron lo que Agustina quería decir.
-¿No me comprendéis? -les preguntó Agustina.
-No, señora.
-Pues digo que quisiera oír el domingo vuestra primera amonestación.
Ascensita y Diego no pudieron reprimir un especie de grito de alegría, y balbucientes d rubor y de gozo, quisieron pronunciar alguna palabras de agradecimiento; pero Agustina loo interrumpió con el «Demos gracias a Dios por el sustento que hemos recibido», con que tenía por costumbre principiar la oración de sobremesa.
Ascensita rezó llorando. Rezar llorando y no creer en Dios, es cosa imposible.
Cuando concluyeron de rezar se oyó en el nocedal inmediato la suave
voz de Isabel, que cantaba al son de la pandereta.
-¡EA, hijos míos, a bailar un corro! -dijo Agustina a los muchachos, a quienes el gozo tenía aún como embobados.
Diego, sonriendo amorosamente, dio un paso hacia Ascensita e hizo ademán de quitarse la boina, y la muchacha le contestó con una sonrisa y una inclinación de cabeza.
Sabido es que ésta es la pantomima de las damas y galanes para convenir y bailar juntos.
-¿No dije yo que bailaríais como perinolas? -exclamó Agustina.
Treinta minutos después, Diego y Ascensita bailaban que se las pelaban en el nocedal.
Y treinta días después se casaban en la iglesia

- VIII -

Si las riquezas dieran por sí solas la felicidad, Ascensita hubiera sido muy feliz dos años después de casarse, porque la casa de comercio donde su padre tenía todo su capital se había rehabilitado completamente, pagando todos los créditos que pesaban sobre ella, merced a una herencia que vino en auxilio de su jefe, apenas Ascensita se casó con Diego de
Salcedo; pero Ascensita era muy desgraciada, a pesar de que era rica y Diego y ella se querían cada vez más.
Ascensita tenía una hermosa niña de poco más de un año, que era la alegría de su casa; pero la niña estaba gravemente enferma, y la pobre madre no se apartaba de su lado hacía muchos días y muchas noches, cuidando de ella con inmensa solicitud e inmenso dolor.
Todavía la ponzoñosa planta de la duda conservaba algunas raíces en el corazón de Ascensita, a pesar de que parece imposible que en el corazón donde cabe el santo amor de madre quepa el negro ateísmo.
Diego y Ascensita y Agustina esperaban con angustia la llegada de uno de los más afamados médicos de Bilbao, que habían mandado a llamar para que viese a la niña.
El médico tardaba, y Ascensita se consumía de impaciencia o incertidumbre.
El médico llegó al fin y examinó atentamente a la criatura, guardando un triste silencio, que causaba la más dolorosa inquietud a la pobre madre.
-¿Se salvará la hija de mi corazón? -le preguntó llorando Ascensita-.
¡Por Dios, hábleme usted con franqueza, que la incertidumbre es para mí más cruel que la muerte de mi hija!

-Señora -contestó el médico-, sólo Dios puede salvar a esta niña.
Ascensita cayó casi sin sentido junto a la cuna donde agonizaba su hija.
Cuando volvió en sí, sólo Diego estaba a su lado.
La desconsolada madre aplicó el oído a los labios de la niña, y notando que la niña respiraba aún.
-¡Diego -exclamó-, cuida de la hija de mi alma!
Y bajando precipitadamente la escalera, llegó a este pórtico, y cayendo de rodillas ante la Virgen de la Consolación, exclamó desolada:
-¡Virgen Santísima! ¡Ten misericordia de mí! ¡Salva a la hija de mis entrañas! ¡Y si ha volado al cielo desde que me separé de su lado para postrarme a tus pies, pídele a tu Santo Hijo que la devuelva a la vida como a la doncella de Galilea!
Una mujer que oraba en un rincón del templo se levantó llorando a la par de gozo y de dolor, y corrió a estrechar en sus brazos a la desconsolada madre, prodigándole el nombre de hija.
Aquella mujer era Agustina, que había bajado al templo también para implorar de la Virgen la salvación de la niña.
-¡Madre! -exclamó Ascensita-. ¡Creo en Dios! ¡Creo en Dios y espero en su misericordia!
-Hija, ni tú ni nadie espera inútilmente en ella -contestó Agustina deshaciéndose en lágrimas.
Y ambas volvieron a arrodillarse y a orar.
-¿Y se salvó la niña? -pregunté al anciano que me contaba esta
historia.
-Ahí la tiene usted -me contestó señalando hacia la puerta de la casa grande, donde apareció una señora, joven aún y hermosa, trayendo de la mano una niña de ocho años, rubia como el maíz y hermosa como los serafines.
-¿Y es su madre esa señora?
-Sí; ésa es Ascensita, ésa es la señora mayordoma perpetua de la Virgen, ésa es la mujer más creyente de la aldea, ésa es la madre de los pobres del valle, ésa es la mujer más feliz de la tierra.
La señora y la niña nos saludaron, y penetrando en la ermita, se arrodillaron ambas ante el altar de la Virgen.

- IX -

El sol iba ocultándose tras de los picos lejanos, y yo tomó el camino de mi aldea.
La imagen de todos aquellos amigos de mi infancia, que dormían ya el sueño eterno a la sombra de los árboles que rodean el templo donde por primera vez levantó la voz y el corazón a Dios, volvió a aparecer ante mis ojos; que más de una vez, como entonces, al tocar el sol en el ocaso tomó con ellos aquel mismo camino, volviendo de la fiesta de la Consolación, todos alegres, todos llenos de doradas esperanzas, todos libres de los graves pensamientos, de las dolorosas inquietudes y de las hondas meditaciones que agitaban mi alma al volver a los valles nativos.
Procuré echar de mi imaginación estas a la par dulces y amargas memorias, y pensé en la consoladora y suave y fresca y tierna narración del anciano.
No sé qué dulce, qué religiosa, qué santa melancolía dominaba mi espíritu a1 perderme en los rebollares, obscuros ya por la espesura del follaje y la proximidad del crepúsculo, donde a su vez se perdía el camino de mi aldea.
Tan abstraído caminaba yo en mis indefinibles pensamientos, que no sentí a un niño como de doce años, que caminaba tras de mí, respetuosamente.
El niño llevaba el mismo camino que yo hasta un alto de donde se descubría mi aldea y de donde partía el camino que conducía a la suya, mucho más distante que la mía.

-Te va a anochecer -le dije- mucho antes de llegar a casa.
-Sí, señor; lo menos una hora antes -me contestó.
-¿Y no te da miedo caminar de noche por esas arboledas tan sombrías y solitarias?
-No, señor; porque en diciendo uno de cuando en cuando:
¡Jesús, María y José, las cosas que un hombre ve! no salen espantos ni nadie se mete con uno.
-¿Es decir, que tú, con decir eso, te crees tan seguro y vas tan tranquilo como si te acompañara una pareja de miqueletes?
-Y más aún; que con Dios nadie puede, y con los hombres sí.
-¡Señor -exclamó desde el fondo de mi corazón-, conserva siempre la fe en el alma de este niño, porque la fe es la felicidad en la tierra y en el cielo!
El niño y yo continuamos nuestro camino, conversando animadamente.
Nos acercábamos ya a la cumbre, y al dirigir la vista al ocaso, le vi velado por una nube negra, que iluminó débilmente un relámpago, al que siguió un sordo, lejano y prolongado ruido que me pareció el del trueno.
-Creo que este noche vamos a tener tempestad -dije al niño con la viva inquietud que siempre he sentido al aproximarse y al estallar las tempestades, que ejercen en mi organismo una terrible influencia.
-De seguro me coge antes de llegar a casa.
-¿Y no te asustan las tempestades?
-No, señor; todo es ponerse uno como una sopa.
-O que lo parta a uno un rayo.
-Lo que es de eso no tengo yo miedo.
-¿Por qué?
- Porque en diciendo:
Santa Bárbara bendita,
en el cielo estás escrita
con papel y agua bendita,

no hay miedo de que le alcance a uno ningún rayo ni centella.
Nuevamente envidió la fe del niño, y pedí mentalmente a Dios que conservase la que ha sobrevivido a tantos años y tantos infortunios en mi alma.
El niño tomó, cantando alegremente, el camino de su aldea, y yo descubrí el campanario de la mía.
En aquel instante tocaron a la oración las campanas de la iglesia, donde duermen el sueño eterno todos aquellos que en vano buscaban mis errantes ojos al tornar al valle nativo.
Y entonces me arrodilló y recé, y pensé en Dios y en los muertos y al dirigir la vista al valle, que se extendía a mis pies tranquilo y hermoso, y al mar, que se extendía a lo lejos infinito y terrible, ambos iluminados por los últimos fulgores del crepúsculo, vi vagando en el valle a mis amigos muertos, y en el mar a Dios; unos para consuelo del hombre, y otros para consuelo del cristiano.
¡Señor! ¡Desventurado es el autor de los CUENTOS DE COLOR DE ROSA; pero sufrirá resignado su desventura mientras el título de este cuento sea el eco de su corazón!

Trueba, Antonio de

El expósito

PERSONAS

MARI-CRUZ.

MARTÍN.

ISABEL.

DON LIBORIO.

ANTÓN.

UN MOZO.

Portalada o plazoleta que precede a la puerta de una casería en la vertiente meridional del valle de Zemudio, en Vizcaya.- Un nogal grande sombrea la portalada.- Al pie del nogal, un banco rústico.- Sobre la puerta de la casería, un balcón con antepecho de madera y una parra por adorno y quitasol.- En el rondo del valle, heredades verdes y caserías blancas.- En la vertiente opuesta, en primer término, collados con algunas caserías rodeadas de heredades, y en último, las altas cumbres del Jata.- Al Oeste, el mar, que comienza en el abra que separa a Santurce y Algorta, y se ensancha y se dilata y se pierde en la azul inmensidad del horizonte.

ESCENA I

MARTÍN, solo.- Es un joven de veinte a veintidós años, que viste pantalón blanco de lienzo, blusa azul y boina encarnada.- Repican campanas hacia el fondo del valle, donde se descubre un campanario.

MARTÍN. ¡Ya salen de misa mayor! Con razón dice Isabelilla que en tierra de moros y judíos, donde por supuesto no habrá campanas, serán muy tristes los días de fiesta. Domingo de Abril o Mayo; verdes montañas a lo lejos; mar azul hasta allá donde el cielo y la tierra parecen juntarse; valle florido allá abajo, y cielo refulgente allá arriba, están pidiendo campanas sonoras que canten y bendigan tanta hermosura. ¡Hoy está el cielo azul, como los ojos de Isabelilla! En Vizcaya su traje usual es el pardo, pero cuando le da por vestir de azul, ¡hasta camisa se pone de tan hermoso color! Isabel bajó a la fuente para que padre y madre encontrasen agua fresca cuando viniesen de misa mayor, como madre había bajado al establo esta mañana para que Isabel y yo encontrásemos leche caliente cuando viniésemos de misa primera. ¿Cómo no habrá vuelto ya esa chica? (Mira hacia la subida del valle.) Allí viene, escoltada por ese zoquete de Santiago... ¡Por vida del moscón ese, que se ha empeñado en que Isabelilla ha de oír sus zumbidos! No, como a mí se me atufen las narices, el tal
Santiago, se ha de alejar de Isabel con las suyas rotas.

ESCENA II

MARTÍN e ISABEL, que aparece con la herrada en la cabeza, y atravesando la portalada entra en casa.- Es una chica de diez y siete a diez y ocho años, sonrosadita y blanca, con saya corta de bayeta encarnada, redova de listas blancas y azules y pañuelo de color en la cabeza, cruzados blandamente dos de sus calos sobre la raíz de las trenzas de pelo largo y rubias.
ISABEL. ¡Hola, Martinillo! Ven a echar una manita a la herrada.

(Entra en la casa)

MARTÍN. Pues no voy, que al que se hace de miel... ¡Pero la pobre chica vendrá tan cansada de la cuesta!

(Dirígese a la puerta y se detiene, viendo aparecer en ella a Isabel, que tira a la portalada el sorqui o cabecil de helecho fresco en que ha traído apoyada la herrada.)

ISABEL. Gracias, Martín, por lo bien mandado que eres.

MARTÍN. Tienes criado más de tu gusto que te sirva y te acompañe.

ISABEL. ¡Ja! ¡Ja! ¡Más de mi gusto! ¿Lo dices por Santiago?

MARTÍN. Y tengo razón para decirlo.

ISABEL. ¡Jesús, Martín, no me hables de ese terco, que me ha frito más la sangre desde la fuente al pie de la cuesta!...

MARTÍN. ¿Y cómo te ha frito?

ISABEL. Con las tonterías que ha venido diciéndome.

MARTÍN. ¿Se puede saber qué tonterías han sido ésas?

ISABEL. ¡Pues no se ha de poder! Dice que me quiere mucho, mucho, y que por Dios le quiera yo también a él, y que esta tarde va a venir su padre a pedir mi mano a los nuestros para que nos casemos en seguida.

MARTÍN. (Muy incomodado.) ¡Reniego de mi pícara suerte!

ISABEL. Martinillo, por Dios, no te enfades! Yo, ¿qué culpa tengo de que Santiago me haya dicho todo eso?

MARTÍN. ¿Conque no me he de enfadar, y va a venir su padre a pedir tu mano? Si viene será porque tú habrás consentido en que venga.

ISABEL. ¡No hay tal consentimiento, Martinillo. Yo le he dicho que aunque me desuellen viva no me caso con él.

MARTÍN. (Lleno de alegría.) ¡Ah, bendita sea tu boca!
ISABEL. Luego me ha preguntado si es porque quiero a otro.

MARTÍN. ¿Y qué le has contestado tú?

ISABEL. Tentaciones tuve de decirle una mentirijilla, porque me daba vergüenza el decirle la verdad; pero no me atreví a mentir, porque, anda, cuando me confesé la última vez, buen sermoncito y buenos credos de penitencia me echó el señor cura por las mentiras...

MARTÍN. ¿Y qué contestaste a Santiago cuando te preguntó si el no quererle a él era porque querías a otro?

ISABEL. Contestó... ¡Ay, me da mucha vergüenza el decírtelo! Y el caso es que a Santiago se lo dije sin avergonzarme.

MARTÍN. Pero, vamos, charlatana, ¿qué le contestaste cuando te preguntó si el no quererle a él era porque querías a otro? Isabel. Le contesté... que sí.

MARTÍN. ¿Y qué dijo él entonces?

ISABEL. Pegó una patada en el suelo, echó un pecado, muy grande, muy grande, y me preguntó si eras tú el que quería...

MARTÍN. (Con ansiedad.) ¿Y le dirías que no?

ISABEL. Pero, Martinillo, ¿cómo querías que mintiera?

MARTÍN.¡Ah! ¿Conque me quieres, Isabel?

ISABEL. ¡Jesús! ¿Por qué no ha de poder una echar una mentira sin pecar?

MARTÍN. ¿Conque me quieres?

ISABEL. Sí, Martinillo; más que, tú a mí.

MARTÍN. Más que yo a ti, no, Isabel; porque yo te quiero mucho.

ISABEL. Pues remucho te quiero yo a ti. El otro día, cuando yo bajaba a la fuente, oí que hablaban de nosotros madre y Mari-Juana, en el arroyo donde estaban lavando, y madre decía a Mari-Juana: «Hermanos que se quieran tanto como esos chicos míos no los hay en la aldea.» Y Mari-Juana le contestó: «Es que otros hermanos sólo como hermanos pueden quererse, y tus chicos se pueden querer como hermanos y como otra cosa.» ¿Tú sabes, Martinillo, qué es lo que quería decir Mari-Juana?

MARTÍN. ¡Vaya si lo sé!

ISABEL. Claro, porque los hombres lo sabéis todo. ¿Y qué era lo que quería decir?

MARTÍN. Que tú y yo podemos querernos como hermanos y como novios, porque los hermanos como nosotros pueden casarse juntos y los hermanos como otros no pueden.

ISABEL. (Saltando de contenta.) ¡Ay, qué cosa tan buena es el ser hermanos como nosotros!

MARTÍN. (Entristeciéndose.) Buena y mala, Isabelilla, ¡a lo menos para mí!

ISABEL.¿Qué quieres decir con eso?

MARTÍN. Que yo no soy tan digno de casarme contigo como yo quisiera y tú mereces.

ISABEL. (Como queriendo llorar.) ¡Ay, Dios mío, qué disparates dices, Martinillo!

MARTÍN. No, no los digo, Isabel. Tú eres hija de padres conocidos y estimados de todos, y yo soy hijo de padres desconocidos, hasta del cura que me bautizó.

ISABEL. No, Martín, no; tú eres hijo, como de Antón de Echevarría y Mari-Cruz de Aguirre.

MARTÍN. Como si realmente lo fueran me quieren y los quiero; pero la verdad pública y notoria es que a Antón y Mari, Cruz se les murió de pocos meses el primer hijo que tuvieron; que Mari-Cruz tomó para criar un niño expósito, de padres completamente desconocidos; que cuando el expósito tenía tres años, naciste tú; que Antón y Mari-Cruz adoptaron por hijo al expósito, y que el expósito soy yo.

ISABEL. Cierto es todo eso, Martín; pero también lo es que Antón y Mari-Cruz te quieren y te han querido siempre como si fueran tan padres tuyos como míos, y como si hubiese resucitado el hijo que se les murió, y aquel hijo fueras tú.

MARTÍN. Es verdad, Isabel; pero ¿quién sabe, a pesar de todo eso, si nuestros padres, que son de linaje honradísimo, con cuya sangre nunca se ha mezclado la de bastardos ni de linaje desconocido, no tendrán valor, el día que yo me atreva a pedirles la mano de su única hija, para concedérsela a un expósito de padres desconocidos, por mucho que al expósito quieran? ¡Por vida de mi mala suerte! ¡Que no resultara yo lo menos hijo de algún marqués!...

ISABEL. (Llorando.) ¡Ay, Martín, qué cosas tan tristes estás pensando y diciendo! ¡Y si eso sucediera, yo me moriría de pena!

MARTÍN. Y yo también, Isabel, ¡dulce y hermosa hermana de mi alma!

ISABEL. Has de saber, Martín, que yo estoy segura de que en este mundo no hay hermana que deba querer a su hermano tanto como yo debo quererte a ti.
MARTÍN.¿Por qué, Isabel?

ISABEL. Porque me parece que todo lo que sé y todo lo que siento y todo lo que vivo te lo debo a ti, sin que por eso deje de querer a nuestros padres ni deje de agradecer lo que les debo.

MARTÍN. Exageras, mi pobre Isabelilla; exageras lo que me debes.

ISABEL. No exagero, Martín, no. Sin duda para que no olvide nada de lo que te debo, Dios me ha dado tal memoria, que alcanza hasta la edad en que mis labios empezaban a pronunciar tu nombre. Me crié tan débil y delicada hasta los siete u ocho años, que la pobre madre toda se volvía suspirar y decir: «¡Este angelito de Dios siempre está con las alitas abiertas, como si se preparase a volar para reunirse con su hermanito en el cielo!»

MARTÍN. Es verdad que eso decía madre saltándosele las lágrimas.

ISABEL. Como por sus ocupaciones tenía que dejarme a tu cuidado la mayor parte del día, tú me sostenías cuando vacilaba, tú enjugabas mis lágrimas cuando lloraba, y tú me enseñabas cuanto no sabía.

MARTÍN.¿Cómo no había yo de hacer todo eso, si yo era la fuerza y tú la debilidad?

ISABEL. Pues así fui creciendo, creciendo, viendo en ti mi apoyo, mi alegría, mi consuelo y mi maestro. ¿No he de quererte como hermana ninguna puede querer a su hermano? Pero charlando, charlando, olvido la cocina, donde la comida reclama mi cuidado, y padres suben ya la cuesta. Conque, Martinillo, ya sabes que el de Santiago va a venir esta tarde a pedir mi mano para su hijo.

MARTÍN. ¡Ay, Isabel, qué puñalada me has dado con esa noticia, porque si nuestros padres acceden a su petición, me quitan la vida!

ISABEL. (Sollozando.) ¡Y a mí también!

MARTÍN. En lugar de llorar, discurramos algo para que no accedan.

ISABEL. Pues lo mejor es que te adelantes al padre de Santiago.

MARTÍN. ¿Y cómo, Isabelilla?

ISABEL. ¡Hum, los hombres no sabéis nada! Adelantándose a pedir mi mano a padre y madre y al lucero del alba que fuera menester.

MARTÍN. Pero ¿no ves que no me atrevo?

ISABEL. Un corregidor muy sabio que hubo en Vizcaya decía que el alcalde No-me atrevo era el peor de los alcaldes. Conque a ver si por serlo tú... (Sollozando.) tengo que casarme con Santiago.

MARTÍN. (Casi llorando.) ¡No lo quiera Dios, Isabel! ¡Que no resultaría yo hijo de un duque!

ISABEL. (Mirando hacia la cuesta.) ¡Ya están ahí padre y madre! Voy a cuidar de la comida. (Entra en casa.)

MARTÍN. Y yo a segar un cesto de hierba para la de los bueyes. ¿Y cómo yo, un jariego, como dicen en las Encartaciones, un zarcicume, como dicen en el rosto de Vizcaya, he de atreverme a pedir la mano de Isabelilla? Por vida de... ¡Que no fuera yo hijo del archipámpano de Sevilla

(Entra en el portal, sale inmediatamente con una hoz y un cesto vacío, cuya parte cóncava encaja en el hombro, y desaparece por una barrera que da entrada a las heredades.)

ESCENA III

ANTÓN y MARI-CRUZ.- Antón viste pantalón y chaqueta de paño y boina azul, y Mari-Cruz traje de merino negro, y trae la mantilla de franela doblada sobre la cabeza. Son como de cuarenta y tantos años.

MARI-CRUZ. ¡Ay, Antón, no pueden ya conmigo las piernas!

ANTÓN. ¡Ay, Mari-Cruz, algo de eso les pasa a las mías! (Ambos se sientan en el banco bajo el nogal.)

MARI-CRUZ. Eso nos recuerda que vamos ya a Villavieja.

ANTÓN. Y que, por tanto, debemos ir pensando en el acomodo de los chicos.

MARI-CRUZ. Felizmente, en ese tenemos poco que pensar, porque lo hemos pensado ya casi todo.

ANTÓN. Es verdad; que sólo falta que piensen en ello los chicos.

MARI-CRUZ. Yo sospecho que ya lo tienen también pensado y repensado.

ANTÓN. Eso mismo sospecho yo; pero Martín es tan encogido y vergonzoso que si esperamos a que se explique con nosotros, ya podemos esperar sentados para no cansarnos. (Se oye un ruido de carruaje) ¡Calla, un coche! ¡Y baja de él un caballero que toma la cuesta para subir acá! ¿Si será don Liborio, el escribano de Bilbao, que ha andado últimamente preguntando a las gentes de la aldea si nosotros teníamos o dejábamos de tener un hijo adoptivo, y si estábamos bien o dejábamos de estarlo?

MARI-CRUZ. ¡Ay, Dios mío! El corazón me dice que nada bueno nos trae ese Métome en lo que no me importa...

ANTÓN. Tampoco me da a mí buena espina esa visita. ¡Por vida de briosle, que no tuviéramos un buen perro de presa que saliera a recibir en la cuesta al tal escribano! ¡Si en estas caserías aisladas no se puede estar sin un buen perro para estos casos!

MARI-CRUZ. Miedo me da ese hombre.

ANTÓN. Déjame a mí sólo con él, que yo me las compondré con este torito.

MARI-CRUZ. (Entrando en casa) Mira, no te arme algún enredo, que con razón dice el cantar vascongado:
Entre zarzas y escribanos

anda poco, vida mía,
que el escribano y la zarza
nacieron un mismo día.

ESCENA IV

ANTÓN y D. LIBORIO.- Don Liborio es un hombre grueso, como de cuenta y seis a sesenta años. Tiene la costumbre de tomar rapé cuando siente movimiento de disgusto o satisfacción. Durante esta escena Mari-Cruz aparece de cuando en cuando, escuchando desde el balcón.

D. LIBORIO. Buenos días, buen amigo.

ANTÓN. Téngalos usted muy buenos, caballero.

D. LIBORIO. ¿Es usted por casualidad Antón de Echevarría?

ANTÓN. Antón de Echevarría soy, pero no por casualidad.

D. LIBORIO. Hombre, no sea usted malicioso.

ANTÓN. Diré a usted, caballero. como aunque pobre, vengo de padres y abuelos como Dios manda, lo que soy no lo soy por casualidad.

D. LIBORIO. ¡Pero, hombre, que ustedes los aldeanos han de ser siempre maliciosos!

ANTÓN. ¡Es que por las aldeas se, descuelgan unos pájaros!...

D. LIBORIO. Dejemos esto, amigo Antón, y vamos al negocio que motiva mi viaje por acá. ¿Supongo que tendrá usted buena la familia?

ANTÓN. Buenos estamos y somos todos, a Dios gracias.

D. LIBORIO. Vaya, me alegro mucho, porque la salud es lo principal. Yo he tenido un chico a la muerte, y le aseguro a usted que me ha hecho llorar dos veces; la primera, de dolor viendo que se me moría, y la segunda de gozo viendo que estaba ya fuera de peligro.

ANTÓN. Pues es extraño que haya llorado usted, aun siendo por un hijo.

D. LIBORIO. ¿Por qué ha de ser, hombre?

ANTÓN. ¿No es usted escribano?

D. LIBORIO. Sí que lo soy; pero ¿qué tiene que ver eso para que uno sea sensible?...

ANTÓN. ¡Qué sé yo, don Liborio! Un escribano sensible... parece cosa que no puede ser. Pero, en fin, usted dirá en lo que le podemos servir por acá.

D. LIBORIO. (Yendo a sentarse en el banco.) Sentémonos aquí un poco, amigo Antón, que tenemos que hablar de un asunto importante...

ANTÓN. ¡Importante! ¿Para quién?

D. LIBORIO. Sobre todo para usted y su familia, que se van a encontrar con una fortuna inesperada.

ANTÓN. ¿Con una fortuna? No vendría mal, don Liborio, aunque tenemos en casa un tesoro de mucho precio.

D. LIBORIO. ¿Qué tesoro es ése?

ANTÓN. Un chico y una chica que valen más oro que pesan.

D. LIBORIO. A propósito del chico, que supongo será Martín, le voy a contar a usted una historia cuyo inesperado desenlace le va a llenar a usted de gozo.

ANTÓN. Venga esa historia que ya se parece a todas en lo mucho que promete el anuncio.

D. LIBORIO. En tiempo de la primera carlistada, un joven, oficial del ejército isabelino, perteneciente a una de las familias más distinguidas de Madrid, se enamoró de una joven perteneciente a una de las familias más honradas de Vizcaya, la sedujo y resultó...

ANTÓN. ¿Qué resultó de esa bribonada?

D. LIBORIO. Pues resultó un niño como un sol.

ANTÓN. ¡Lástima de balazo al seductor!

D. LIBORIO. El niño, apenas nació, se lo llevó a los expósitos, diciendo a su madre que se le llevaba a criar en una aldea, de donde sus padres le recogerían cuando legitimasen su amor, casándose, así que terminase la guerra; pero una imprudencia reveló a la madre del niño, aun convaleciente del parto, que su hijo había sido llevado a los expósitos, y se afectó tanto con esta revelación, que le costó la vida.

ANTÓN. De todo lo cual resulta que Dios abriría las puertas del cielo a la pobre seducida y las del infierno al infame seductor.

D. LIBORIO. El seductor vive aún.

ANTÓN. Lo que prueba que algún fundamento tiene aquello de que todos los pícaros tienen fortuna.

D. LIBORIO. La guerra concluyó, y el oficial, que ya había olvidado a la madre, olvidó también al hijo, fue ascendiendo hasta llegar a general, fue Ministro de la Guerra y Presidente del Consejo de Ministros, obtuvo un título de marqués, y hoy es uno de los personajes más ricos e ilustres e influyentes en la corte.

ANTÓN. ¡Me deja usted asombrado, don Liborio!

D. LIBORIO. ¿Por qué, hombre?

ANTÓN. Porque en las aldeas, como somos tan negados, estábamos en la inteligencia de que antes de hacer a un hombre general o ministro o marqués, se registraba su vida de cabo a rabo, y si se encontraba en ella una picardía tanto así (señalando el canto de la uña) se le mandaba a escardar cebollinos.

D. LIBORIO. Hombre, ¡qué disparate!

ANTÓN. ¡Disparate! ¿Y por qué?

D. LIBORIO. ¡Porque buena estaría la Nación sin generales, ni ministros, ni marqueses, ni nada! Pero volviendo a nuestro señor marqués, cuando se encontró viejo rico, grande de España y adulado d toda la corte, echó de menos un sucesor directo de sus riquezas y su título y pensó en el chico que de su orden se había llevado en Vizcaya a los expósitos.

ANTÓN. ¡A buena hora, mangas verdes!

D. LIBORIO. Ya verá usted, amigo Antón, cómo aún era a buena hora. El señor marqués que tenía noticias muy favorables de mí, porque administro los bienes que tienen en Vizcaya varios señores amigos suyos, me honró con la comisión de averiguar el paradero de su hijo, dándome instrucciones y amplias facultades para gastar cuanto fuese necesario y disponer su viaje a la corte, en caso de que pareciese. A fuerza de diligencias he llegado a saber que el hijo y heredero del ilustre marqués es el expósito que ustedes criaron y adoptaron por hijo, y como tal tienen en su casa. Averiguado esto, y aun mucho más, pues sé lo pobres que son ustedes y hasta su proyecto de casar a su hija con el expósito prevalidos de que los chicos se miran con buenos ojos y el muchacho les quiere a ustedes como si fueran sus verdaderos padres, se lo he escrito todo ce por be al señor marqués, añadiéndole que quizás antes de tener contestación suya, que aún no había llegado cuando salí esta mañana de Bilbao, ya estaría su hijo en mi casa preparándose a salir para Madrid, donde (con énfasis) ocupará entre la aristocracia de la corte el alto puesto que a su nacimiento corresponde, y casará con alguna de las más hermosas y ricas hijas de la grandeza de España.

(Mari-Cruz, que ha escuchado todo esto desde el balcón, llora y da señales del dolor más profundo.)

ANTÓN. (Con forzada alegría.) ¿Qué es lo que usted me cuenta, don Liborio?

D. LIBORIO. Lo que usted oye, amigo Antón. Vamos, es necesario que así usted como su mujer y su hija y el mismo Martín moderen su alegría, que el exceso de ella mata como el exceso de dolor.

ANTÓN. A propósito de dolor, le voy a hacer a usted una pregunta, don Liborio.

D. LIBORIO. ¿Cuál, amigo Antón?

ANTÓN. ¿Hubiera usted sentido dolor muy grande si, después de toda su diligencia por servir al marqués, hubiera usted tenido que dar la noticia de que su excelencia tenía que resignarse a estirar la pata sin haber visto en sus aristocráticos salones al heredero de sus riquezas y sus títulos?

D. LIBORIO. Lo hubiera sentido tal, que de seguro me hubiera costado una enfermedad el dar a su excelencia tan triste noticia.

ANTÓN. Pues ya puede usted dársela, meterse en cama y llamar al médico y reventar de dolor.

D. LIBORIO. ¿Qué quiere usted decir con eso, Antón?

ANTÓN. Lo que quiero decir es que Martín ya tiene padre y probablemente también novia, sin que usted ni nadie lo proporcione uno ni otra.

D. LIBORIO. Como soy padre, y buen padre, comprendido, amigo Antón, que a ustedes les costará trabajo el desprenderse del chico, porque me han dicho que es trabajador como él sólo, y ya veo que les será a ustedes duro el verse privados de sus brazos.

ANTÓN. ¿De sus brazos nada más? ¿Usted, don Liborio, no habrá padecido nunca del corazón?

D. LIBORIO. Nunca, a Dios gracias.

ANTÓN. Es natural; un ciego de nacimiento que suele venir por aquí cantando y vendiendo curiosos romances, dice que nunca ha padecido de la vista.

D. LIBORIO. ¡Bah, bah! Dejémonos de chafalditas y volvamos al asunto del muchacho. No crea usted que al llevármele les voy a dejar a ustedes, como quien dice, con las manos peladas. En este punto, su excelencia ha dejado a mi prudencia y celo el corresponder con ustedes, y para dar a cada uno lo que le corresponde, crea usted, amigo Antón, que no soy manco.

ANTÓN. ¡Manco un escribano! Cá, don Liborio, cómo había yo de creer tal cosa, cuando una noche que estuve en el teatro de Bilbao a ver una comedia que había compuesto un poeta que luego se ha hecho escribano, oí decir a uno de los que hablaban en la comedia:
Era mi padre escribano
de la ciudad de Almería,
y por más señas tenía
seis dedos en cada mano...

D. LIBORIO. Ya conozco a ese escribano. Mucho talento tiene, pero es un escribanillo montado a la moderna hasta en la supresión del dicho y el antedicho, y el susodicho y el supradicho, que el verdadero escribano repite en cada renglón y es lo que más caracteriza el estilo clásico curial. Pues, como iba a decir a usted, me parece que lo más puesto en razón es que, sin perjuicio de apreciar luego el tanto cuanto que han de percibir ustedes por los

alimentos, vestido, etc., del chico, les haga yo a ustedes inmediatamente un regalo digno de la esplendidez de mi poderdante.

ANTÓN. El mejor regalo que usted puede hacernos es dejarnos en paz, volverse a Bilbao y cuidarse mucho duran enfermedad.

D. LIBORIO. ¿Qué enfermedad, hombre?

ANTÓN. La que lo va a costar a usted la noticia que va a dar a su excelencia de que necesita renunciar a la esperanza de adquirir de viejo lo que abandonó de joven.

D. LIBORIO. No puedo creer, amigo Antón, que cierre usted la puerta de su casa... (estornuda después de haber tomado rapé, volviéndose para estornudar hacia el tronco del nogal) a la fortuna que entra por ella.

(Martín, que viene con un cesto de hierba, entra en casa al volverse don Liborio para estornudar, y sólo le ve Antón.)

ANTÓN. Es verdad que entra, y ¡Dios la bendiga como la bendecimos nosotros!

D. LIBORIO. Me alegro, hombre, de que al fin sea usted razonable. Por de contado, voy a regalarlos a ustedes, en cambio del chico, una buena pareja de bueyes.

ANTÓN. (Indignado). Don Liborio, mire usted que no aguanto bromas a costa de mi hijo.

D. LIBORIO. Antón, debe usted acostumbrarse desde ahora a no dar ese nombre a Martín.

ANTÓN. Martín es hijo mío, péselo a usted, y, sobre todo, pésele al señorón que nos le quiere quitar con un solo derecho, y ese tan vergonzoso, que si en el mundo hubiera verdadera justicia, ese derecho sería un crimen y bastaría para que ese señor, en lugar de ser general, marqués y rico, fuera...

(Mari-Cruz, que durante toda la escena ha dado señales mudas de participar con exceso de los sentimientos e ideas de su marido, reprime con dificultad su deseo de aplaudir a Antón.)

D. LIBORIO. (Interrumpiéndole con cómica severidad.) ¡Antón, hable usted de su excelencia con el respeto debido!

ANTÓN. Con el respeto debido hablo. ¿Se debe más respeto que éste al que cuando mozo sedujo y asesinó a una joven inocente, y cuando viejo quiere asesinar a una pobre y honrada familia, cuyo único delito consiste en tener el corazón y el pundonor que a ese señor le falta?

D. LIBORIO. ¡Antón, mire usted que le pueden costar caros ese lenguaje y esa terquedad!

ANTÓN. Suprima usted las amenazas, que nada adelantará con ellas. Soy vizcaíno por mis cuatro costados, y ya sabe usted lo que de los vizcaínos cuentan que dijo un gran guerrero...

D. LIBORIO. Sí, el Gran Capitán vino a decir que era más fácil domar leones que domar vizcaínos.

ANTÓN. Pues ¿quién ha de domarme a mí, que soy vizcaíno a carta cabal?

D. LIBORIO. ¿Quién? La ingratitud y la soberbia.

ANTÓN. Esas señoras no vienen por acá.

D. LIBORIO. Ahora verá usted si vienen. (Llamando.) ¡Martín! ¡Martín!

ESCENA V Y ÚLTIMA

TODOS, y además UN MOZO, que aparece a su debido tiempo.- Martín, Mari-Cruz e Isabel, salen de la casa por el orden en que se los nombra. Mari-Cruz e Isabel vienen llorosas y aterrorizadas.

MARTÍN. Mande, usted caballero.

D. LIBORIO. Pongo en tu conocimiento que eres hijo del ilustre y rico marqués...

MARTÍN. (Sorprendido agradablemente.) ¡Hijo yo de un marqués!

D. LIBORIO. Y de un marqués que te reconoce como tal hijo y te hace heredero de su glorioso título y de sus inmensas riquezas.

MARTÍN. (Como loco de alegría) ¡Virgen santísima!... ¡Hijo yo de un marqué!... ¡Viva!... (Tira la boina al aire y salta de gozo.) ¡Madre!... ¡Padre!... ¡Isabelilla de mi alma! (Quiere abrazarlos a todos; pero se contiene sorprendido al ver que, lejos de participar de su alegría, están como aterrados.)

D. LIBORIO. (A Antón con aire de triunfo.) Ya ve usted, amigo Antón, que el chico no hace ascos al marquesado y los millones de su padre.

ANTÓN. (Abatido.) ¡Ay, ya lo veo! (Indignado) ¡Ingrato!... (Enternecido.)¡Y mi pobre Isabelilla!...

UN MOZO. (Aparece de repente muy sofocado, subiendo del valle y se queda parado como sorprendido al ver llorosos a lo aldeanos y alegre a don Liborio.) ¡Calla! ¡Los aldeanos llorosos y el escribano alegre! Bien dice la adivinanza: ¿En qué se parece el escribano y la cebolla? En que hacen llorar.

D. LIBORIO. (Reparando en el mozo) ¡Hola, Perú! ¿Qué hay?

UN MOZO. Esta carta traigo para usted, de parte de la señora.

D. LIBORIO. Trae y dile al cochero que enganche si ha desenganchado, que allá voy yo: y espérate, que volverás en el pescante.

(El mozo saluda con una inclinación y desaparece. Don Liborio se apresura a leer la carta.) Señores, carta de su excelencia el marqués. Mi mujer ha conocido que era suya en la corona del sobre, y se ha apresurado a mandármela adivinando que era urgente. Oigan ustedes (leyendo): «Por el sencillo y circunstanciado relato que usted me hace de sus averiguaciones acerca de mi hijo y de la familia en cuyo seno ha encontrado lo que no encontró en el de sus padres, sospecho que en el encargo que he dado a usted va a arrancar amargas lágrimas en esa familia y acaso también en mi hijo. No quiero que las arranque más que de alegría y agradecimiento. Una locura o más bien una infamia de mi juventud, ha llenado de remordimientos mi vejez. Nada de violencia para con mi hijo ni para con los que le han servido de padres, ni para con la que haya elegido para compañera de su vida y de su alma. En la corte como en la aldea, entre los ricos entre los pobres, entre los sabios como entre los ignorantes, entre los grandes como entre los pequeños, hay buenos y malos. Como yo me creo bueno, a pesar de las faltas de mi juventud, quiero proceder como tal en mi ancianidad. Si lo que sospecho resultase cierto, limítese usted a continuar las diligencias para el reconocimiento legítimo de mi hijo, porque esto es para mi asunto de consuelo y satisfacción de conciencia, y a suplicar a mi hijo, a sus padres adoptivos y a su hermana de leche y de corazón, que acepten mi amistad y una letra de algunos miles de duros con que hermosear la casa donde viven, para que cuando yo vaya el próximo verano a visitarla y a abrazarlos me puedan hospedar como a un marqués.» (Todos se conmueven, incluso don Liborio.)

ANTÓN. (Dirigiéndose a Martín.) ¡Ya ves que tu padre, a pesar de ser marqués y rico no es soberbio ni ingrato como tú!

MARTÍN. ¡Ingrato y soberbio yo!

ANTÓN. ¿Qué es sino ingratitud y soberbia la loca alegría que has experimentado al saber que eras hijo y heredero de un rico y un marqués?

MARTÍN. Padre, ahora va usted a saber lo que era y es mi loca alegría. (Dirigiéndose sucesivamente en tono suplicante a Antón y a Mari-Cruz.) ¡Padre! ¡Madre! ¡Concédanme ustedes la dicha mayor que puedo alcanzar en este mundo, que es la de casarme con Isabel, para que Isabel y yo vivamos y muramos con ustedes donde aprendimos a querernos!

MARI-CRUZ e ISABEL. (Con inmensa alegría) ¡Ah!

ANTÓN. (Lo mismo.) Casaos, hijos míos, y Dios bendiga vuestro cariño como lo bendecimos nosotros. (Se abrazan con ternura y transporte padres e hijos, y al verlo don Liborio se enjuga las lágrimas con el pañuelo.)

D. LIBORIO. (Hablando consigo mismo.) ¡Luego dicen que un escribano no puede ser sensible! ¡Yo no sé si lloro como escribano o como padre; pero la verdad que al ver esto... lloro! (Procurando disimular su emoción con el cambio de tono.) ¡Amigo Martín, vaya un padre que te has encontrado como de bóbilis bóbilis! Bueno, rico y marqués.

MARTÍN. Por bueno, y no por rico ni por marqués, le querré y respetaré siempre como el mejor de los hijos.

D. LIBORIO. ¿Tú sabes lo que harás cuando heredes su glorioso título y sus inmensas riquezas?.

MARTÍN. Lo único que sé es que esta casita y estas heredades y estos árboles que la rodean no me verán desertar de ellos hasta que vaya a descansar para siempre a la sombra del campanario que se alza allá abajo.
Ya tengo (abrazando sucesivamente a Isabel, a Mari-Cruz y a Antón), y eso me basta, aquello que dice el cantar vascongado:
Una heredad en un bosque,
una casa en la heredad,
y en la casa pan y amor.
¡Jesús, qué felicidad!

Trueba, Antonio de

Apéndice

Al hacerse la segunda edición de este libro en 1862, dije:
«Cuando un libro tiene la desgracia de hallar al público indiferente, su autor no contrae más obligación que la de respetar la indiferencia del público; pero cuando un libro tiene la dicha de que a los dos años de haber salido a luz por primera vez se haya agotado una copiosísima edición; de que la Prensa de todas las localidades lo haya reproducido; de que haya sido vertido al francés, al alemán, al portugués, al inglés y hasta al ruso; de que se hayan hecho de él varias ediciones castellanas en Alemania y América, y de que doctísimas plumas nacionales y extranjeras se hayan ocupado en su examen; cuando un libro ha tenido esta dicha con que Dios ha recompensado, no el mérito, sino la buena intención del presente, el autor tiene el deber de mejorarle y de dar una satisfacción al público, respondiendo con sinceridad a las objeciones de la crítica.
»La crítica ha tenido muchos elogios para este libro: pero también ha tenido censuras, que por lo mismo que han sido benévolas y sinceras, me obligan más y más a tomarlas en cuenta, tanto para enmendar unas cosas, como lo he hecho, como para justificar otras como lo voy a hacer.»Las principales censuras son dos: una de ellas se refiere, generalmente, al libro; y la otra, particularmente, a uno de los cuentos que en él figuran.
»El Sr. D. Juan Mañé y Flaquer, a quien de las muchas pruebas de leal amistad que me ha dado, ninguna agradezco tanto como la que consiste en decirme siempre la verdad, por más que esta verdad pueda mortificar mi amor propio, ha dicho que LOS CUENTOS DE COLOR DE ROSA pertenecen a la escuela literaria llamada neo-católica, cuyos principios, según él, son los siguientes:
»Todo lo antiguo es bueno, inmejorable; todo lo moderno es malo, detestable; lo que más se acerca a lo pasado, es lo mejor; lo que más se acerca a lo presente es lo peor.
»Si esta definición de la escuela literaria neo-católica es exacta, puedo asegurar que ni por mis obras ni por mis sentimientos, que son una misma cosa, pertenezco a esa escuela.
»Hace diez años estampé en el LIBRO DE LOS CANTARES los siguientes versos, con cuyo contenido estoy cada vez más conforme:
Porque los hombres no nacen
para atravesar el mundo
sin impelerle adelante.

»Lo que hay de cierto es que las almas del temple de la mía simpatiza profundamente con todo lo lejano, con todo lo que se va, con todo lo que muere, con todo lo que es triste, con el

sol que declina, con la flor que se agota y con la hoja que se desprende del árbol. Lo que hay de cierto es que en mi alma se conserva aún la fe que atesoraba cuando hace veinticinco años volví los ojos llorando hacia mi aldea, y sólo vi el campanario que enviaba la consoladora voz del Señor al hogar de mis padres. Lo que hay de cierto es que se está abusando lastimosamente de la palabra neo-católico, aplicándola lo mismo a los que tienen a Dios en el corazón y en los labios, que a los que tienen en los labios a Dios y al diablo en el corazón.»Cuando escribo esto se prepara mi padre, pobre anciano de setenta y cinco años, a abandonar sus tranquilas y queridas montañas de Vizcaya para pasar algunas semanas a mi lado. En las hermosas mañanas de primavera recorremos juntos las arboledas de la Florida, y mi padre, al pasar por delante de la ermita de San Antonio, descubrirá piadosamente la venerable cabeza, como ha hecho por espacio de setenta años al pasar por delante de la iglesia de nuestra aldea. Tal vez oirá a su espalda una voz que le dirá «¡Neo-católico!», y volviéndose a mí, me preguntará qué es lo quieren decirle, y yo le contestaré: «Lo que quieren decir es, que es usted católico nuevo, católico de ayer, católico improvisado.»
-»¡OH, padre! ¡Qué profunda extrañeza y qué santa indignación sentirás al saber que hay quien te llama católico nuevo, a ti, que hace setenta y cinco años llevas a Dios en el corazón!
»El autor de LOS CUENTOS DE COLOR DE ROSA no ha dado más motivo que su padre para que le califiquen de neo-católico: se descubre la cabeza ante el templo, invocando a Dios en sus tribulaciones, simpatiza con todo lo débil y triste, glorifica todo lo noble y santo, y aconseja al pobre y dolorido pueblo que no arroje a Dios de su corazón ni a la familia de su hogar, porque Dios y la familia son la única esperanza y el único refugio del pueblo en las tempestades de la vida.»El autor de LOS CUENTOS DE COLOR DE ROSA no está afiliado, al menos a sabiendas, en ninguna escuela filosófica, ni política, ni literaria, y hasta no está seguro de lo que significa en filosofía, ni en política, ni en literatura el neologismo que se ha aplicado a este libro. Estudia en el libro de la Naturaleza, y cuenta del mejor modo que puede lo que piensa, lo que siente y lo que ve, cuando lo juzga digno de ser contado. A esto se reduce todo su sistema y toda su ciencia.»El Sr. D. José de Castro y Serrano, crítico no menos profundo y amigo no menos leal que el Sr. Mañé, ha censurado acerbamente el cuento
Desde la patria al cielo, que forma parte de este libro. No voy a rebelarme contra su censura, que voy sólo a exponer las razones que tuve para escribir el cuento en cuestión del modo que le escribí.
»Acúsame, en primer lugar, el Sr. Castro, de que he aconsejado la inmovilidad de la ostra, que vive y muere adherida a la roca donde nació, al parafrasear estos cuatro versos del inolvidable Lista:
¡Feliz del que nunca ha visto
más río que el de su patria,
y duerme anciano a la sombra
do pequeñuelo jugaba!

»Lista no quiso decir que el hombre debe vivir inmóvil como la ostra allí donde nació, ni eso quiere decir el cuento. Desde la patria al cielo, que es sencillamente la paráfrasis de los versos. Lo mismo este docto literato que el autor del cuento, hombres incapaces de escribir una cosa y hacer otra, salieron de su patria y amaron y bendijeron campos que no eran los nativos, y gentes que habían nacido lejos de donde ellos nacieron. Lo que quisieron decir ambos fue: que el hombre no debe abandonar su patria deslumbrado por mentidos sueños de felicidad, y que, en el caso de abandonarla con fundado motivo, debe pensar siempre en ella, procurar su dicha, y preterirla en igual de circunstancias, para pasar el resto de sus días. La teoría de Lista y su glosador, lejos de ser la teoría de la inmovilidad, es la teoría del patriotismo, que no existiera de ser esa teoría falsa.

»En segundo lugar, me acusa el Sr. Castro de que al hacer viajar a Pedro, el protagonista del cuento, he ridiculizado a países tan dignos de respeto y admiración, como Francia, Inglaterra y Alemania.»Esta censura me parece, cuando menos, tan infundada como la anterior. A Pedro le parecía todo horrible mirado desde cerca, y hermosísimo mirado desde lejos. Si cuando estaba en Vizcaya, su patria, todo lo de ella le parecía feo, y hermoso todo lo del extranjero, lo lógico era que cuando estaba en el extranjero todo lo de él le pareciese feo, y hermoso todo lo de Vizcaya; y si al tornar a ésta le pareció y siguió pareciéndole ya hermoso, fue porque la experiencia y las amarguras de la expatriación habían corregido el extravío de su entendimiento.»Reproducida la crítica del Sr. Mañé por muchos periódicos, e incluso la del Sr. Castro en la excelente traducción alemana de este libro, impresa en Augsburgo, y suscritas ambas por nombres estimadísimos en la república literaria, han sido y serán muy leídas. Esta es la principal razón que me ha movido, más bien que a refutarlas, a rendir un tributo de respeto a sus autores y al público, explicando el por qué de mi conducta.»Lo que procede es lo que dije al hacerse la segunda edición de este libro en 1862. Al hacerse en 1875 la cuarta, tengo que decir algo más.

He debido a los escritores portugueses honras y simpatías que nunca podré olvidar ni agradecer lo bastante, porque hasta su censura de mis tendencias filosófico-literarias ha sido tan bondadosa y delicada, que casi no me atrevo a decir algunas palabras para atenuarla.

El Sr. Pinheiro Chagas, en el Archivo pintoresco de Lisboa, ha dado a luz excelente versiones de mis humildes escritos, y el Sr. Villena Barbosa, en una introducción a un volumen de cuentos escogidos míos, hermosamente traducidos por el Sr. Castro Monteiro, de Oporto, son los escritores portugueses que, al prodigarme elogios que no merezco, más han insistido en considerarme enemigo de todo progreso. Debo asegurar que si realmente hay esa tendencia en mis obras, es extraña a mis convicciones y mi voluntad.

Fray Luis de Granada dice que es regla de prudencia no mirar a la antigüedad y novedad de las cosas para aprobarlas y condenarlas, «porque -añade- muchas cosas hay muy acostumbradas y muy malas, y otras hay muy nuevas y muy buenas; y ni la vejez es parte para justificar lo malo, ni la novedad debe ser para condenar lo bueno.» Esta regla de prudencia está con forme con mis ideas, que nunca me he apartado de ella, ni pienso apartarme.

La verdad es que los de CUENTOS DE COLOR DE ROSA que pertenecen a mis primeros trabajos literarios, dieron ocasión a que, con más o menos justicia, se me afiliara en cierta escuela, y no ha habido medio de que la crítica rectifique aquella filiación, a pesar de que en ninguno de los muchos libros que después he escrito se puede encontrar el menor pretexto para sostenerla En uno de mis últimos libros (Cielo con nubecillas) dice uno de los interlocutores: «El hombre debe ser de su tiempo para que su tiempo sea suyo.» Hago completamente mía esta máxima y aseguro que ésta será la última vez de mi vida que me ocupe en rechazar la nota de neo-católico, que rechazo con toda la energía de mi inteligencia si se me aplica en el concepto de enemigo de la libertad y del progreso, que Dios no reprueba, y acepto con toda la efusión de mi alma si se me aplica en el concepto de católico que cree y reverencia cuanto reverencia y cree la Iglesia católica apostólica y romana.

Trueba, Antonio de

Glosario

ACEÑA.- Molino por el sistema antiguo. Tenía sólo una gran rueda o volante de madera que giraba en lo exterior, y cuyo eje estaba colocado horizontalmente, Hace veinte años sólo existía ya en las Encartaciones dos aceñas, que estaban en el riachuelo de Cotorrio, que tienen su origen en los montes de Triano y desemboca en la ría de Pobeña. Hasta a la orilla de los riachuelos de menos caudal se ven vestigios de aceñas, porque éstas sólo necesitaban para moler un salto de agua pequeño. Tenía sólo una piedra, en que se molía indistintamente el trigo y maíz que en los molinos modernos se muelen separadamente. En lo antiguo era grandísimo el número de aceñas en las Encartaciones, a juzgar por las muchas ruinas que se ven aún, por los muchos molinos que hoy existen y que se sabe que fueron antiguamente aceñas, y por las que cita Lope García de Salazar en su Libro de las andanzas e fortunas, escrito en 1471. Sólo en la jurisdicción de So puerta recuerdo haber visto ruinas de cerca de veinte aceñas. Este nombre, por más que se le atribuya origen árabe, procede de la voz vascongada aceña, que significa rueda de molino.

ALEN (la).- Sierra muy alta que tiene a su pie por Oriente el concejo de So-puerta, por Poniente el valle de Trucios, y por el Sur el valle de Arsenales, todos tres pertenecientes a las Encartaciones de Vizcaya.

ALLEGAR.- Amontonar, particularmente la hoja que cae de los árboles, para abonar con ella las tierras.

ANDANA.- Voz con que se designan los parrales que suelen criar las huertas o las piezas.

AÑA.- Nodriza. La voz ama con que generalmente se designa en España a las nodrizas, es vascongada, y quiere decir madre.

APRENDER (un nido o setal).- Equivale a encontrar o acertar donde hay.

APURRIR.- Alargar o dar una cosa.

ARGOMAS.- Aulagas.

AVELLANEDA.- Aldea del concejo de Sopuerta, que hasta principios del presente siglo fue cabeza de las Encartaciones y residencia de un Teniente del Corregidor de Vizcaya. Delante del Consistorio existía un roble, bajo el cual celebraban sus juntas los encartados, a semejanza de las que celebran aún los vizcaínos bajo el árbol de Guernica, y celebraban los alaveses en Arriaga. Este venerable árbol fue cortado y quemado por los franceses; pero existe otro que se tiene por renuevo de aquél. En una colinita distante poco más de un tiro de piedra del Consistorio existen aún las ruinas de una torre, que en mi niñez conservaba todavía sus muros exteriores. Aquella torre, que también servía de atalaya, y a cuyo pie se derramó no poca sangre durante las sagrientas luchas de los bandos oñacino y gamboino, sirvió en lo antiguo de cárcel, y cuenta la tradición que sobre ella se ejecutaban las sentencias de los jueces cuando regla en las Encartaciones la ley del Talión, reducida a la sencilla fórmula del ojo por ojo, diente por diente.

B

BALA.- Tronera, loco, calavera.

BATIR TERRONES.- Pulverizar con unos mazos de madera los terrones secos en las heredades.

BILORTO (vilorta).- Vara, generalmente de roble o mimbre, que se retuerce en verde para hacerla flexible, y sirve para atar haces de leña o trigo. Es voz puramente vascongada.

BORONA (maíz).- La cosecha de maíz es muy abundante en las Encartaciones, particularmente cuando llueve a tiempo, o sea del 20 de Julio al 20 de Agosto. Allí es casi desconocido el riego artificial, a pesar de que el agua brota por todas partes, y, por consiguiente, sin mucho trabajo se pudiera, en gran número de tierras, hacer que lloviese siempre a tiempo. Es general la creencia de que la borona procede de América, y el mismo Larramendi participa de esta opinión, pues dice que los vascongados le dieron allí el nombre

de bero ona, que equivale a bueno cuando está caliente, como en efecto lo es borona o maíz; pero ya Lope
García de Salazar, que escribió más de veinte años antes del descubrimiento de América, da a entender claramente que en su tiempo se cosechaba borona en Vizcaya, pues dice que Lope Martínez Ondazarrios fue muerto en Güeñes a consecuencia de una disputa sobrevenida por haber entrado unas acémilas en un boronal. ¿Daríase entonces el nombre de borona al mijo, que se sabe haberse cultivado en Vizcaya en lo antiguo para alimento del hombre como cereal? Mi opinión es resueltamente afirmativa.
BREZAS.- Escobas de brezo.
C
CAÑAS.- Varas del carro.
CALERO (horno de cal).- En Vizcaya se emplea la cal como un excelente abono para las tierras, generalmente recias o fuertes. Este abono se obtiene con facilidad allí donde abunda la piedra caliza y el combustible para calcinarla, y es tan eficaz que, sin dar descanso a las tierras, pues en Vizcaya alternan sin intermisión de año la cosecha de trigo y la de maíz, duran sus efectos ocho o diez años.
CALZAS.- Las capas de hojas que cubren las espigas o mazorcas del maíz.
CANIEGAS.- Manzanas estimadísimas.
CANTA.- Copla popular.
CÁRCAVA.- Vallado de tierra con que se cercan las heredades. De la extracción de la tierra con que se forma la cárcava, resulta un foso que contribuye a la seguridad de los sembrados. Es voz de origen vascongado.
CARGAS.- La carga de vena tiene once arrobas y catorce libras.
CARREJO.- Sitio donde se juega a los bolos.
CASERÍA.- Lo mismo que caserío y voz más propia que ésta. La población de las Provincias Vascongadas, y particularmente la de Vizcaya, está diseminada en caserías aisladas una de otra, o en grupos poco considerables. Sin embargo, hay cierto número de poblaciones, que son las villas, cuyo caserío forma calles como el de los pueblos de Castilla.
CINTO (pico).- Se alza entre Sopuerta y Zalla, y se cuenta que era uno de los cinco picos encartados donde se tañía la bocina de guerra. Pasé la niñez al pie de él, y nunca me atreví a subir a su cima. Al volver por primera vez al valle nativo después de escribir este libro, trepé una hermosa tarde de otoño a la cima del pico Cinto, y permanecí una hora contemplando el magnífico espectáculo que se ofrecía a mis ojos; al Sur sólo se descubría una serie de montañas que terminaba en la peña de Orduña; al Oriente, altísimos picos que, empezando por los de Ereza, que se alzan entre Galdames y Güeñes, terminan con los de Amboto y Urquiola cerca de Elorrio; al Poniente, montañas también limitadas por las altísimas de Soba; y del Norte, en primer término, la hermosa llanura sembrada de blancas caserías que constituyen los concejos de Sopuerta y Galdames, y en segundo término el agitado golfo cantábrico.
COFA.- Cesta pequeña que presta en las Encartaciones el servicio que las espuertas en otras partes.
COLISA.- Altísimo pico que domina las Encartaciones, el valle de Mena y una gran parte de las montañas de Santander. Sobre una cima hay una ermita, cuyo tejado vierte las aguas a tres distintas jurisdicciones, que creo son las de Arcentales, Balmaseda y Mena. Dícese que en los primeros siglos del cristianismo el pico de Colisa era especie de Tebaida, donde hacían vida penitente muchos siervos de Dios.
CONCORDIA.- Sociedad de seguros sobre la vida de los bueyes, que suele formarse anualmente en los pueblos de las Encartaciones.
CUBERA.- Bodega, es decir, el sitio donde se encierran las cubas de vino.

CUCO.- En las Encartaciones se oye con muchísima alegría el primer canto del cuco, y particularmente cuando viene por Oriente, en cuyo caso anuncia abundancia de grano y fruta. Hacer el cuco en las Encartaciones es lo mismo que en Castilla hacer novillos y en otras partes hacer rabona.
CORRO.- Echar un corro es lo mismo que echar un baile. Generalmente en Vizcaya el baile que pudiéramos llamar tradicional consta de dos partes, entre las cuales media un corto descanso: la primera es propiamente el fandango, y la segunda el alto, o en vascuence arin, arin, que quiere decir ligero, ligero. Otro de los bailes más populares y característicos del país es el aurrescu, cuya traducción es mano delantera.
CAMPA.- Lo mismo que campo, si bien por lo común se llama así a los terrenos que han sido cultivados y se dejan baldíos para pastos.
CEBERA.- Desígnase colectivamente con esta voz los cereales en general.
CELEMÍN.- En todas las casas de las Encartaciones hay esta medida. Es un cajón de madera dividido por una tabla colocada horizontalmente. Una de estas divisiones tiene la cabida de un celemín, o sea la duodécima parte de una fanega, y la otra de medio. Generalmente, sirve de asiento cerca del hogar a la madre de familia.
CIRRIA.- La flor que corona la planta del maíz. Esta flor se suele cortar, tanto para beneficiar la planta como para alimentar el ganado vacuno, que es muy aficionado a ella. Cirria es voz vascongada.
CHACOLÍ.- Vino del país que puede competir con el de Burdeos cuando
la vinificación es esmerada.
CHOMÍN.- Domingo.
D
DESGA.- Artesa de madera, generalmente de una pieza.
E
ECHECO-JAUNA.- Amo o señor de casa.
EMBUEZA.- Embozada o almorzada.
ENCARTACIONES.- Con este nombre se conoce desde tiempo inmemorial aquella parte del Señorío de Vizcaya que se extiende desde cerca de Bilbao hasta los confines occidentales del Señorío con la provincia de Santander, y se compone de las villas de Balmaseda, Lanestosa y Portugalete; de los valles de Carranza, Trucios, Arcentales, Gordejuela, Santurce, Sestao, San Salvador del Valle y Somorrostro (que comprende los siete concejos de Múzquiz, Abanto, Santa Juliana Cierbana, Santure, Sestao y San Salvador),
y de los concejos de Sopuerta, Galdames y Zaila.
Ignórase el origen del nombre que lleva aquella nobilísima comarca; porque si bien se cree que se le dieron algunos nobles leoneses que se establecieron allí en tiempo de Alfonso el Casto y fueron encartados por haber huido del reino de León a consecuencia de las revueltas políticas, esta opinión no merece mucho más crédito que la que encuentra el origen del nombre de Balmaseda en la exclamación ¡malse-da! en que se su pone prorrumpían los que sitiaban inútilmente aquella antiquísima población, defendida por dos fuertes castillos demolidos durante la última guerra civil.
Las Encartaciones, cuya población pasa de veinte mil almas, fueron, digámoslo así, el corazón de la antigua Cantabria, cuyos heroicos habitantes preferían morir a rendir vasallaje a la soberbia Roina, y cuyo territorio se extendía, según Julio César, Floro, Dión, Orosio y otros historiadores romanos, desde el límite septentrional del Pirineo hasta las Asturias.
Juliano dice que Arracilo, cuyo nombre suena en las famosas guerras cantábricas, es la moderna Arceniega, colindante hoy con las
Encartaciones, y llamada en otro tiempo Arracilo-negra. Rusceli es de opinión que el monte Vindio, nombrado por los historiadores romanos como comprendido en la región cantábrica,

no era otro que la cordillera que hoy designamos con el nombre de Peña de Orduña. Es opinión muy admitida que el puerto de Amano estaba en la ría de Bilbao, o más bien en Castro-Urdiales, en cuyas cercanías existe hoy un valle que lleva el nombre de Sámano. Por último, el monte todo vena citado por Plinio, es el monte Triano. No admite, pues, la menor duda el puro cantabrísmo de las Encartaciones. Las Encartaciones están pobladas de nobilísimas casas solariegas, que han producido en todos los tiempos varones muy ilustres.

El idioma vascongado, que en otros tiempos se habló allí, como lo atestigua la tradición, apellidos antiquísimos y nombres de caserías, montes, ríos, etc., desapareció a causa del continuo trato de los encartados con los castellanos, reemplazándole el idioma de estos últimos, mezclados de voces y giros vascongados. Por lo demás, los encartados conservan el tipo, las costumbres, el amor a la Patria, todas las nobles cualidades que enaltecen a los restantes moradores del Señorío.

El terreno de las Encartaciones, de unas veinte leguas de circunferencia, es feroz en su mayor parte, y fragosísimo en otras. Los laboriosísimos e inteligentes encartados van reduciendo a cultivo hasta las cimas de los montes más altos. La parte montuosa está pobladita de encinas, hayas, robles, castaños, enebros, acebos, bortos y otros árboles..., cuyas maderas se destinan para construcción y carbones; en sus valles se encuentra sabrosísima fruta, y abundan los perales, ciruelos, cerezos y manzanos, huertas y viñedo, cuyo vino es de gusto muy agradable; hierbas medicinales y excelentes pastos. Las cosechas son principalmente de trigo, maíz, alubias, guisantes, habas y otras semillas, y hay gran número de molinos harineros.

Los caminos son hermosísimos, como en el resto del país vascongado.

Existen en los montes de aquel territorio canteras de piedra caliza y algunas de jaspes.

Abundan las minas de hierro, cobre y alcohol, y aun las de plata, que se supone infundadamente dieron nombre al valle de Arcentales, pues este nombre es vascongado. Las minas que son un verdadero tesoro para el país son las de fierro en los valles de Somorrostro, célebres y explotados ya en tiempo de los romanos, y de las que se exportarán pronto para el extranjero anualmente millones de toneladas de vena de fierro de superior calidad.

En el valle de Garranza existe uno de los establecimientos balnearios termales mejores y más útiles de España, merced al celo y al patriotismo del Sr. Guardamino, uno de los hijos que más honran a las Encartaciones.

De la parte montañosa brotan aguas potables en muchos y abundantes manantiales, que afluyen a los valles formando cinco ríos, entre los que ocupan el primer lugar por su caudal: el Cadagua, que tiene su origen en la parte meridional del valle de Mena, y atravesando las Encartaciones, desemboca en la ría de Bilbao; y el Somorrostro, que procede de los montes de Arcentales, Sopuerta y Galdames, y desagua en el mar por la ría de Poboña en Somorrostro. Los valles encartados son muy dignos de ser visitados por el viajero, no hay en ellos grandes bellezas artísticas, pero hay de otro género. En ellos se encuentran, jurisdicción de Arcentales, unas fuentes intermitentes que hay motivos para creer sean los Tamaricas Plinio, como asimismo el monte Triano, citado por el mismo autor. En las Encartaciones está la montaña cónica de Sarantes, que, en concepto del sabio naturalista Bowies, es un volcán apagado. Allí se yergue aún como un espectro ensangrentado la torre de la Jara, sobre la cual, en tiempo de los funestos bandos oñacino y gamboino se alzaba constantemente una horca.

Allí está el castillo de San Martín, donde el célebre Lope García de Salazar escribió en el siglo XIV, cercado por sus propios hijos, su Libro de las buenas andanzas e fortunas. Allí singulares y antiquísimas casas solariegas, por cuyas saeteras parecen asomar aún los ballestones de la Edad Media y los mosquetes de los siglos XVI y XVII. Allí, en una eminencia llamada el Cerco, que domina el angosto valle que separa del mar los concejos de Sopuerta y Galdames, se ve el circuito de una fortaleza semejante a los castros que aún se destacan en las montañas de Galicia.

Allí, en fin, feraces valles, como los que riega el Cadagua; hermosas llanuras, como la que se extiende desde la ría de Somorrostro a la de Bilbao; picos que parecen tocar el cielo, corno el Colisa, el Cinto y Alen; cavernas como la de la Magdalena de Uragalla, dentro de la cual hay una ermita y se celebra una romería, y la de Artecona, de donde en ciertas épocas del año se exhala una blanca columna de vapor, que semeja el humo de las locomotoras; aguas termales tan benéficas y buscadas como las de Molinar, y ruinas tan venerables como las de la iglesia de San Martín de Sopuerta demolida a principios del siglo XVIII, y edificada, según tradición, en el siglo X. Por humilde que sea este libro, ha conseguido dar a conocer en toda Europa y América el ignorado nombre de los valles encartados. Su autor tiene esta satisfacción por una de las mayores de su vida.

ENGUISAR.- Echar o azuzar el perro. Este verbo es una corrupción del castellano enguizgar, que indudablemente procede del vascuence.

ENVENATADO.- Manchado de vena o minero ferruginoso.

ESCACHAR.- Guarnecer de espinas por la parte superior el tronco de los frutales, para que no se pueda subir a coger la fruta.

ESCACHO.- Espina. Esta voz es vascongada.

ESCAMONDAR.- Despojar las ramas gordas de las pequeñas.

ESCAÑO.- En las Encartaciones hay uno de madera en todas las casas a la orilla del hogar.

ESPANTOS.- Espantajos que se ponen en los frutales, y aun en las piezas, para ahuyentar las aves.

ESQUILAR.- Trepar.

ESTIQUES.- Chuletas.

ESTRADA.- Camino costeado por dos setos vallados o cercas.

G

GARUCHO.- La parte leñosa de la espiga de maíz en que está incrustado el grano. Esta voz es vascongada.

GENTILES.- En el país vascongado se conserva tradicionalmente la memoria de los gentiles, a quienes atribuye el pueblo todos los restos arquitectónicos de la antigüedad, así como en otras provincias se atribuyen a los moros. Dícese allí que los gentiles lo hacían todo a fuerza de brazos, y se supone que era una raza de gigantes. En las

Encartaciones, donde abunda el mineral ferruginoso, es muy común hallar en los montes grandes escoriales, que se supone existen desde el tiempo de los gentiles.

GRACIANA (uva).- Una especie de uva negra muy sabrosa.

GATERA.- Casi es inútil decir que es un agujero abierto en la puerta que da a la calle, para facilitar la salida y la entrada a las gallinas, a los gatos y aun a los perros. Tiene entre otros inconvenientes, el de que por allí suelen penetrar también a las altas horas de la noche los gatos monteses, a cenarse las gallinas, que duermen muy descuidadas en su albergue.

H

HALDEAR o caldear (la oya).- Estar ya carbonizada la parte baja de la oya, y por consiguiente en disposición de empezarse a sacar el carbón.

HIGAR.- Higuera.

HONDERAS.- La parte baja de las heredades.

I

ILSO.- Mojón Ilsu o ilzu es modificación de il-zulu, hoyo de muerto. Diose este nombre a los mojones, por su semejanza con la piedra vertical que señalaba las sepulturas.

INDIANOS.- Este nombre se da en nuestras provincias del Norte a los

que han estado en América.

IRURAC-BAT.- Lema de las tres Provincias Vascongadas, que significa las tres son una sola, y no tres hermanas, como dijo en el Congreso D. Manuel Sánchez Silva, político resellado,

célebre por sus bufonadas y por los conflictos que atrajo sobre España, promoviendo a tontas y a locas la abolición del impuesto de Consumos en las Cortes Constituyentes de 1855.

J

JALDUCARSE.- Menearse el líquido.

L

LANDECHOS.- Especie de manzana temprana, y también el árbol que la produce.

LAYA.- La laya tiene la figura de una h minúscula, siendo el extremo superior de la barra larga un mango de madera, y los inferiores de las dos puntas aceradas. Se toma una laya en cada mano, y después de clavarlas en tierra a golpe, el layador se pone sobre ellas colocando el pie en aquella especie de escalón, y las acaba de introducir perpendicularmente. Al bajarse, tira hacia atrás, y levanta el terrón, por debajo del cual, y en sentido horizontal, acaba de introducir, también con el pie, las layas hasta el mango. Entonces da vuelta al terrón, limpia el surco con la punta de la laya, que empuja con el pie, apoyando la corva derecha en la rodilla izquierda, y repite la operación hasta dar vuelta a toda heredad.

LAYADA.- El terreno labrado por medio de las layas.

LAYAR.- Trabajar con layas.

LOINAS o LUINAS.- Así llaman en las Encartaciones a los peces que más abundan en los ríos.

LL

LLOSA.- El conjunto de heredades comprendidas en un cercado.

M

MACO.- El fardo sujeto a la espalda por medio de dos correas, dos cuerdas o dos bilortos.

MALVIZ.- Especie de mirlo.

MONCHINAS.- Silvestres.

MOTIL, MOTILA.- Muchacho, Muchacha. Voz vascongada.

N

NOCEDAL.- Llámase generalmente en las Encartaciones nocedos a los nogales.

O

OQUENDANAS.- Especie de manzanas originarias de Oquendo, valle alavés confinante con las Encartaciones.

OYA.- Este nombre se da al montón de leña que se carboniza en los torcos. Cuando es pequeño se llama chozo y también chasquero. Oya es palabra vascongada que equivale a cama. En lugar de aplicarle a la leña, debiera, pues, aplicarse al torco o sitio donde la leña se coloca.

P

PAÑADA.- Servilleta.

PARCE.- Vale o premio.

PARRAL.- Emparrado.

PATÍN.- Una escalera de mampostería con descansillo y pretil en lo alto, que suele facilitar la entrada exterior al piso principal de las casas. Hacia Bilbao se llama patines a los pozos artíficiales.

PAYO.- Sobrado.

PICACHO.- Una rama en forma de gancho.

PICAZOS.- Especie de pájaros del tamaño de una paloma torcaz. Arrendajos.

PIEZA.- Heredad.

PIPADA.- El tabaco necesario para llenar una vez la pipa.

PÉSCOLA (a la).- A la rebatiña.

PORTALADA.- El espacio que precede a la puerta de las casas. Suele cubrirse de roza, paja, etc., con que después de podrido se abonan las tierras.

PROVINCIANOS.- En las Encartaciones dan este nombre a los guipuzcoanos, sin duda porque Guipúzcoa lleva el de provincia, y Vizcaya el de Señorío.
Q
QUEMADA.- Monte incendiado.
QUICA.- Francisca.
QUIMA.- Rama de árbol.
R
REBOLLAR.- Robledal.
REBOLLO.- Roble.
REGATO.- Arroyo.
RESELLAR.- Repetir la operación de sallar cuando el maíz ha crecido.
ROCHA.- Un departamento que suele haber en las cuadras para separar
de las madres el ganado lechal.
ROZA.- Maleza.
ROZADA.- Tala de maleza.
S
SÁBANOS.- Sábanas de arpillera.
SALLAR.- Escardar someramente o cavar la tierra sembrada de maíz, así que éste ha acabado de nacer, arrancando las plantas más ruines y amontonando la tierra al pie de las que se conservan.
SETAL.- Hay en las Encartaciones unas delicadísimas setas que sólo nacen en el mes de abril, por lo que allí dicen: En abril, setas mil; en mayo les entra el gusano. Estas setas nacen siempre en un mismo sitio, y a este sitio se da el nombre de setal. El que aprende un setal, se guarda muy bien de enseñársele a nadie.
SETO.- Generalmente, los setos que resguardan las heredades en las Encartaciones, donde el ganado campa por su respeto, sin pastores, que allí son desconocidos, son de un tejido de ramas muertas.
SEBE.-Bosque comúnmente de borto
,castañiza y carrasca, que se corta cada seis o siete años para hacer carbón. En el resto de Vizcaya se le llama jaro.
SILBO.- Silbato.
SOBA (montes de).- Altísimos picos, casi siempre coronados de nieve, que dominan el valle del mismo nombre en las montañas de Santander. Se descubren desde todas las alturas de las Encartaciones.
SOL DE LOS MUERTOS.- Los últimos rayos del sol poniente.
SOLANA.- Galería exterior que tienen muchas casas, y sirve para tomar el sol en invierno y el fresco en verano.
SOMÁS.- Salvado.
T
TAMO.- La paja menuda que se separa del trigo cuando éste se aventa.
TERRERO.- Ribazo o talud.
TETONAS.- Especie de uvas gordales.
TORCO.- La plataforma o excavación hecha para carbonizar la leña.
TRAGAZ.- Especie de arado que tiene siete paletas o rejas, casi horizontales.
TRIGUERO.- Criba para el trigo.
V
VENDEJA (ir de).- Ir de venta.

VENTANAL.- Una ventana muy grande que hay en el sobrado para que éste se ventile, y para entrar por ella, con ayuda de una escalera de mano, los haces de trigo, la paja, etc., que no caben por otra parte.
VUELTA DEL GATO.- Voltereta.
Z
ZAGUÁN.- Especie de cercado o corral que precede a la entrada de las casas principales.
ZURRÓN.- La cantidad de grano que cada familia manda semanalmente al molino.